

Libros del Asteroide 

Alain Mabankou

Las cigüeñas son inmortales

Traducción de Regina López Muñoz



Alain Mabankou

Las cigüeñas son inmortales

Traducción de Regina López Muñoz

Libros del Asteroide 

Índice

Portada

Las cigüenas son inmortales

Sábado, 19 de marzo de 1977

La parcela

Los Malonga y los Mindondo

Según El Caso

Mal humor

El árbol de las palabras

Mbua Mabé

¿Cayena en los ojos?

Cuando pasan las cigüeñas

El corredor

Los Salamander

El Renault 5 rojo

Dos señores raros

¿Ya no hay más mandioca?

El sacerdote polígamo

La lista

Arena en los ojos

Domingo, 20 de marzo de 1977

La Voz de la Revolución Congoleña

La Voz de América

Marien Ngouabi Jr.

La foto del camarada presidente

Los perturbadores

La tela negra

Barrio Mouyondzi

El billete sucio

La respuesta es no

La cólera de Ma Moubobi

El primo del cardenal

Hazme soñar

Lunes, 21 de marzo de 1977

China enfurecida

Les Bandas

En el taxi

En el Gran Mercado

Chez Gaspard

Avenida Linguissi-Tchicaya, número 113

Las cigüeñas son inmortales

Colofón
Nota biográfica
Créditos

Primera edición, 2022

Título original: *Les cigognes sont immortelles*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Éditions du Seuil, 2018

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2022

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Revisión de la traducción a cargo de Pilar González Meyauí

Imagen de cubierta: © Rene Burri / Magnum Photos / Contacto

Fotografía del autor: dpa picture alliance / Alamy Stock Photo

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U. Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-19089-34-2

Composición digital: acatia.es

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Sábado, 19 de marzo de 1977

La parcela

Mamá Pauline dice a menudo que cuando salgamos tenemos que acordarnos de ponernos ropa limpia porque la gente critica antes que nada lo que llevamos puesto, lo demás se puede disimular, por ejemplo unos calzoncillos estropeados o unos calcetines con tomates.

Por eso acabo de cambiarme de camisa y de pantalón corto.

Papá Roger está sentado debajo del mango, al fondo de la parcela, muy concentrado escuchando nuestra radio nacional, La Voz de la Revolución Congoleña, que, desde ayer por la tarde, solo emite música soviética.

Sin darse la vuelta, me da instrucciones:

—¡No te entretengas por el camino, Michel! Que no se te olviden los recados de tu madre, mi vino tinto, mi tabaco, ¡y no pierdas las vueltas!

Me pide que no me entretenga porque tengo la costumbre de admirar los coches de los capitalistas negros de la avenida de l'Indépendance, diciéndome para mis adentros que no volveré a verlos nunca más en la vida. Me quedo parado mirándolos, imaginando que en un futuro me compraré uno, que por las noches lo esconderé en un garaje vigilado por bulldogs a los que daré de beber Johnnie Walker Red Label mezclado con alcohol de maíz para que sean diez veces más agresivos que los perros de los blancos del centro. Me enfrasco en esos pensamientos, se me olvidan los recados de Mamá Pauline, ya no recuerdo que Papá Roger también me ha encargado vino tinto y el rapé que se mete por la nariz y que hace que se le salten las lágrimas.

Mi padre también se preocupa por las vueltas porque tengo un problema desde la escuela primaria: los bolsillos de mis pantalones cortos a veces tienen agujeros, en ellos escondo pedacitos de alambre que uso para arreglar las chanclas de plástico si se me estropean en plena calle. Así que, en vez de guardarme el dinero en los bolsillos, lo aprieto muy fuerte en la mano derecha. Por desgracia, en el momento en que saludo a los papás y las mamás del barrio que voy encontrándome por el camino (es obligatorio hacerlo para que no vayan contándoles cuentos a mis padres), pues bien, el dinero se cae al suelo. Tengo que recogerlo a toda prisa, si no, los grandullones que fuman cannabis en las esquinas de las calles se apoderan de él para comprarles regalos a esas chicas tan flacas que holgazanean con ellos, las «fugadas». Si las llamamos las «fugadas» es porque ellas se lo han buscado: se fugaron de la casa de sus padres, van vestidas como si no fueran vestidas, se les ve todo gratuitamente, no les da vergüenza, y encima aceptan hacer con cualquier chico unas cosas que no voy a exponer aquí, de lo contrario van a volver a decir que yo, Michel, soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta...

Antes de salir de nuestra parcela, la observo detalladamente. Hay alambres de púas todo alrededor. La entrada son cuatro tablas unidas, con huecos para que sepamos de antemano quién quiere entrar en nuestra casa. Antiguamente, para confundir a Mamá Pauline y a Papá Roger, yo pasaba entre los alambres de púas, primero una pierna, luego la otra, salía sin hacerme pupa y me iba con mis amigos al río Tchinouka para cazar golondrinas y tejedores. Pero todo eso pasaba

cuando iba a la escuela primaria, y como ahora estoy en el colegio de las Tres Gloriosas, ya puedo salir por la puerta.

Fue Mamá Pauline la que compró esta parcela, y la que encargó a su hermano pequeño, el Tito Mompéro, que nos construyera una casa. Era demasiado caro construir en firme, por eso la nuestra es de tablas de madera. Los pontenegrinos tienen un nombre para esa clase de viviendas, las llaman «casas en espera». Yo no estoy de acuerdo porque en este barrio hay muchas familias que querían demostrar que eran ricas, empezaron a construir en firme, y luego nunca llegaron a instalar las maravillosas ventanas que aíslan de los ruidos de la calle porque cuestan muy caras. ¿No son más bien esas familias las que tienen «casas en espera»? La nuestra por lo menos está terminada del todo, no hay nada que añadir, está hecha de tablas de ocume con el tejado de tejas y ventanas de contrachapado. Tenemos dos dormitorios: uno para mí, otro para Mamá Pauline y Papá Roger. En el de mis padres huele a naftalina las veinticuatro horas del día. Ese olor ahuyenta las cucarachas y demás insectos que estropean las telas wax de mi madre. La cama está muy bien hecha gracias a Papá Roger, que ha copiado la técnica de las camareras del hotel Victory Palace, que es donde trabaja. Su patrona, la señora Ginette, está muy contenta con él: es raro llevar veinte años trabajando en un hotel sin afanar los bonitos manteles y sobre todo las sábanas fabricadas en Europa.

En las habitaciones del hotel Victory Palace las sábanas son blanquísimas, Mamá Pauline no quiere verlas en nuestra casa, dice que el color blanco es para los cadáveres de la morgue del hospital Adolphe-Cissé, por eso prefiere poner sus propias sábanas de wax, muy coloridas. A mí lo que más me gusta de su cama son los almohadones y los dibujos que mi madre tejió encima: dos pájaros que se besan con el pico, el más grande es Papá Roger y el más delgado es Mamá Pauline. Con esos almohadones, el sueño tiene que ser agradable por fuerza, sin los leones y las panteras a las que les gusta devorar personas en sus sueños en vez de animales malos como las serpientes venenosas o los escorpiones.

Como solo tenemos dos dormitorios, surgen muchas complicaciones cuando los aldeanos de nuestra familia llegan a Pointe-Noire y no saben dónde dormir. No podemos echarlos, no vamos a decirles que no los conocemos, así que les dejamos dormir en el salón, sobre unas esteras, porque si durmieran en camas de verdad alardearían de que la casa es suya y se quedarían hasta el día de su muerte. Para colmo, si Mamá Pauline y Papá Roger murieran antes que ellos, me pondrían de patitas en la calle para heredarlo todo.

En el salón tenemos una mesa que cojea mucho, y mi madre dice que es minusválida, que tiene una pata mala. Yo tengo la misión de equilibrar esa pata con dos piedrecitas cuando viene gente importante a comer a casa. Las piedrecitas las escondo en el armario que hay al lado de la ventana, el único mueble que Mamá Pauline heredó hace dos años, cuando murió el Tito Albert Moukila, que trabajaba en la Sociedad Nacional de Electricidad, la sne. Los parientes aldeanos que vinieron para el funeral se abalanzaron sobre los bienes de su hermano mayor, pidieron a mis primos que despejaran la nueva casa que su papá había construido para ellos en el barrio de Comapon y que se las apañaran con la familia de su madre. Ese tío mío era muy bueno, regalaba la corriente a la gente de nuestra etnia que vivía cerca de su parcela, en el barrio Rex. Nosotros estamos demasiado lejos de ese barrio, y el difunto Tito Albert no podía tirar un cable desde allí hasta nuestra casa en Vougou para que tuviéramos luz gratis. Bueno, si no tenemos corriente es más que nada porque Vougou todavía es un barrio nuevo. Aquí antes estaban los cementerios

de los vili, la tribu que vive en Côte Sauvage y que come tiburones aunque haya otros peces más pequeños en el mar. Los jefes vili arrasaron los bonitos cementerios y vendieron las parcelas sin consultar con sus muertos. La venta de esos terrenos fue una buena noticia para los que no podían comprar uno en los otros barrios de Pointe-Noire donde viven los miembros del Partido Congoleño del Trabajo con sus barrigotas y sus calvas brillantes.

Nuestra cocina está fuera, pegada a la casa, como un niño a la espalda de su madre. No hay acceso directo para entrar, así que tenemos que rodear la casa entera. El baño queda justo enfrente, bien lejos de la cocina, porque si no los malos olores se meten en la comida que se está preparando y se nos quita el apetito. A decir verdad, no merece el nombre de baño porque son solo cuatro planchas metálicas que el Tito Mompéro ensambló para que los transeúntes no puedan vernos desde la calle. Cuando tengo ganas de hacer pipí u otra cosa más importante que no quiero desvelar aquí porque si no van a volver a decir que yo, Michel, soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta, tengo que coger un cubo lleno de agua que vacío al final para que la persona que venga después de mí no descubra jamás lo que ha pasado antes. Pero, ojo, tengo que estar muy atento, porque si derramo mal el agua me salpica en los pies y las moscas me dan la lata todo el día.

Los Malonga y los Mindondo

Paso por delante de la parcela de la familia Malonga. Las tres mujeres del señor Malonga cocinan siempre al aire libre, en medio de su parcela. El señor Malonga responde a quienes los critican que antes, en tiempos de sus antepasados lari, la comida se preparaba a la intemperie, encima de tres piedras colocadas formando un triángulo, y que todo salía bien, y que los platos tenían mejor sabor.

Los hijos de Malonga, once en total, son los encargados de vigilar que el fuego no se apague, de lo contrario sus madres no llenarán sus platos a la hora de comer. Kekelé, el hermano mayor, tiene doce años, este curso se sacará el Certificado de Educación Primaria, no tiene el mismo maestro que tenía yo cuando estaba en su nivel el año pasado, él está en la clase del señor Ngakala Bitekoutekou, un tipo no muy simpático que chilla a los alumnos porque él quería ejercer en su región, en el norte del país, el Estado no aceptó su solicitud y lo mandó con nosotros al sur para demostrar que no hay tribalismo en el Congo y que son los imperialistas europeos los que intentan dividirnos.

Los Malonga no son capitalistas negros, el padre charla a veces con Papá Roger debajo de nuestro mango. No hablan la misma lengua, nosotros somos babembe. Y ellos, o hablan la lengua de Pointe-Noire, el munukutuba, o hablan en francés, pero en lengua francesa el señor Malonga nunca le llegará a Papá Roger ni a la suela de los zapatos. Por ejemplo, un día mi padre usó la palabra *simposio*. El señor Malonga se quedó boquiabierto porque esa palabra era nueva para sus oídos.

—¿*Simposio*, eso qué es? Hay que ver. ¡Tú, Roger, tienes palabras que ni los blancos saben si aparecen en sus diccionarios!

El señor Malonga trabaja en el almacén de la tienda Printania, en el centro, al lado del hotel Victory Palace. Gracias a su trabajo tiene cosas que llegan directamente de Francia, que huelen a Francia y que se venden muy caras en Printania. Pero el señor Malonga tiene también otro trabajo los fines de semana, y es ese otro trabajo el que le ha dado fama en nuestra barriada. Las familias le llevan a sus hijos varones, y él les fabrica amuletos que los hacen fuertes para el combate. El amuleto más poderoso se llama «kamon». Con una cuchilla Gillette, el señor Malonga hace una pequeña incisión en las dos muñecas del niño, echa unos polvos en las heridas (una mezcla de muchas cosas molidas, como diente de víbora, pelo de gorila, hojas de lantana y veneno de abeja). Después, el señor Malonga hace una demostración con una botella vacía que golpea con violencia contra la cabeza del niño. Este no siente nada a pesar de que la botella se hace añicos en su cráneo. Eso significa que cuando el niño le dé un cabezazo a alguien, el desdichado verá las estrellas y caerá medio muerto.

El señor Malonga aprendió esos secretos en su aldea de Mpangala, a la que va una vez al mes. De allí se trae los dientes de víbora y los pelos de gorila. Las hojas de lantana y el veneno de abeja se encuentran en los barrios nuevos de Pointe-Noire, o bien detrás del cementerio Mont-Kamba, donde todavía queda algo de maleza aquí y allá, y hay animales domésticos que han decidido volver a ser salvajes porque no quieren seguir siendo esclavos de los humanos.

Las niñas no tienen derecho al kamon, si no, los hombres nunca se casarán con ellas, les daría miedo recibir palizas, pasar vergüenza en el barrio. Yo quería que el señor Malonga me hiciera el kamon, pero por desgracia Mamá Pauline y Papá Roger se negaron por culpa del mal comportamiento de un niño llamado Claver Ngoutou-Nzieté. El señor Malonga lo había vuelto muy fuerte, todo el mundo lo rehuía, y no encontraba a nadie con quien probar su kamon. Así que atacó a sus propios padres, un cabezazo a la madre, otro cabezazo al padre, y los dos acabaron en las urgencias del hospital Adolphe Cissé. Cuando mi madre se enteró por la radio del lamentable incidente, fue a decirle al señor Malonga que aquello era inaceptable, que yo, Michel, jamás en la vida tendría derecho al kamon, y que si me lo hacía a escondidas cuando fuera a ver a sus hijos, el asunto acabaría en manos de la policía de Voungou, más que nada porque el comisario Nkaba Na Moussosso es de nuestra etnia...

Justo después de la casa de los Malonga está la de los Mindondo. Ellos construyeron en firme. Su parcela está rodeada de muros de cemento. En su casa hay columpios, bicicletas, juguetes nuevos y una gran pila azul para sus cinco hijos que presumen a diestro y siniestro de tener piscina, pero yo he visto la piscina del hotel Victory Palace y sé que una piscina de verdad es mucho más grande que la pila de los Mindondo. En una piscina puedes nadar a lo largo y a lo ancho, puedes saltar desde un trampolín y ¡chof!, caer al agua. Cuando has acabado, coges una toalla blanca, te secas un poco con ella, y te la enrollas a la cintura antes de ir a descansar a una butaca de plástico y leer libros que cuentan historias fáciles de entender. Los Mindondo, en cambio, no pueden nadar a lo largo y a lo ancho, no pueden saltar desde un trampolín y ¡chof!, caer al agua. Ellos se sientan alrededor de su pila, echan patitos de plástico al agua e imaginan que son patos de carne y hueso.

La puerta de la parcela de los Mindondo es muy bonita, de madera de ébano, con un agujerito que se abre y se cierra cuando quieren ver la cara de las visitas antes de abrir. Saben que algunos son unos glotones que explicarán que pasaban casualmente por allí y que solo querían saludar a los niños. Lo que no saben los gorriones es que en casa de los capitalistas negros las bocas están contadas. Cuando llegas a su casa se angustian, se preguntan cuánto tiempo te quedarás porque temen que haya demasiadas bocas a la mesa. Por ese motivo, el señor Mindondo deja revistas en el salón y propone a los invitados que las lean, que miren las bonitas fotos mientras él y su familia se sientan a comer.

El señor Mindondo es miembro del Partido Congoleño del Trabajo. Estudió en la urss durante cinco años. Cuando quiso traerse una esposa de allí, sus padres y sus abuelos lo amenazaron.

—Como te cases con una blanca, te maldeciremos, jamás tendrás hijos con ella, y si tenéis os saldrán con hocico y patas de jabalí. ¡Nosotros te escogeremos a una mujer gorda y bajita de nuestra etnia kamba, y no una de esas blanquitas canijas y altas que parece que solo saben comer macarrones desde que se levantan hasta que se acuestan!

La mujer que le buscaron, que es gorda y bajita, es la señora Léopoldine Mindondo. Nunca da los buenos días a las madres de la barriada y, para no cruzarse con ellas, hace las compras en Printania, con los blancos y los demás capitalistas negros.

Si me sé de memoria los nombres de los hijos de los Mindondo es porque en Pointe-Noire solo esa familia tiene ese tipo de nombres. El hermano mayor se llama Tomás de Aquino Mindondo, y luego están los otros tres chicos: Dionisio Mindondo, Olimpo Mindondo, Poseidón Mindondo. Solo tienen una hija, Artemisa Mindondo, que todavía anda a gatas.

El mayor, Tomás de Aquino Mindondo, tiene catorce años, pero no va a nuestro colegio, el de las Tres Gloriosas, sino a la escuela francesa Carlomagno con los blanquitos que vemos en el barrio cuando el señor Mindondo celebra los cumpleaños de sus hijos.

Cuando el señor Mindondo recibe a personas que llevan corbata y que son sus colegas del Partido Congoleño del Trabajo, los invitados dejan sus coches aparcados por todas partes, hasta delante de nuestra parcela. El señor Mindondo riñó una vez con Papá Roger, que le dijo que no volviera a permitir que esos individuos encorbatados aparquen delante de nuestra casa, porque alguien podría pensar que son nuestros, que de pronto nos hemos convertido en unos capitalistas negros. Mindondo padre no oyó el final de la frase de mi padre sobre los capitalistas negros y creyó que en realidad Papá Roger criticaba su coche porque no era francés ni japonés, era un Volvo 343, y por lo tanto no se lo había comprado en el concesionario cfao de la calle CôteMatève, donde mi Tito René es un jefazo que manda sobre un montón de personas. El señor Mindondo tachó a Papá Roger de pobre recepcionista de pacotilla que nunca podrá permitirse un Volvo 343. Mamá Pauline metió cuchara y le gritó a la señora Léopoldine Mindondo, que la había tachado de analfabeta, de vendedora de racimos de plátanos. También añadió que mi madre solo había tenido un hijo, y que encima ese hijo ni siquiera era una niña, sino un holgazán que se pasaba el día soñando despierto, anotando cosas en pedazos de papel, como si hubiera una pelea de cucarachas en el interior de su cerebro. Ese niño soy yo, Michel. Además, siempre según la señora Léopoldine Mindondo, si no he repetido curso desde la escuela primaria no ha sido por mi inteligencia, sino porque Mamá Pauline ha untado a los maestros, a las maestras, al director de la escuela, untará también a los profesores del colegio de las Tres Gloriosas, y después a los profesores del liceo Karl-Marx. Lo que más dolió a mi madre fue que la señora Léopoldine Mindondo vaticinara que si yo, Michel, muriera al día siguiente, mi madre se quedaría sola, y la tacharían de bruja que entregó su hijo único a los espíritus para obtener poderes sobrenaturales y triunfar en la vida. En realidad, la señora Léopoldine Mindondo quería decir que, si el negocio de mi madre iba bien desde hacía años, era porque poseía unos amuletos que hechizaban a los clientes, y que no dudaría en sacrificarme a los espíritus para sacar aún más beneficios.

A Mamá Pauline no le gustaron nada esas acusaciones. Aquella noche me dijo, en presencia de Papá Roger, que parecía estar de acuerdo:

—Michel, hazme un gran favor: si ves al imbécil ese de Tomás de Aquino Mindondo por la calle, ¡dale una buena paliza!

Yo le dije que sí solo para tranquilizarla. Tomás de Aquino Mindondo ya tiene músculos de atleta negro americano. Hace deporte con máquinas de verdad en la escuela francesa Carlomagno. Fue seleccionado para el campeonato de atletismo de la región de Kouilou, y Papá Roger me enseñó su foto en el periódico *La Semaine*, debajo de un gran titular: «Tomás de Aquino Mindondo, la esperanza del atletismo pontenegrino».

El día que mi madre me pidió que le hiciera un gran favor, tuve ganas de preguntarle por qué le había prohibido al señor Malonga que me hiciera el kamon...

Según El Caso

Ya he llegado a la tienda Según El Caso de Ma Moubobi, situada a dos pasos de la avenida de l'Indépendance. No está nada ordenada, es muy pequeña, huele a pescado en salazón y a manteca de cacahuete. No hay precios fijos, depende de si conoces o no a Ma Moubobi, por eso la tienda se llama Según El Caso.

Papá Roger y Mamá Pauline conocen a Ma Moubobi. Yo, Michel, también la conozco: voy a su negocio todas las semanas, y fui a la escuela primaria con Olivier Moubobi, que es su único hijo, al igual que yo soy el único hijo de Mamá Pauline. Nos burlábamos mucho de él porque siempre llegaba tarde y el maestro lo ponía de rodillas en un rincón por lo menos una hora. Cuando volvía a su sitio se quedaba dormido y, en el momento en que empezaba a roncar, el maestro le tiraba de una oreja y volvía a llevarlo a rastras al rincón, donde se quedaba de rodillas hasta que acababa la clase. Para que dejáramos de reírnos de él, Ma Moubobi lo sacó definitivamente de la escuela. Pero antes armó un follón en el centro escolar. Insultó a todo el mundo, incluido el director. Ella y su hijo se pusieron a tirar piedras, y nosotros corríamos a diestro y siniestro para evitar recibir una pedrada en toda la cara y terminar en las urgencias del hospital Adolphe-Cissé.

Ma Moubobi gritaba:

—¡Os voy a maldecir! ¡Os voy a maldecir! ¡Miradme!

Se levantó el pareo para enseñarnos una cosa que no voy a explicar aquí, si no van a volver a decir que yo, Michel, soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta. Nosotros cerramos los ojos porque ver la desnudez de una madre es una cosa muy grave, y puedes repetir curso tontamente por culpa de la maldición.

Ma Moubobi desapareció con Olivier Moubobi, al que no volvimos a ver por clase.

Desde hace un tiempo, Olivier da vueltas por la tienda de su madre. Ya no me habla. Según él, formo parte del grupo de alumnos que provocó que dejara la escuela, y si hubiera seguido hoy en día estaría, como yo, entre los diez mejores alumnos de la región de Kouilou que ya han obtenido su Certificado de Estudios Primarios, que están en el colegio de las Tres Gloriosas, que más adelante irán al liceo Karl-Marx cuando se saquen el Diploma de Grado Medio General...

Mamá Pauline me tiene prohibido decir que Ma Moubobi está muy gorda y que ronca delante de la caja cuando no hay clientela en la tienda. Uno no escoge ser así, a veces la gordura se debe a una enfermedad de nacimiento o a los malos espíritus envidiosos del dinero que alguien gana. Ma Moubobi se las arregla muy bien a pesar de que no tiene marido, y por eso los envidiosos le han endosado la gordura y los ronquidos en vez de endosárselos a las malas personas.

Si hacemos las compras en la tienda Según El Caso es solo porque nos viene mejor. Podríamos ir al Gran Mercado, pero queda muy lejos, hay que esperar el autobús que atraviesa el puente de Vounbou y luego el cruce de Fond Tié-Tié. Ese autobús sigue todo recto y gira después a la derecha, a la altura de la rotonda de Mawata. Es muy importante que el conductor

no se confunda, si no, irá a parar a Fouks o a Makaya-Makaya cuando debería seguir en dirección a los barrios de Trois-Cents, Rex y Duo, y luego pasar la mezquita de los africanos occidentales antes de entrar de lleno en el Gran Mercado. Es muy complicado, sobre todo porque, antes de llegar, el autobús tiene que esquivar los agujeros en el asfalto de la avenida Moe-Prat, tener cuidado con los individuos que vagabundean en la confluencia del bulevar Félix Tchicaya con la avenida Alphonse-Demosso. Esa gente cruza las calles sin mirar a derecha e izquierda, parecen borregos que prestan su inteligencia al que va delante de ellos, y si este último se tira a una zanja como un tonto, todo el rebaño se tira a la zanja con él, como tontos.

De todas formas, para ir al Gran Mercado no merece la pena decir que llevas prisa y subir a uno de esos autobuses llamados fula-fulas. Se detienen en todas las paradas, aunque ya estén abarrotados, y el trabajo de los revisores consiste en desgañitarse y obligar a la gente a subir sin advertirles de que no hay sitio y de que van a ir como piojos en costura. Dentro hace calor, los viajeros sudan como si tuvieran grifos en los sobacos. Algunos vecinos de Voungou prefieren ir andando a pesar de las dos horas de caminata necesarias, no porque no tengan dinero para pagar el billete del fula-fula, sino para evitar mojarse con el sudor de esos individuos desconocidos que quizá solo se laven de casualidad los días de lluvia...

Ma Moubobi está sentada detrás de su caja, que no es una caja de verdad sino dos barriles uno al lado del otro sobre los que ha colocado una tabla de ocume y alineado un montón de paquetes de caramelos Kojak. Es su técnica para atraer a los niños. Y si los padres no quieren comprárselos, los chiquillos se revuelcan por el suelo, lloran, se quejan de que les duele la barriga y dicen que solo los caramelos Kojak de Ma Moubobi pueden curarlos.

Hay pescados en salazón colgando del techo por unas gomas elásticas. En cuanto entra una corriente de aire en la tienda, se balancean a derecha e izquierda, a pocos centímetros de la cabeza de Ma Moubobi. Y cuando alguien quiere comprar pescado, ella levanta el brazo, agarra uno por la cola y tira muy fuerte. La goma hace un ruido, ¡chas!, y el pescado cae sobre la tabla de ocume.

Ma Moubobi lo coge y lo olisquea.

—Todavía no está podrido... ¿Cuánto me das por él?

Y empieza a regatear con el cliente hasta que al final dice:

—Bueno, ya está, tu precio es mi precio, pero que sepas que no voy a ganarle nada, lo hago por tus hijos, no por ti...

Detrás de Ma Moubobi, contra la pared de firme, hay una foto enmarcada del camarada presidente Marien Ngouabi. Cuando alguien le promete que le pagará a final de mes, Ma Moubobi se da la vuelta y señala con el dedo el busto de nuestro presidente.

—Más te vale pagar en la fecha que me has dado, el camarada presidente Marien Ngouabi es testigo...

El cliente mira con respeto y temor la foto de nuestro líder de la Revolución socialista congoleña. Es la misma que teníamos en el aula de la escuela primaria. El camarada presidente Marien Ngouabi lleva una gorra militar y mira hacia la derecha. No tiene barba, pero sí unas patillas bien anchas que nos permitían dibujarlo fácilmente durante la clase de educación cívica. Su guerrera es magnífica, con el botón de arriba abrochado y, encima del bolsillo derecho, la

insignia del comando de paracaidistas que demuestra que es capaz de saltar de un helicóptero o de un avión y llegar al suelo sin abrirse la cabeza gracias a su paracaídas. El camarada presidente Marien Ngouabi está triste en esa foto. Tal vez haya comprendido que no es fácil ser el líder de la Revolución en un país donde todo el mundo quiere que le fíen.

Los clientes están convencidos de que el camarada presidente Marien Ngouabi está en la tienda, que los mira, y que resulta imposible no saldar la deuda a tiempo cuando un presidente ha sido testigo del momento en que se llevaron la mercancía sin dar dinero...

Voy detrás de tres señores.

El primero ha pagado sus dos latas de sardinas y acaba de irse.

El segundo deja una chirimoya sobre el mostrador, una piña, un paquete de fufú y saca dinero para pagar.

El tercero no ha cogido nada, nos hace perder el tiempo, da palique a Ma Moubobi y le pregunta por Olivier.

Ma Moubobi se pone muy contenta de que alguien se acuerde de su hijo.

—¿Olivier? Gracias a Dios ahora trabaja de revisor en un fula-fula. Le he dicho al patrón que como maltrate a mi hijo se va a enterar, ¡me desnudaré delante de su autobús y delante de sus clientes!

Y se parten de risa. Yo no le veo la gracia. Se me viene a la memoria el día en que Ma Moubobi se desnudó en nuestra escuela y yo no quería ver con mis propios ojos la forma de su desnudez, por miedo a la maldición que caería sobre mí y me impediría sacarme el Certificado de Estudios Primarios y entrar en el colegio de las Tres Gloriosas.

No sé lo que este señor tan charlatán le está contando al oído a Ma Moubobi, ella se muere de risa y se acaricia el pelo. ¿Está enamorándose de él, o será que el tipo la está camelando para llevarse la mercancía de balde?

En el momento en que el segundo cliente termina de pagar y se va es cuando Ma Moubobi me ve por fin detrás del señor que la camela.

—¡Anda! ¡El hijo de Pauline Kengué! ¿Qué, hoy también vas a perder el dinero de tus padres?

El señor charlatán se da la vuelta y se ríe con sorna.

—Pero ¿tú te has visto, niño? ¡Ja, ja, ja! ¿Tú te has visto? ¿No te da vergüenza? A tu edad Olivier ya está trabajando en un fula-fula, pronto será revisor a jornada completa, ¿y tú te presentas en la tienda de Ma Moubobi así vestido? ¿Es por faltar al respeto, o es la nueva moda?

Me miro desde los pies hasta el pecho: ¡llevo la camisa al revés! Doy un paso atrás con intención de salir, pero el brazo del señor charlatán es tan largo que me atrapa por el hombro.

—¡Métete detrás de la caja de Ma Moubobi y ponte la camisa como está mandado!

Ma Moubobi cierra los ojos para no verme mientras le doy la vuelta a la camisa. El señor también cierra los ojos, a pesar de que los dos somos varones.

Me pongo bien la camisa y vuelvo a hacer cola detrás del señor charlatán.

—Pasa tú delante, niño, que lo mío va para largo, todavía no he terminado de explicarle a Ma Moubobi cómo hago...

Se calla, me mira de nuevo de los pies a la cabeza.

—Niño, ¿lo haces adrede, o qué? ¡No te has abrochado el último botón de la camisa! ¿Lo haces para enseñarnos ese ombligo gordinflón?

Me abrocho el botón, un poco enfadado porque diga que tengo un ombligo gordinflón. Pero me está bien empleado, por criticar la gordura y los ronquidos de Ma Moubobi.

Ya estoy delante de la caja. No encuentro el dinero que llevaba en la mano derecha. Ma Moubobi agita un billete de cinco mil francos cfa que no está arrugado, parece que alguien lo haya lavado y planchado con esmero usando una plancha de carbón para que esté limpio y liso.

—Se ha caído al suelo cuando te has puesto bien la camisa...

Ahora respiro. Ya estaba imaginando lo que Papá Roger iba a decir. Rezo también para que Ma Moubobi no le cuente a mi padre lo que ha pasado. No puedo confiar en ella, lo cuenta todo a todo el mundo, su boca no tiene freno, así es como se la describe en Voungou para explicar por qué no ha tenido más maridos después del padre de Olivier, que la dejó cuando el niño todavía no andaba.

Me da una bolsa grande. Echo un vistazo al interior: distingo las pastillas Maggi, el aceite de palma y la manteca de cacahuete. Es lo que me ha encargado Mamá Pauline, pero faltan cosas. Antes de que yo le haga la pregunta, Ma Moubobi me dice:

—Mira bien, abajo del todo están el vino y el tabaco de tu padre. Las vueltas van también ahí, dentro de un saquito...

Mal humor

Mamá Pauline ha vuelto, y tengo la sensación de que está muy enfadada. Me quita de las manos la bolsa con las compras. Hurga en el interior, me da la botella de vino, el tabaco de Papá Roger, y se queda con lo demás.

Sé que no está de mal humor por nuestra culpa. Le habrá ido mal en el sitio al que ha ido a primera hora de la mañana, a la hora en que los camiones de la basura de Pointe-Noire recogen los desperdicios de las puertas de las casas de los capitalistas negros y fingen no ver que también hay desechos delante de las parcelas de gente como los Malonga y nosotros.

Mi madre nos había dado instrucciones muy claras: había que empezar a hervir la carne de cerdo a las diez en punto, para que cuando ella volviera solo hubiera que añadir lo que yo acabo de comprar donde Ma Moubobi.

Todos los fines de semana va a reclamar el dinero que muchas comerciantes le deben desde hace meses y meses. No le resulta fácil obligarlas a pagar, porque esas mujeres son amigas con las que bebe cervezas Primus en los bares del Gran Mercado. Además, muchas son de la misma aldea que ella, Louboulou. Pasaron la infancia jugando juntas, yendo a coger agua al río, hablando perrerías de los chicos que intentaban hacer con ellas cosas que no puedo explicar aquí porque si no van a volver a decir que yo, Michel, soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta. Así que las comerciantes se aprovechan de la bondad de Mamá Pauline. Papá Roger la regaña constantemente y le dice que así no va a sacar ningún beneficio y que necesita mucho dinero para comprar al por mayor los racimos de plátanos a los agricultores de Les Bandas, pagar a los muchachos que los llevarán hasta la estación de Loubomo, alquilar luego un vagón entero del Ferrocarril CongoOcéan, el cfco, dejar muchos billetes de diez mil francos cfa a los que cargarán la mercancía en el tren, y después a los que la descargarán en la estación de Pointe-Noire, y por último a los que la transportarán hasta el Gran Mercado. A veces la mala suerte se ceba con ella porque el tren ha descarrilado y el cfco la informa de que no pueden devolverle los racimos de plátanos porque es un caso de «fuerza mayor», o sea, como me explicó Papá Roger, que nadie podía prever el descarrilamiento. Sin embargo, todo el mundo sabe que hay descarrilamientos en cadena en las estaciones de Dolisie, Dechavanne, Mont Bélo, Hamon y Baratier. Allí los trenes se quedan bloqueados durante diez o quince días hasta que unos técnicos europeos llegan en dresina desde Brazzaville y arreglan los raíles. Esos técnicos blancos son muy listos: les ocultan sus técnicas a nuestros maquinistas para que les paguen mucho dinero, cuando en realidad lo único que hacen es dar órdenes a los congoleños que levantan piedras pesadas a pleno sol, colocan los raíles y aprietan los pernos sin ponerse guantes siquiera. Cuando hay descarrilamientos, Mamá Pauline reparte sus plátanos entre los viajeros del cfco, si no, serán los animales salvajes los que se los comerán. Algunos viajeros quieren darle dinero, ella lo rechaza y dice que no pasa nada, que la próxima vez tendrá más suerte. Y los revisores, que no tienen vergüenza ninguna, se sirven como si los plátanos fuesen cortesía del cfco. Pero como ven con sus propios ojos lo amable que es mi madre con sus clientes, que se atiborran como groseros sin darle las gracias siquiera, le prometen que en el próximo viaje la acomodarán en primera clase

junto a los blancos y los capitalistas negros, con la condición de que cierre la boca delante de las demás comerciantes porque no hay muchas plazas en ese coche que es el único climatizado de todo el tren. Aunque ella acepta, el regalo climatizado no vale el precio de la mercancía que ha perdido por culpa del descarrilamiento. Y cuando vuelve a casa con las manos vacías no está de buen humor con nosotros, está muy cansada por haber hecho el camino en balde, se sienta al lado de Papá Roger para verlo hacer largos cálculos muy complicados en pedazos de papel hasta que mi padre, muy preocupado, deja el Bic en la mesa y dice:

—La cosa pinta mal, Pauline... Te puedo ayudar a final de mes con el sueldo del hotel...

Mi madre es muy orgullosa, rechaza la ayuda de Papá Roger, que se preocupa mucho porque cuando tenemos problemas de dinero es difícil tener apetito o sueño. El orgullo fue lo que la empujó a comprar nuestra parcela y mandar construir nuestra casa. No quería parecerse a las demás mujeres de Pointe-Noire que esperan que sus maridos lo paguen todo, hasta las agujas para coser o las cintas para trenzarse el pelo. Con su orgullo por delante, Mamá Pauline promete siempre a Papá Roger que se las arreglará sola para que su negocio no se vaya a pique. Pero cuando promete eso, Papá Roger y yo comprendemos que irá a obligar a las comerciantes del Gran Mercado a que le abonen lo que le deben. Y apues-to a que hoy ninguna ha saldado su deuda...

Dejo delante de Papá Roger la botella de vino, un vaso y un sacacorchos. Ya no está escuchando La Voz de la Revolución Congoleña, ha cambiado a La Voz de América, y se lo ve muy triston:

—Michel, ayer hubo disparos en Brazzaville...

Me gustaría preguntarle por qué no se anunció ayer en La Voz de la Revolución Congoleña y por qué es La Voz de América la emisora que nos informa con un día de retraso.

Me callo. Si Papá Roger tuviera las respuestas a esas preguntas, me lo explicaría todo en detalle. Es lo que hace cada vez que hay una noticia grave en nuestro país o en el mundo entero. Además, de todos modos, no podíamos oír nada porque Brazzaville queda a más de quinientos kilómetros de Pointe-Noire, que es donde estamos, incluso viajando en tren se tardan tres días completos. En fin, para mí que la historia de los disparos que nuestra propia radio todavía no ha anunciado es una provocación de los imperialistas negros y blancos que solo buscan alterar nuestro país y nuestra Revolución socialista congoleña. Tengo ganas de decirle a Papá Roger que hace mal en tomarse en serio esa noticia cuando ya ha oído cosas peores sin inmutarse porque seguía comiendo su carne de pangolín, bebiendo su vino tinto y metiéndose por la nariz el rapé que lo hace estornudar.

Yo, Michel, no me preocupo, yo sé que en Brazzaville están nuestros militares más fuertes. Su trabajo consiste en entrenar mañana, tarde y noche para intimidar a Zaire, o sea, el antiguo Congo belga, que sueña con hacernos la guerra, con sembrar el caos en nuestro país y robarnos el petróleo de noche mientras dormimos. Además, en un país minúsculo como el Congo, si hacemos mucho ruido con disparos de esa clase, los países grandes como Zaire se mean en los pantalones, creen que nosotros también somos muchos, que estamos escondidos en el río Congo y que saldremos a atacarlos cuando el ambiente se caldee, como en las películas de guerra que dan en nuestros cines de Pointe-Noire y Brazzaville.

Los militares zaireños no entrenan y se tienen por los peces gordos de África. Lo único que saben hacer es ver la película *El día más largo* en los cuarteles creyendo que serán capaces de combatir en el agua como los americanos. Yo he visto *El día más largo* seis o siete veces en el cine Rex, es la única película que está en cartelera de lunes a domingo. Cuando los idiotas de los barrios Rex o de Trois-Cents arrancan el bonito cartel de la película para ponerlo en su casa, el dueño del cine pone otro y debajo escribe con rotulador rojo: «Prohibido robar el cartel de mi Día más largo bajo pena de multa». Pasa lo mismo cuando en las tapias de las barriadas de los ricos escriben «Prohibido tirar basuras bajo pena de multa», aunque eso no quita para que la gente tire al suelo las hojas de mandioca o la comida echada a perder a medianoche, cuando nadie la va a pillar.

Así que los zaireños que quieren atacarnos están muy equivocados: el río Congo es diferente, los americanos no pueden venir a ayudarlos con sus armas grandotas porque aquí no hay playa; es más, para los americanos sería todavía más difícil por las alimañas que viven en el agua, por no hablar del Mokelé-Mbembé, el dinosaurio que atemoriza a los pigmeos en el norte del país a pesar de que nadie lo ha visto todavía...

Escucho atentamente con Papá Roger lo que cuenta La Voz de América. El nombre y el apellido del presidente de los estadounidenses, Jimmy Carter, es como uno de esos apodos que cualquiera puede adoptar, suena muy bien. Jimmy Carter no comenta la guerra que podría estallar entre nosotros y los zaireños, porque tiene algo más importante de lo que hablar: está furioso con esos otros alborotadores que son los israelíes y los palestinos. En vez de entenderse, se pelean veinticuatro horas al día como si no tuvieran nada mejor que hacer. Jessica Cooper, la periodista americana, también está de mal humor, más que el presidente Jimmy Carter. Está explicando que las cosas no pueden seguir así, que hay que conceder cuanto antes una parcela de tierra a Palestina porque si no ¿cómo van a hacer los pobres palestinos para estar orgullosos y gritar a los cuatro vientos que existen cuando ni siquiera tienen un país como todos los pueblos del mundo?

La radio no habla más de los tiroteos en Brazzaville, solo era un *flash* informativo, y Jessica Cooper dice que darán información detallada cuando los periodistas enviados a Brazzaville desde Kinsasa sepan algo más.

La radio no habla más de las peleas entre israelíes y palestinos sino del equipo de Saint-Étienne, del que Papá Roger es forofo y que es campeón de Francia de fútbol. Lo ha derrotado el equipo de Liverpool, que es el campeón de Inglaterra, y mi padre no está nada contento con la noticia.

—De todos modos, qué más dan los ingleses: al final ganarán los suizos, tienen de sobra para comprar hasta a los árbitros más íntegros.

Bebe dos tragos de su vino tinto, gira el dial de la radio para volver a La Voz de la Revolución Congoleña.

—Por el amor de Dios, ¿cuándo van a decir los holgazanes de los periodistas congoleños qué está pasando? ¿No se cansan de la música soviética con la que nos marean desde ayer?...

El árbol de las palabras

Ya van tres veces que Mamá Pauline nos pide que apaguemos la radio porque es hora de sentarse a la mesa. Dice que no es bueno comer escuchando música soviética porque no se saborea la comida. Además, cuando estamos comiendo es mejor no saber lo que pasa en el mundo, así, si se anuncia una desgracia, será demasiado tarde: ya habremos comido y eructado a gusto.

A pesar de los avisos de Mamá Pauline, mi padre y yo no nos movemos, nos quedamos sentados debajo del viejo mango, uno de nuestros tres frutales junto con el papayo y el naranjo que hay cerca de la cocina. Mamá Pauline plantó este árbol nada más comprar el terreno, y le gusta contar que trajo la semilla directamente desde su aldea natal porque los mangos más lozanos de nuestro país están allí y no en Pointe-Noire, donde los mangos son lozanos por fuera y están malos por dentro. Los mangos de aquí, además, no son tan dulces como los de Louboulou, hasta las moscas lo saben y no se sienten atraídas por ellos.

Este árbol es un poco mi otra escuela, y a mi padre le divierte llamarlo a veces «el árbol de las palabras». Él siempre escucha la radio aquí cuando vuelve del hotel Victory Palace. Como su trabajo es muy fatigoso, los fines de semana descansa bajo el árbol desde por la mañana hasta que se pone el sol, sentado en su silla de lianas con su radio a cero metros. En la cama estaría más cómodo, pero por desgracia la antena capta muy mal la señal dentro de la casa; casi parece sonar dentro de la Grundig un ruido de granos de maíz que estallan como cuando los echas en aceite hirviendo. Además, las voces se entremezclan cuando dan las noticias más importantes, y al final el transistor cuenta historias que no son verdad. Una radio no debe mentir, sobre todo si ha costado muy cara y las pilas todavía son nuevas porque mi padre me manda a comprarlas donde Nanga Dèf, el comerciante africano occidental que tiene la tienda a dos minutos a pie de la de Ma Moubobi.

No bromeo cuando digo lo de la escuela bajo el mango. Aquí fue por ejemplo donde mi padre me desveló cantidad de secretos sobre la guerra de Biafra porque La Voz de la Revolución Congoleña no paraba de hablar del tema. Nuestra radio había informado de que Olusegun Obasanjo, el presidente de Nigeria, que es donde fue esa guerra, había recibido felicitaciones del papa Pablo VI por haber organizado una gran reunión de los negros del mundo entero. Nuestros periodistas, que querían que el Gobierno y el camarada presidente Marien Ngouabi los mirasen con buenos ojos, empezaron a decir que era un escándalo, ¿por qué no felicitar a nuestro líder de la Revolución, que trabaja veinticuatro horas al día para el desarrollo de nuestro país? Criticaban al presidente Olusegun Obasanjo diciendo que nunca llevaba traje y corbata, que sonreía mal, que era una vergüenza para nuestro continente, que la guerra de Biafra no era más que una guerra de prostitutas para controlar las aceras de la ciudad de Lagos.

—Michel —me había dicho mi padre—, ¡no les hagas caso! ¡Ha habido más de dos millones de muertos en dos años y medio de guerra!

Papá Roger añadió que los nigerianos se mataban entre ellos en una auténtica guerra civil porque algunos habían decidido que iban a crear su propio país aparte, la República de Biafra, al lado del país normal que ya estaba muy bien dibujado por los blancos en los libros de geografía.

Siempre según Papá Roger, el Gobierno de Nigeria no estaba de acuerdo con la idea de compartir el territorio, porque la gente iba a despertarse al día siguiente con dos países enemigos y en guerra mañana, tarde y noche. El Gobierno había cerrado las fronteras. Pero si se cierran las fronteras con un candado enorme, si no se permite que la gente entre o salga, ¿por dónde va a llegar la comida? Por eso Nigeria se había convertido en un país hambriento en el que ya no había ni un solo racimo de plátanos para por lo menos calmar algo el hambre. Papá Roger me dijo en voz baja —porque era un secreto muy grave que había oído a los blancos en el Victory Palace— que los franceses habían entrado en esa guerra a pesar de que nunca habían colonizado Nigeria como nos colonizaron a nosotros. Su presidente de entonces, el general De Gaulle, había enviado a un señor al que apodaban «el mago blanco». Ese señor, cuyo nombre ya no recuerdo, es una persona de pocas palabras que conoce hasta tal punto los secretos de nuestro continente que uno se pregunta quiénes serán los traidores que le facilitan la información y cuánto paga él a cambio. La mayoría de presidentes negros debe hablar con «el mago blanco» para que Francia esté contenta. Ese señor decide quién será el presidente de la República de tal o cual país que Francia colonizó. Y si uno de los presidentes que Francia ha puesto en el poder critica mucho a los franceses en la onu, que es el sitio donde se resuelven las peleas entre países enfadados, «el mago blanco» se enfurece y al día siguiente el fanfarrón africano deja de ser presidente de la República y acaba en la cárcel si no lo han matado durante un golpe de Estado preparado a escondidas desde Francia con otros africanos que no entienden que están entregando el chicote para que les fustiguen la espalda y sigan afanándose sus riquezas a medianoche cuando la gente ya está en la cama soñando con cosas más importantes que ese petróleo que siempre nos trae tantos problemas.

—Lo que te quiero decir, Michel, es que Francia había puesto mucho dinero en esta guerra civil. Los dos bandos en conflicto, el Gobierno oficial y los partidarios de la división del país, habían reclamado ayuda. Y Francia optó por respaldar a los segundos y su República de Biafra. ¿A ti te parece normal?

Cuando me contó que los franceses estaban a favor de que Nigeria se dividiera en dos, le dije a Papá Roger que no estaba bien que un país se metiera en las peleas de otro país y que yo, Michel, cuando veo gente que se pega y no sé por qué riñen sigo mi camino sin mirar atrás, yo solo me peleo si me provocan o si no tengo escapatoria porque no hay atajos que tomar y mis perseguidores me han acorralado.

Papá Roger sonrió y me dijo que como Francia estaba a favor de que naciera la República de Biafra había dado trabajo a unos mercenarios, criminales que cobran por alborotar en un país donde no saben ni quiénes son. Uno de los mercenarios —de este sí que me acuerdo— era Bob Denard. Un auténtico especialista en armar follón porque antes de llegar al caos de Nigeria ya había incordiado a los pueblos que se enfrentaban en Argelia para que su país dejara de ser de los franceses. En principio su nombre de pila en francés es Robert, pero «Bob» da más miedo cuando eres mercenario. De todos modos, a Papá Roger no le parecía nada bien que ese tipo se llamase Robert porque, según él, el hermano pequeño de un presidente estadounidense se llamaba también Robert, solo que ese Robert americano no había incordiado a los pueblos que se enfrentaban valerosamente en Argelia para que su país dejara de ser de los franceses. Cuando Papá Roger me enseñó la foto del Robert americano en el periódico, me quedé muy impresionado: era joven y guapo. Pero a pesar de su juventud y su guapura los americanos lo

asesinaron, aunque él también habría podido ser el presidente de los Estados Unidos de América igual que su hermano mayor, al que habían matado en un coche cuando iba con su mujer, como en las películas.

—¡Michel, otra vez soñando despierto!

Papá Roger me da un codazo e interrumpe mis pensamientos sobre los momentos agradables que pasamos juntos debajo del mango. Me hace una señal con la cabeza, me doy la vuelta: Mamá Pauline viene hacia nosotros como un toro furioso.

—¿Cuántas veces os tengo que decir que vengáis a comer y dejéis de escuchar esa música tan horrorosa? ¡Pues nada, hoy comeréis radio! ¡Que os aproveche!

Yo no quiero comerme la Grundig ni la música soviética que hay dentro. Quiero comer lo que ella ha preparado, más que nada porque lleva diciendo desde ayer que va a cocinar para mí porque está orgullosa de mis buenas notas del segundo trimestre en el colegio.

Papá Roger intenta tranquilizarla.

—Pauline, ya vamos, solo unos segundos...

Ella se vuelve a casa a toda velocidad. Oímos primero el sonido de la vieja alacena al abrirse y luego el de los platos al estrellarse en el suelo.

—¿Qué está haciendo tu madre? —me pregunta Papá Roger.

—Creo que está castigando a los platos por no castigarnos a nosotros...

Mbua Mabé

Mamá Pauline viene otra vez hacia nosotros. Lleva una marmita inmensa entre las manos, y tiene la cara todavía más larga, como si fuésemos sus enemigos en la guerra de Biafra.

Derrama en el suelo todo el guiso de cerdo con plátano macho, corre hacia la entrada de la parcela y grita:

—¡Mbua Mabé! ¡Mbua Mabé! ¡Mbua Mabé!

Mbua Mabé es nuestro perro. Está tan flaco que se le pueden contar fácilmente las costillas y nadie sabe si le queda algo de carne en alguna parte. Lo compramos hace tres años, era uno de esos perros abandonados que la gente caza en los barrios para luego venderlos en el Gran Mercado. Mbua Mabé me miraba todo el rato con sus ojazos negros como si quisiera explicarme que estaba muy triste, y yo le dije a Papá Roger:

—Compremos ese perro, que está muy triste...

Papá Roger no quería.

—¡No, un perro solo trae problemas! No hará más que comer y no protegerá la parcela. ¡Míralo, es un hipócrita, un enemigo de la Revolución socialista congoleña!

—Sí, defenderá la parcela, y no comerá mucho, y...

—¿Ah, sí? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo noto cuando me mira...

Él se echó a reír, y puede que gracias a esa risa decidiera hacerme caso.

—¡Espero que no te arrepientas!

Yo enseguida le dije a mi padre que lo llamaría Mbua Mabé, que en lingala significa «perro feroz».

—¡Lo que hay que oír! ¿Necesita un perro que se le diga que es feroz?

Yo pensaba que Mbua Mabé engordaría un poco, pero así se quedó, los perros bateke nunca engordan.

Mbua Mabé es muy educado, no se deja atraer por las perras que le hacen ojitos y se tiran al suelo con las patas abiertas para invitarlo a hacer cosas que no puedo desvelar aquí porque si no van a volver a decir que yo, Michel, soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta. Cuando en el barrio sorprende a un perro haciendo esas cosas con una perra, me dan lástima esos dos animalitos que se quedan mucho rato pegados mientras les tiran piedras para separarlos por la fuerza cuando en realidad la naturaleza ha querido que eso ocurra. Mbua Mabé, que es muy inteligente, sabe que hacer eso con una perra es arriesgarse a quedarse pegado a ella mientras recibe las pedradas o bastonazos de los que pasen por allí. Así que, en cuanto ve una hembra que le guiña un ojo, aunque sea muy guapa, Mbua Mabé meneaba la cabeza tres veces para decir que no y le da la espalda...

Hoy, Mbua Mabé es el perro más feliz de Pointe-Noire, tiene para él solo todo el guiso de cerdo con plátano macho y yo no tengo nada, y eso que fui yo quien lo salvó en el Gran Mercado. Ahí

llega, caminando despacio. Le da mala espina: él suele comer solo huesos porque no es un ser humano y no merece la chicha.

Observa desde lejos la comida derramada en el suelo, mira luego hacia donde estamos mi padre y yo. Le hacemos un gesto para que no se acerque, Papá Roger agita el dedo índice para decirle que no, y yo agito el puño también para decirle que no. Mbua Mabé ya no sabe a quién obedecer, no sabe si tener miedo del índice y del golpe del puño. Se vuelve entonces hacia Mamá Pauline, que le sonríe y le hace un gesto amable con la cabeza.

—¡Cómetelo, Mbua Mabé! ¡Cómetelo!

Mbua Mabé agacha las orejas, menea el rabo y arremete contra esa comida que Papá Roger y yo nos comemos con los ojos imaginando el placer que nos habría dado.

Primero devora los pedazos de plátano macho, se reserva los trozos de carne para el final. Está muy emocionado, el rabo se mueve muy deprisa y parece un limpiaparabrisas. Menos mal que Mamá Pauline no le ha puesto cayena, si no, no sé cómo se habría comportado.

En el momento en que Mbua Mabé empieza a comerse los trozos de carne, un viento violento y repentino sacude nuestro mango. Los pájaros escondidos en el follaje salen despavoridos y lanzando chillidos, como si un cazador les hubiera disparado.

Levanto la cabeza: hay un nubarrón salido de no sé dónde que oculta todo el sol.

¡La música soviética ha parado! ¡Sí, por fin ha parado! Papá Roger endereza rápidamente la antena de la Grundig y los dos nos acercamos al aparato, que ya no emite nada aunque las pilas todavía están nuevas.

Hemos estado a punto de darnos un cabezazo porque nos hemos inclinado sobre la radio a la vez.

Me digo que a lo mejor ya no queda más música soviética que poner en La Voz de la Revolución Congoleña, que la radio ha agotado las reservas de canciones que tenía.

La Grundig escupe una vez, dos veces, tres veces. No, es más bien alguien que tose, y que empieza a leer:

Pueblo congoleño:

Hace unos días, el líder de la Revolución, el camarada Marien Ngouabi, anunciaba, durante una reunión que festejaba el duodécimo año de la Unión Revolucionaria de las Mujeres del Congo en la plaza del Ayuntamiento de Brazzaville, la inminente celebración del tercer congreso extraordinario de nuestro joven y dinámico partido, el Partido Congoleño del Trabajo. Como todos los congoleños y congoleñas saben, el tercer congreso extraordinario del partido debía dotar a nuestro país de instituciones revolucionarias estables con el objetivo de dar un nuevo impulso a la lucha de liberación que afronta nuestro pueblo.

Sin embargo, el imperialismo acecha, y su última sacudida nos ha llegado a través de un comando suicida que ha atentado cobardemente contra el dinámico líder de la Revolución congoleña, el camarada Marien Ngouabi, que perdió la vida en combate, con el arma en la mano, el viernes 18 de marzo de 1977, a las 14.30.

Asimismo, habida cuenta de la situación que prevalece, el Comité Central del Partido Congoleño del Trabajo ha decidido, durante su reunión de hoy, delegar plenos poderes a un Comité Militar del Partido, compuesto por once miembros, que tendrá el cometido de preparar

el funeral de Estado, dirigir los asuntos de Estado y garantizar la defensa, la seguridad del pueblo y de la Revolución hasta nueva orden.

El Comité Militar del Partido invita al pueblo a redoblar la vigilancia y a salvaguardar por todos los medios la Revolución y la Unión nacional por las que el presidente Marien Ngouabi ha dado su vida. Se decreta un mes de luto nacional a partir del día de hoy.

¡Vencer o morir!

¡Todo por el pueblo!

¡Solo por el pueblo!

Mbua Mabé deja de comer, mira la radio, levanta las orejas, da media vuelta y sale de la parcela ladrando mientras Mamá Pauline le grita:

—¡Ven aquí, Mbua Mabé! ¡Ven, o te juro que te revendemos en el Gran Mercado!

El perro ya está muy lejos y no oímos sus ladridos...

¿Cayena en los ojos?

Hay aglomeraciones por todas partes, hasta delante de nuestra casa.

La gente sale de sus parcelas, se mezcla con los transeúntes, con los conductores de taxis amarillos que frenan bruscamente, con los carretilleros zaireños que abandonan las mercancías al borde de la carretera, se detiene, habla a voces como si fuese capaz de resucitar al camarada presidente Marien Ngouabi. Yo me digo que los individuos que están de pie al lado de nuestra parcela se la están buscando, Papá Roger es capaz de enfadarse con ellos porque no le dejan escuchar la radio, que todavía no ha explicado de qué manera perdió la vida nuestro presidente con el arma en la mano ayer viernes 18 de marzo de 1977 a las 14.30, como acaba de decir el comunicado.

Otras personas van a casa de nuestros vecinos para comprobar si todas las radios del barrio han dado la misma mala noticia.

Otros lloran, se revuelcan por el suelo con la foto del líder de la Revolución congoleña en la mano, y gritan que han perdido las ganas de vivir, que su vida ya no vale nada, que quieren ser enterrados con el camarada presidente Marien Ngouabi, que no saben qué va a ser de ellos ni qué va a ser de nuestro país en los próximos años. Cuentan que no habrá electricidad, ni siquiera en los barrios capitalistas negros, que habrá escasez de gasolina, de cerveza, de pescados en salazón, que la mandioca será más cara que el cerdo, el cerdo más caro que los alquileres, los alquileres más altos que los salarios, etcétera.

Yo también tengo que llorar, lo intento, pero no es fácil. La única manera es poniéndome cayena en los ojos, como hacen las viudas cuando no consiguen llorar a sus maridos. Sin embargo, esas viudas son unas manipuladoras que interpretan un papel pensando ya en la herencia que recibirán. Saben que la familia va a medir la cantidad de lágrimas, si quieren quedarse con la casa o el coche: si no hay suficientes, todo se lo quedará la cuñada o la suegra.

Yo quiero llorar porque el camarada presidente Marien Ngouabi era una buena persona, y da mucha pena oír otra vez en La Voz de la Revolución Congoleña su discurso de hace cinco días cuando en todo el país se festejaba el duodécimo aniversario de la Unión Revolucionaria de las Mujeres del Congo. Cuando lo escuchas es como si estuviera vivo o como si él supiera que iba a morir y nos dejara unas palabras profundas, sabiendo que las analizaríamos largo y tendido cuando ya no estuviera con nosotros.

En ese último discurso prometía hacer todo lo posible para que no tuviéramos que sufrir más la crisis económica provocada por los países ricos, y añadía que nuestro pueblo debía buscar la paz a pesar de los embrollos de los imperialistas, que no tienen nada mejor que hacer que darnos la lata mañana, tarde y noche después de habernos robado nuestras riquezas en cantidades industriales.

Si digo que el camarada presidente Marien Ngouabi era consciente de que iba a abandonarnos para siempre, es por las últimas palabras de su discurso:

Cuando tu país está sucio y carece de paz duradera, solo puedes devolverle la limpieza y la unidad lavándolo con tu sangre...

Cuando pasan las cigüeñas

Si decido usar cayena, como las viudas de Pointe-Noire, para que se me salten las lágrimas, me buscaré un buen lío con Mamá Pauline, que me pondrá más cayena en los ojos. Así que, para atraer la tristeza, recuerdo las clases de educación cívica que nos daban cada semana en la escuela primaria.

Escuchábamos en un magnetófono la canción soviética *Cuando pasan las cigüeñas*, luego nos la hacían cantar, y no es por presumir, pero yo, Michel, era el único que se la sabía de principio a fin, parece que el ruso es una lengua normal, cuando en realidad no le llega ni a la suela del zapato al francés.

Había otras canciones soviéticas, eran parecidas, con violines, con acordeón, con piano. Y los soviéticos cantan con vozarrones, como cantamos nosotros en los funerales para agasajar al cadáver, así al menos se imagina que ha sido una persona importante, aunque fuera un pelmazo que no hacía más que dar la tabarra. ¡Ojo, porque la tristeza que sale de las voces de los soviéticos es muy diferente de la tristeza de nuestros cantores! En nuestro país es una tristeza falsa, mientras que los soviéticos van en serio y, a ratos, se olvidan de que solo es una canción para entretenerse y se echan a llorar de verdad en su lengua. Nosotros adoptamos una voz grave y tristonra, pero es para explicarle al difunto que se niega a irse a vivir al país de los muertos que ya está bien, que no tenemos barriles de lágrimas en reserva para llorarlo durante semanas y semanas como si fuese el muerto más desdichado de todo el país. Le damos a entender que ya es hora de acabar su comedia de cadáver mal educado que no tiene vergüenza ni se pone colorado delante de su familia. Le recordamos que han venido los vecinos, que han donado dinero, café y velas para colocar alrededor de su lecho, sábanas blancas para cubrirlo, que han dado dinero para la compra del ataúd, así su último viaje irá bien y los demás difuntos no se burlarán de él con la excusa de que sus parientes se han endeudado para pagar su entierro.

Yo cantaba bien *Cuando pasan las cigüeñas* sin equivocarme porque mi memoria era buena conmigo y me soplaba al oído la cantidad de veces que me habían azotado para que me la aprendiera. El maestro nos la había traducido entera al francés, para que entiendiéramos lo que los soviéticos escondían en la letra. Así que todas las mañanas, después de dedicar unas bonitas palabras al camarada presidente Marien Ngouabi delante de la bandera nacional en el patio principal, en cuanto entrábamos en el aula, antes incluso de empezar con las fábulas de Jean de La Fontaine que tanto nos gustaban porque salían animales inteligentes que hablaban francés sin cometer faltas gramaticales u ortográficas como si hubiesen ido a la escuela, recitábamos los ocho primeros versos. Yo estaba en primera fila, sobre todo cuando nos avisaban de que los miembros del Partido Congoleño del Trabajo iban a venir desde Brazzaville para visitar las escuelas de Pointe-Noire. Todavía me los sé de memoria:

A veces me parece que los soldados

*que se dejaron la vida en los campos de batalla anegados de sangre
no yacen en el corazón de nuestra tierra
sino que se transformaron en cigüeñas blancas...*

*Y hasta ahora, desde esos tiempos tan lejanos,
vuelan por encima de nuestras cabezas y emiten lamentos.
¿Por eso callamos, llenos de tristeza,
cuando miramos el cielo?*

Según nuestro maestro, los alumnos que íbamos a obtener el Certificado de Educación Primaria éramos las cigüeñas blancas de la Revolución socialista congoleña, y el camarada presidente Marien Ngouabi confiaba en nosotros para que lo ayudásemos a desarrollar nuestro país, nuestro continente y también los otros continentes, incluidos todos esos países de Europa que se creen que ya están desarrollados aunque cambien demasiado de presidente y por desgracia sea el pueblo el que vota al líder en vez de crear su propio Partido Congoleño del Trabajo que les enseñará cómo hacer las cosas para que su camarada presidente se mantenga en el poder hasta la muerte.

Cuando el maestro terminaba de decir que éramos las cigüeñas blancas de la Revolución socialista congoleña, nos preguntaba otra vez para comprobar si realmente lo habíamos entendido:

—¿Quiénes sois?

Y nosotros contestábamos al unísono:

—¡Somos las cigüeñas blancas de la Revolución socialista congoleña!

—¿Cuál es vuestra misión como cigüeñas blancas de la Revolución socialista congoleña?

Y nosotros contestábamos, otra vez al unísono:

—Nuestra misión consiste en sacrificar nuestra vida por el triunfo de la Misión suprema del camarada presidente Marien Ngouabi, en aras de desarrollar nuestro país, nuestro continente y también los otros continentes, incluidos los países de Europa que se creen que ya están desarrollados aunque cambien demasiado de presidente y por desgracia sea siempre el pueblo el que vota al líder en vez de crear simplemente su propio Partido Congoleño del Trabajo que les enseñará cómo hacer las cosas para que su camarada presidente se mantenga en el poder hasta la muerte.

Y volvía a preguntar una última vez, más alto:

—¿¿¿Quiénes sois???

Y nosotros contestábamos, más alto:

—¡¡¡Somos las cigüeñas blancas de la Revolución socialista congoleña!!!

Dábamos saltos de alegría. Aplaudíamos y nos burlábamos de los pobres europeos y de sus presidentes incapaces de ser líderes hasta la muerte. Nos halagaba que el camarada presidente Marien Ngouabi y los señores del Gobierno nos quisieran con todo su corazón y nos confiaran una gran misión como aquella cuando en los demás países los alumnos no tenían esa suerte porque, pobrecitos, su presidente no era el camarada Marien Ngouabi.

Sí, me sentía orgulloso de cantar *Cuando pasan las cigüeñas*, aunque también me preguntaba cómo se transformaban los soldados rusos muertos en combate en cigüeñas blancas que vuelan *por encima de nuestras cabezas y emiten lamentos* sin ser como los brujos de nuestro país. Además, para ver a las cigüeñas de color blanco había que estar presente el día en que llegaban a PointeNoire, si no era imposible verlas. En cualquier caso, cada vez que yo me topaba con alguna en Côte Sauvage me quedaba muy chafado porque las cigüeñas blancas no tenían las plumas blancas al cien por cien, estaban un poco mezcladas con otras plumas negras que eran minoritarias porque si las plumas negras hubieran sido mayoritarias se habrían confundido las cigüeñas blancas con las cigüeñas negras.

Estábamos contentos y felices a pesar de todo, y nos pedían que recitáramos los nombres de los presidentes extranjeros que nuestro líder de la Revolución socialista congoleña había conocido. Algunos se quedaban en Brazzaville, otros venían hasta Pointe-Noire, y éramos nosotras, las cigüeñas blancas de la Revolución socialista congoleña, quienes les dábamos la bienvenida. Nos preparaban durante una semana para que todos fuésemos alumnos listos, aunque los tontos volverían a ser tontos enseguida, como es natural. Nos hablaban de la vida de cada uno de esos presidentes extranjeros y de cómo habían nacido para ser líderes. Teníamos que estudiarnos de memoria el resumen de la historia de su país, luego el resumen de su geografía, y a veces teníamos que vestirnos como sus gentes. Habíamos llevado, en pleno mediodía, abrigos, guantes, pieles y zapatos como los que usan los europeos en invierno porque no siempre tienen derecho al sol y por eso muchos países de ese continente fueron a colonizar otros países donde hace calor, para poder ir a pasar las vacaciones con sus mujeres, sus hijos, sus abuelos enfermos, y por supuesto sus perros y gatos.

Cuando no nos disfrazábamos con ropa de países extranjeros, íbamos a recibir a los presidentes al aeropuerto de Pointe-Noire vestidos simplemente con el uniforme de la escuela; es decir, las niñas todas de rosa, los niños con camisa caqui y pantalón corto azul como el cielo de la estación seca. No debíamos olvidar el pañuelo rojo alrededor del cuello y la insignia del Movimiento Nacional de Pioneros, si no, el director de la escuela nos negaría la oportunidad de nuestra vida de ver de cerca a los héroes que mandaban en el mundo entero y que venían en busca de la sabiduría del camarada presidente Marien Ngouabi. Aunque era fácil retener cómo se llamaban algunos presidentes, otros en cambio eran un problema: tenían unos nombres tan complicados que todos los alumnos nos preguntábamos (a escondidas) cómo habían conseguido ser presidentes a pesar de todo. Pero había que pronunciarlos bien y saber escribirlos enteros. Nos parecía que algunos se escribían igual que sonaban o que sonaban igual que se escribían, y justo con esos nos equivocábamos, así que había que ensayarlos y meterlos en las canciones que cantaríamos delante de los líderes, porque si un nombre forma parte de una canción es imposible pronunciarlo mal u olvidarlo. Luego había nombres que cambiaban todo el tiempo, como el del presidente de la República Popular China: ¿cuál había que aprenderse, Mao Zedong, Mao Tsé-Tung, Mao Tsé-Toung o Mao Tsö-tong?

Hablábamos bien de esos presidentes con la esperanza de que nos hicieran regalitos que pudiéramos llevar a casa y enseñar a nuestros padres. Pero cuando bajaban del avión solo entregaban flores a las niñas. Por eso los maestros y el director colocaban a las más guapas delante y escondían a las que no eran guapas detrás de los niños más altos.

Yo estuve en el aeropuerto de Pointe-Noire cuando nuestro presidente recibió al camarada presidente de Rumanía Nicolae Ceaus,escu. Este presidente vino con su mujer, y los dos se pusieron muy contentos al oírnos cantar:

*Ha venido Papá Nicolae Ceaus,escu, ya no tendremos hambre
Papá Nicolae Ceaus,escu es nuestra luz que alumbra sin fin
Mamá Elena Ceaus,escu es la mujer más guapa del mundo
¡Mamá Elena Ceaus,escu tiene los ojos claros como el agua!
¡Papá Nicolae Ceaus,escu, atención!
¡Mamá Elena Ceaus,escu, atención!*

Sin embargo, Papá Nicolae Ceaus,escu y Mamá Elena Ceaus,escu no sabían que, cuando venía otro presidente, solo teníamos que cambiar el nombre en la misma canción. Si el siguiente presidente no venía acompañado de su esposa, había que cantar solo el nombre del presidente.

Yo estuve el día en que recibimos al presidente de los franceses. Nos habían prohibido llamarlo «camarada presidente Georges Pompidou», la Revolución de los franceses ya era una cosa anticuada y de todos modos no era ese presidente quien la había iniciado. Teníamos que llamarlo «Tito Pompidou» porque, según el maestro y el director, era pariente de nuestra propia familia gracias a la colonización que su país había traído a nuestra tierra y a su lengua, que nosotros hablamos. Y a nosotros nos venía de perlas porque Pompidou es un apellido que nos gustaba mucho, era como el apodo de un bebé simpático que se toma su biberón por la noche y duerme hasta las siete de la mañana sin incordiar a los padres. Tenía el pelo echado hacia atrás, sonreía todo el rato como si nos conociera y fuésemos sus sobrinos y sobrinas. Nosotros también le sonreíamos todo el rato, como si lo conociéramos y fuera nuestro tío de verdad, aunque no era ni negro ni congoleño.

Yo estuve cuando cantamos el nombre del camarada Amílcar Cabral, aunque no fuese presidente de ninguna República. Nos explicaron que había ayudado a GuineaBisáu y a Cabo Verde a ser países independientes cuando los portugueses que los colonizaban no querían ni oír hablar del asunto. El camarada Amílcar Cabral fue el más aplaudido en Pointe-Noire, pero por desgracia un año después de su visita fue asesinado por los negros cómplices y los imperialistas portugueses. Por eso no pudo ver la independencia que llegó a sus espaldas, seis meses después de su muerte. Nosotros nos alegramos a pesar de todo, porque gracias a él Guinea-Bisáu y Cabo Verde fueron independientes como nuestro país. El camarada presidente Marien Ngouabi lo quería mucho y por eso, no muy lejos de Brazzaville, hay un colegio que se llama Liceo Agrícola Amílcar Cabral. En ese liceo forman a los que algún día serán ingenieros agrónomos, aunque la gente crea que no sirve de nada aprender esas cosas, que todo el mundo conoce la agricultura y sabe cómo se usa la azada para desbrozar la mala hierba y plantar cacahuete, ñame y batatas de la región de Bouenza...

Cuando los presidentes extranjeros no venían a nuestro país, era el camarada presidente Marien Ngouabi el que iba a los suyos. No puedo saber si en los países donde lo recibían, aparte de Rumanía, la urss, Hungría o Bulgaria, los colegiales y las colegialas cantaban su nombre como nosotros cantábamos los nombres de sus presidentes. En cuanto el líder de nuestra Revolución socialista volvía de sus viajes, nuestra radio contaba siempre que estaba muy contento, que había sido aplaudido por millones y millones de personas que lloraban, que no querían que se fuera, pero él pedía disculpas por tener que irse porque no había terminado su misión de desarrollar nuestro país.

El camarada presidente Marien Ngouabi había ido donde los etíopes y había saludado a su emperador, que se llama Haile Selassie I y al que Bob Marley canta en sus *reggae*s, que nosotros escuchamos en Pointe-Noire. Cuando vi en el periódico las fotos de ese emperador, le pregunté a Papá Roger de dónde sacaba ese tipo las bonitas medallas de oro que luce en el pecho y que son más bonitas que las medallas que los negros americanos reciben cuando ganan una carrera en los Juegos Olímpicos. Papá Roger me respondió que Haile Selassie I era el rey de reyes sobre la tierra. Por lo tanto estaba por encima del camarada presidente Marien Ngouabi, pero nuestra radio no podía contar eso porque el líder de la Revolución se habría enfadado una barbaridad. Aquel emperador era tan fuerte y testarudo que, hasta cuando los blancos habían colonizado su país, él seguía gritando que él era el rey de reyes y que no reconocía el poder de los blancos.

Nuestro presidente también había conocido al camarada presidente de la República Popular China, ese que se llama Mao Zedong, Mao Tsé-Tung, Mao Tsé-Toung o Mao Tsö-tong, y era normal que se reunieran, nuestros dos países son hermanos, pero aun así China es la hermana mayor, ella es la que nos regaló los hospitales, ella construyó gratis la presa de Moukoukoulou en territorio babembe, en la región de Bouenza, y Papá Roger dice que gracias a esa presa hay corriente hasta Zaire.

En China hubo colegialas y colegiales para dar la bienvenida al camarada presidente Marien Ngouabi porque nosotros les habíamos copiado la técnica a ellos y a los soviéticos.

El líder de la Revolución socialista congoleña pronunció unas palabras que nos aprendimos de memoria y que gustaron mucho al camarada presidente Mao Zedong, Mao Tsé-Tung, Mao Tsé-Toung o Mao Tsö-tong:

Vuestro pueblo es hoy el símbolo de la dignidad y el honor, y da ejemplo al mundo entero del triunfo a través del trabajo, por un camino justo. Es de la fuente de esta experiencia, a la vez rica y estimulante, de la que nosotros hemos venido a beber.

Gracias a esas palabras tan amables dejamos de burlarnos a escondidas del nombre del primer ministro de los chinos, que se llama Zhou Enlai. Nos hacía mucha gracia porque dibujábamos en secreto una col y al lado una cabeza de ajos, y nos partíamos de risa.* Pero como el camarada presidente Marien Ngouabi dijo que era la fuente de la experiencia, a la vez rica y estimulante, de la que él había bebido allá en China, dejamos tranquilo a Zhou Enlai para que no se enfadara y echase veneno en la fuente en cuestión, pasándole como a nuestro río

Tchinouka, donde los pobres peces nadan entre el ejército de microbios hasta que mueren unos detrás de otros sin tener la oportunidad de ser pescados y comidos a mediodía con fufú, mandioca y guindilla.

El camarada presidente Marien Ngouabi había conocido a nuestras hermanas y hermanos de Corea del Norte, y el presidente de los coreanos del Norte, el camarada Kim Il Sung, le había hecho entrega de una medalla muy bonita porque nuestro líder de la Revolución estaba de acuerdo con él en que tenía que dejar de haber dos países en Corea, uno en el norte y otro en el sur, como cuando la gente había querido dividir Nigeria con la historia esa de Biafra.

Ya que estaba en el extranjero, nuestro líder de la Revolución socialista congoleña aprovechó para acercarse a saludar al camarada presidente Leonid Ilich Brézhnev, de la urss, ese país donde las cigüeñas blancas que vuelan por encima de las cabezas de la gente no son pájaros de verdad sino soldados soviéticos muertos en los campos de batalla anegados de sangre. En casa de los soviéticos, nuestro camarada presidente Marien Ngouabi se sentía como en su propia casa. Hay muchos congoleños que estudian allí y que cuando vuelvan pasarán a ser miembros del Partido Congoleño del Trabajo. Además, al parecer no es muy complicado casarse con las mujeres rusas, no ponen muchas pegas si les propones matrimonio, aunque les adviertas que no tendrán coche, que tendrán que ir a coger agua al río igual que las congoleñas y que comerán con las manos mandioca, fufú o manteca de cacahuete con pescado ahumado. Vienen sin dudar, pueden vivir en nuestras aldeas, y siempre están contentas como si no les gustara su propio país, es por la nieve, que hace que no se advierta bien su belleza porque los abrigos gordos esconden las cosas bonitas que tienen por delante y por detrás y que no quiero describir aquí porque si no van a volver a decir que yo, Michel, soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta. Los congoleños que han ido a la urss cuentan que si las mujeres soviéticas se quitan el abrigo nos daremos cuenta de que son las más guapas de Europa, aunque por desgracia no hablen francés...

El camarada presidente Marien Ngouabi fue a ver al camarada presidente Fidel Castro a Cuba, y los dos criticaron a los americanos, que no quieren que los cubanos se desarrollen. Sin embargo, los cubanos son nuestros hermanos, y por lo tanto pueden venir a nuestro país cuando quieran, también para instruir a nuestros militares y ayudar a otros camaradas de nuestro continente que luchan contra los cómplices del imperialismo. Nosotros los congoleños conocemos muy bien a los cubanos, están en Angola, donde tienen la misión de hacer la guerra para proteger al camarada presidente Agostinho Neto del villano rebelde Jonas Savimbi, que siembra la guerra civil por todas partes con sus cómplices portugueses, norteamericanos y sudafricanos como si estuviéramos todavía en la guerra civil de Biafra, aunque nada más ver la foto de esos dos angoleños cualquiera diría inmediatamente que el más guapo es el camarada presidente Agostinho Neto, que además escribe poemas que nosotros hemos estudiado, mientras que Jonas Savimbi nunca ha escrito ningún poema que se estudie en nuestras escuelas. Por eso es normal que los cubanos echen una mano al camarada presidente Agostinho Neto. Además, los cubanos son simpatiquísimos con nosotros cuando vienen a Pointe-Noire a beber cerveza en los bares y mirarles el trasero a las chicas antes de volver a seguir protegiendo al presidente de los

angoleños, que quiere mucho al camarada presidente Marien Ngouabi y que debe de estar llorándolo ahora mismo...

Nuestro líder de la Revolución visitaba también a los presidentes africanos. Fue a hablar con el camarada presidente Muamar el Gadaficon idea de llevarse bien con él para que los enemigos no entorpezcan nuestro desarrollo, porque cuando estamos juntos y unidos el imperialismo no encuentra un hueco por el que colarse. Por eso había hecho lo mismo con la mayoría de presidentes africanos que se ponen de acuerdo sobre el desarrollo de nuestro continente y que se ocupan bien de su pueblo como si esos pueblos fuesen sus propios hijos: Siad Barre en Somalia, Yafar Nimeiry en Sudán, Juvénal Habyarimana en Ruanda, Julius Nyerere en Tanzania, Kenneth Kaunda en Zambia, Macías Nguema en Guinea Ecuatorial, Jean-Bédél Bokassa en la República Centroafricana, Félix Houphouët-Boigny en Costa de Marfil, Léopold Sédar Senghor en Senegal, Anwar el Sadat en Egipto, Houari Boumédiène en Argelia, Sékou Touré en Guinea, Félix Malloum en Chad, Ahmadou Ahidjo en Camerún, Idi Amin Dada en Uganda, Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu Wa Za Banga en Zaire, Samora Machel en Mozambique, Omar Bongo en Gabón, y hasta el presidente de Nigeria, Olusegun Obasanjo, al que el papa Pablo VI había felicitado a principios de año por haber tenido la buena idea de organizar en su país un gran festival donde se hablaba de las culturas de los negros del mundo entero.

Es decir, que el camarada presidente Marien Ngouabi no era rencoroso, amaba África igual que amaba nuestro propio país, como si las gentes de los otros países fuesen también congoleñas...

El corredor

A pesar de estos recuerdos de las clases de educación cívica y de los nombres de los presidentes del mundo entero que el camarada presidente Marien Ngouabi había conocido, no consigo llorar como está mandado.

Veo a un señor muy raro enfrente de nuestra parcela. Regaña a sus tres niños, no me gustaría tener un padre que se comportara como él. Me acerco un poco, quiero oír mejor qué es lo que lo enfada y lo lleva a gritar a sus pobres hijos. Les ordena que no jueguen más en la calle, que vuelvan corriendo a casa, que pidan a su mamá que cierre puertas y ventanas hasta que pase el funeral del camarada presidente Marien Ngouabi. Es muy bajito, lleva un pantalón pata de elefante y zapatos Salamander de tres pisos para que la gente crea que es alto cuando en realidad no lo es, salta a la vista que no es gigante porque, cuando uno es gigante, es gigante del todo: los brazos, los dedos, las piernas, etcétera. El camarada presidente Marien Ngouabi era también muy bajito y llevaba zapatos Salamander de ese tipo, tal vez con la esperanza de no resultar demasiado pequeño delante de los demás presidentes, para no parecer un vaso al lado de una botella de vino tinto.

El señor se queda un momento delante de nuestra casa mirando a sus hijos alejarse, y les grita:

—¡Corred! ¡Corred! ¡Corred, por Dios!

Yo los veo correr en dirección a la avenida del puente de Voungou, como si corrieran contra reloj y su papá calculase los tiempos de cada uno. No miran atrás, corren, corren, corren, y el más diminuto de los tres corre con la velocidad de una gacela.

Los tres niños aceleran, aceleran, corren cada vez más deprisa. El señor bajito mira hacia nuestra parcela y ve que yo, Michel, estoy de pie en la entrada siguiéndolo todo igual que un espía. Nuestras miradas se cruzan. Primero siente vergüenza, luego se asusta y de repente también echa a correr. Pero él va hacia el barrio de Fond Tié-Tié, en la dirección opuesta a la que han tomado sus tres hijos. Me resulta extraño y me digo: ¿Será que él va a otra casa, a la de su segunda, tercera o cuarta mujer?

Doy media vuelta, veo a mi padre moviendo la antena de la radio para captar mejor la señal. No puedo preguntarle si ese señor bajito va a reunirse con su segunda, tercera o cuarta mujer porque si no va a pensar que es una manera de saber si él, Papá Roger, también se irá a casa de su segunda mujer, Mamá Martine, a la que yo quiero mucho. Los hijos de Mamá Martine son también mis hermanos y mis hermanas, aunque yo no nací de su vientre y fui adoptado por Papá Roger cuando yo tenía menos de un año y Mamá Pauline acababa de llegar a Pointe-Noire después de que el hombre que era mi padre, un gendarme que me ha hecho odiar a todos los gendarmes del mundo entero, se quitara de en medio abandonándonos en Mouyondzi, en la región de Bouenza. Papá Roger nos repite a Mamá Pauline y a mí que los hijos que ha tenido con Mamá Martine son también los hijos de mi madre y mis hermanas y hermanos, que él nunca ha hecho ni hará nunca diferencias entre ellos y yo, que cuando voy a ver a Mamá Martine al barrio de Joli-Soir ella me trata como si yo hubiera salido de su vientre, que ella sabe que quiero mucho

al pequeño Maximilien, que fue conmovedor ver a la pequeña Félicienne hacerse pipí encima de mí, que Marius me hablaba mucho, que la hermana Mbombie me respetaba, que la hermana Ginette me protegía, que la hermana mayor, Georgette, era una hermana mayor muy buena y que el hermano mayor, Yaya Gaston, el hermano mayor de todos nosotros, siempre quería que yo, Michel, viviera con él en su estudio. Pero ahora vivo aquí, en Voungou, con Mamá Pauline, porque no voy a dejarla aquí sola cuando Papá Roger se va a dormir a la otra casa del barrio de Joli-Soir. Podría pensar que ha perdido a su hijo, cuando en realidad estoy aquí y siempre estaré aquí. Me quedo aquí, aunque de vez en cuando puedo ir a ver a mis hermanos y mis hermanas...

Por eso, cuando veo correr al señor bajito en dirección opuesta a la de sus hijos, no puedo preguntarle a mi padre: Papá, ¿tienes que ir a Joli-Soir a pedirle a Mamá Martine que cierre bien la parcela, que cierre bien puertas y ventanas hasta que pase el funeral del camarada presidente Marien Ngouabi?

Los Salamander

Más hombres, más mujeres, más niños que van de acá para allá, que se juntan, que discuten, que no se ponen de acuerdo sobre cómo ha muerto el camarada presidente Marien Ngouabi. Y hablan tan alto que es como si yo estuviera con ellos. Hay uno que es calvo por los lados y tiene un penacho de pelo en el centro y grita:

—¡Es un complot militar, todo el mundo lo sabe! ¡No hay que buscarle tres pies al gato, los asesinos del camarada presidente Marien Ngouabi están entre los miembros del Comité Militar del Partido!

Otro, musculoso como Hércules, le responde:

—¿Un complot militar? ¡Qué va a ser un complot militar! ¿Tú qué sabes de política? ¡Ha sido él, el camarada presidente Marien Ngouabi, el que se ha matado mientras intentaba comprender cómo funcionaba la pistola nueva que le regalaron los soviéticos el 31 de diciembre, el día en que cumplió treinta y ocho años!

—¿Ah, sí? Y ¿por qué ha esperado casi tres meses para probarla? ¿A las dos y media de la tarde se pone uno a probar pistolas, eh? Además, ¡el camarada presidente Marien Ngouabi estuvo en la academia de SaintCyr, y allí, durante la formación, manejó todas las armas que existen en el mundo!

El señor que tiene músculos de Hércules se lleva una mano a la boca. Acaba de darse cuenta de que ha hablado demasiado delante del medio calvo.

—Estamos discutiendo como si nos conociéramos. ¿Tú de qué región eres?

—¿Que de qué región soy? ¿Quieres saber de qué región vengo? Y ¿por qué?

—Por nada, solo para saber con quién estoy hablando y...

—Pues mira, soy del norte, más concretamente de la etnia bangangoulou. Pero ojo, tengo amigos del sur: lari, babembe, vili, dondo, kamba, y, encima, cuando mi padre murió, mi madre se casó con un sureño al que había criado un norteño muy simpático que...

—¡Ajá, conque eres norteño! No intentes liarme, ¡se te nota a la legua! Y ¿qué hago yo discutiendo con uno del norte? Ahora entiendo por qué no quieres enterarte de que vosotros, los del norte, sois los asesinos del camarada presidente Marien Ngouabi, que era de vuestra región, ¡y nos acusáis a nosotros los sureños! ¡Lo habéis matado vosotros, no nosotros! Apañoslas con vuestro cadáver, dejad tranquilo al sur o montaremos otra guerra civil para dividir el país en dos, así vosotros seguiréis asesinando a vuestros hermanos por el poder, y nosotros nos encargaremos de nuestro petróleo de Pointe-Noire y lo venderemos a los americanos, a los italianos, a los españoles, ¡a quien sea menos a los franceses!...

—Y tú, ¿de dónde eres?

—Yo soy lari, ¿algún problema?

Cada vez más vehículos militares recorren nuestro barrio. Me pregunto cómo habrán hecho para ser tan rápidos y organizados. ¿Estarían los militares al tanto de la noticia antes de ayer? En

cualquier caso, circulan despacio, la gente los mira primero con temor y luego se escabulle por las callejuelas o entra en la primera parcela que ve como si los que viven allí fueran sus parientes. En cuanto los camiones desaparecen, los asustadizos salen y estiran el cuello, espían en qué dirección van los militares. Los camiones en cuestión son negros de arriba abajo, solo la capota es rojo encendido como la bandera de la Revolución, y no se ve siquiera al conductor ni al militar que va a su lado porque los cristales son ahumados. Pero imaginamos que lo ven todo, y que si alguien intenta hacerse el listillo no dudarán en usar la metralleta.

Papá Roger está muy triste al lado de su radio, con la mano derecha pegada a la mejilla, acodado sobre la pierna. Quien lo vea en esa postura pensará que el camarada presidente Marien Ngouabi era un miembro directo de nuestra familia, incluso que era su hermano. Así que, para demostrarle que yo, Michel, estoy tan triste como él, que quiero estar tan triste como él, me acerco y le pregunto:

—Papá, ¿tú sabes quién va a llevar a partir de ahora los zapatos Salamander que el camarada presidente Marien Ngouabi acaba de dejar?...

El Renault 5 rojo

He pasado toda la tarde pensando en eso. Al final le he dicho a Papá Roger que tenía que ir a buscar a Mbua Mabé, hace más de cuatro horas que se fue y no ha vuelto.

—¿Hablas en serio?

—Tengo que encontrarlo y...

—¡Solo es un animal, Michel!

—Es mi perro, papá, además, yo...

—¡La muerte del presidente es más importante que los caprichos de un cánido hipócrita y asustadizo! Además, ¿acaso no ha tenido suficiente con esos buenos trozos de carne? ¿Ahora tiene que ir a comer de las basuras de toda la ciudad para que la gente piense que aquí no lo alimentamos, eh?

Yo no estoy de acuerdo.

—Es por culpa de la radio...

—¿Cómo?

—Si la hubiéramos apagado, como decía Mamá Pauline, habríamos comido. Mbua Mabé nunca merodea por los basureros de Pointe-Noire, se lo tengo prohibido...

Sigo defendiendo a nuestro perro, le digo a mi padre que el que Mbua Mabé no haya tenido la suerte de ser una persona no significa que no debemos preocuparnos por él. Quiero saber por qué ha temblado, por qué ha huido como si de la Grundig de los alemanes saliera el mismísimo diablo solo para asustarlo porque él sabe quiénes son los asesinos del camarada presidente Marien Ngouabi. Yo había prometido proteger a Mbua Mabé, y él había prometido proteger nuestra parcela y protegernos a nosotros. Si Mbua Mabé no está, los villanos que han matado al camarada presidente Marien Ngouabi entrarán en nuestra parcela, primero nos robarán la Grundig, luego la mesa, luego las sillas, luego los taburetes, luego las camas, por no hablar de los billetes grandes de cinco mil francos que los blancos regalan a mi padre en el hotel Victory Palace y que nunca están arrugados, como si alguien los lavara y planchara usando una plancha de carbón para que estén así de limpios y lisos.

Papá Roger me escucha a la vez que reflexiona con una media sonrisa, aunque no entiendo qué gracia tiene lo que acabo de decir y que es muy serio.

Compruebo que no me haya puesto la camisa al revés. Me abrocho todos los botones porque empieza a hacer fresco: el sol ha tomado ya el camino de Côte Sauvage para ir a alumbrar otros países.

Doy un paso hacia la salida de la parcela.

Doy un segundo paso, y un tercero, y es en ese momento cuando Papá Roger me agarra por la camisa.

—No, Michel, tú no vas a ningún sitio. Enseguida serán las siete, las patrullas del Ejército Nacional Popular circulan por todas partes para que se respete el toque de queda. Y el toque de queda es también para los adolescentes como tú...

No es la primera vez que oigo esa expresión tan rara, «toque de queda». Normalmente, cuando la radio habla de las guerras que hay en África o en otros sitios, la repite cien veces, junto con otras como «alto el fuego», «abrir fuego», «a sangre y fuego», «derramamiento de sangre», etcétera. Y como hay toque de queda, ya no podemos estar en la calle desde que se hace de noche hasta el amanecer del día siguiente. Los enemigos de la Revolución socialista se esconden entre la gente normal y luego, en cuanto cae la noche, preparan más planes para sembrar el caos en todo el país, que no les ha hecho nada malo. Papá Roger me explica también que los malvados conspiradores podrían armar un follón también aquí, en Pointe-Noire, porque cuando hay líos gordos en Brazzaville, donde solo se habla de política mañana, tarde y noche, siempre es por el petróleo.

—Y nuestro petróleo ¿dónde está, Michel?

—Aquí, en Pointe-Noire...

—¡Muy bien, ahora ya lo has entendido todo!

Por otro lado me digo: ¿Por qué iban a ponerse a alborotar aquí y arriesgarse a malgastar el petróleo si se pelean entre ellos como lo hicieron los nigerianos en su guerra de Biafra que no fue una trifulca de prostitutas?

—Tú de aquí no te mueves, Michel. Mbua Mabé se comporta como un lacayo del imperialismo. ¡Ese perro no me daba buena espina! Si un cánido se deja un señor guiso porque han asesinado a un presidente es porque algo de lo que avergonzarse tendrá...

No, no puedo dejar a Mbua Mabé solo en esta ciudad de locos sin cabeza porque un coche podría atropellarlo y su cuerpo se quedaría en la calle hasta que se lo comieran las moscas, las avispas, las serpientes y las demás alimañas que están en este mundo para incordiarlos todo el rato cuando bien podrían crear su propio país.

No, Mbua Mabé no es un cánido. No me gusta esa palabra, parece que mi perro no vale nada y es igual a esos otros perros sin dueño.

No, Mbua Mabé no es un hipócrita como cree Papá Roger. Los hipócritas son personas raras que ocultan lo que van a hacer y, cuando menos te lo esperas, te hacen daño. ¿Así es como se comporta mi perro? Yo, Michel, sé ver lo que hay en el corazón de Mbua Mabé, no me oculta nada. Siempre me pide permiso si quiere hacer esto o lo otro, si quiere rascarse o ir a descansar debajo del mango porque sabe que, si no lo tiene, lo voy a regañar.

No, Mbua Mabé no tiene la rabia. Es verdad que está tan flaco que hasta las pulgas se quedan chafadas de no encontrar dónde picar para chuparle la sangre. Pero yo también soy flaco, ¿significa eso que tengo la rabia?

Que Mbua Mabé sea incapaz de responder en francés o en alguna de nuestras lenguas étnicas no quiere decir que haya que echarle la culpa de todo como si fuera el chivo expiatorio del que habla el padre Weyler en la iglesia de San Juan Bosco, cerca de la parcela de los padres de mis amigos Paul y Placide Moubembé, con los que juego al fútbol en el estadio Tata-Louboko. En realidad, Mbua Mabé ha vuelto a demostrarme que es muy inteligente porque es el único animal de la ciudad que se ha puesto triste, incluso antes que yo, cuando se ha anunciado la muerte del camarada presidente Marien Ngouabi en La Voz de la Revolución Congoleña. ¿Qué perro en el mundo entero es capaz de renunciar a un guiso de carne de cerdo con plátano macho

por una mala noticia que ha oído por la radio y que ha ocurrido a más de quinientos kilómetros de donde él está comiendo, eh?

Además, me siento solo, él es mi hermano, y también mi hermana. La tristeza que siento ahora mismo no es por el camarada presidente Marien Ngouabi, sino por Mbua Mabé. No voy a hacer caso a Papá Roger, esperaré a que se ponga a pensar en otra cosa, me escaparé y buscaré a mi perro. De momento hago como si estuviera de acuerdo con él.

Mi padre sigue sin moverse del mango y mira de vez en cuando hacia mí porque sabe que soy tozudo.

Mamá Pauline está preparando otra comida para nosotros y antes de entrar en la cocina ha murmurado:

—Dad gracias al camarada presidente Marien Ngouabi. ¡Gracias a que ha muerto vais a llenar el buche hoy!

He oído decir a mi madre que esta noche íbamos a comer bacalao con manteca de cacahuete y mandioca y que mañana iría a comprar carne de cerdo de verdad al Gran Mercado para prepararnos el guiso que hoy nos hemos perdido y que en parte está en la tripa de Mbua Mabé. Pero yo esas promesas las oigo sin ponerme contento, nada de eso me hará saltar de alegría. Yo quiero encontrar a mi perro, y tengo que salir de la parcela aunque todo el mundo tenga prohibido estar en la calle a partir de las siete por culpa del toque de queda...

¡Papá Roger está dando cabezadas!

Dios es muy grande: ¡Me ha escuchado! Ahora puedo salir de esta parcela, chillar por todos lados el nombre de Mbua Mabé, encontrarlo y volver con él a casa. Está en algún sitio, se esconde por vergüenza, tendrá que explicarnos a Papá Roger, a Mamá Pauline y a mí por qué se ha comportado así de mal. También es posible que Mbua Mabé, que raras veces sale de la parcela, no sea capaz de encontrar el camino de vuelta...

Papá Roger ronca. Es lo que pasa cuando ha vaciado la botella de vino tinto y consumido demasiado tabaco del de meterse por la nariz. Así que doy un paso, luego un segundo y un tercero. Me alejo, me alejo cada vez más.

Ahora estoy en el centro de la parcela. Me late muy fuerte el corazón, me da miedo que mi padre deje de roncar y se dé cuenta de que he desaparecido en la noche mientras hay toque de queda.

Oigo el ruido de los utensilios en la cocina: Mamá Pauline sigue ocupada con el guiso de bacalao con manteca de cacahuete, no me verá salir...

En el momento en que llego a la puerta de la parcela e intento pasar entre el alambre de púas, porque si empujo la puerta de madera chirriará y todo el mundo sabrá que estoy saliendo, ¡un coche se para delante de nuestra casa y los faros me deslumbran!

Me pongo la mano derecha en la frente para distinguir el modelo de coche. No, no es un modelo extraordinario como el de los capitalistas negros. Es un Renault 5 rojo. Lo reconozco, no puedo estar confundido, me he montado en él miles de veces, a menudo con el privilegio de ir al lado del conductor, de apoyar el brazo en la portezuela como un señor para que la gente me viera ir delante.

Sí, reconozco ese Renault 5 rojo: mis primos y yo lo hemos lavado alguna vez a mano con detergente Omo.

Es el coche del Tito René.

Vuelvo inmediatamente a la parcela. Si me cruzo con mi tío en la calle, él podría preguntarme: ¿Dónde vas, Michel, no ves que hay toque de queda en toda la ciudad?

Dos señores raros

El Tito René no ha venido solo esta noche, lo acompañan dos señores, y es la primera vez que les veo la cara. Solo por su manera de vestir, con traje negro, ya no me caen bien, parece que vengan del cementerio Mont-Kamba o de un retiro de duelo de una familia del barrio Chic. La corbata blanca me hace imaginarlos como dos pingüinos perdidos que tienen miedo de separarse. Uno es diminuto y, no es por presumir, pero yo, Michel, soy más alto que él a pesar de que él lleva zapatos Salamander de tres o cuatro pisos. El otro no, es de estatura media, el único problema es que lucha para salir del coche como si tuviera la espalda paralizada desde hace años porque se niega a ir al hospital Congo-Malembé, donde los médicos chinos hacen su brujería con agujas que clavan en el cuerpo de los enfermos para aliviarlos.

Ahora entran en la parcela en fila india. Mi tío va delante, seguido por el hombre de estatura media con la espalda inclinada y el señor bajito que lleva un maletín negro en la mano derecha. Reconozco el maletín: es el del Tito René. Siempre he admirado ese maletín cuando mi tío lo abre en su casa apretando un botón y saca muchos papeles muy importantes, y luego corrige un montón de cosas con su Bic rojo igual que nuestro profesor de lengua en el colegio de las Tres Gloriosas, aunque mi tío vende coches en el centro de la ciudad y para vender coches se habla más que se escribe.

Papá Roger se pone firme ante el grupo. Sobre todo por respeto al Tito René, porque como es tan rico se ha convertido en un capitalista negro, el único de nuestra familia, aunque su coche, que cambia tres o cuatro veces al año, no sea tan bonito como los de los capitalistas negros que veo cuando voy a comprar a la tienda Según El Caso o donde el senegalés Nanga Dèf.

No, Mamá Pauline no se pone firme como mi padre, ella se ha puesto de rodillas en medio del patio. Quienes vean la escena se dirán que mi madre está ridícula en esa postura de oración pero, entre nosotros los babembe, así es como las hermanas pequeñas o los hermanos pequeños presentan sus respetos a las hermanas mayores o los hermanos mayores.

Los tres visitantes compiten para ayudar a mi madre a ponerse de pie. Las lágrimas le resbalan hasta el cuello. ¿Presiente que las noticias que van a darnos serán más graves que la muerte del camarada presidente Marien Ngouabi o la desaparición de Mbua Mabé?

Se ha levantado. Se quita el polvo sacudiéndose una parte del pareo a la altura de las rodillas y dondequiera que le señalen que todavía le queda un poco. Luego se abrazan todos, hablan en bembe. El bembe de Tito René es fácil de entender: lo mezcla tanto con el francés que parece que fuera el francés el que copia las palabras de nuestra lengua, cuando en realidad es todo lo contrario.

Yo estoy detrás de ellos, Mamá Pauline se da la vuelta, me señala con el dedo y dice a los dos desconocidos:

—Este es Michel... Es vuestro sobrino...

El hombre al que no le gustan los médicos chinos del hospital Congo-Malembé se sorprende.

—¿Cómo? ¿Este hombrecito es Michel? ¡No! ¡No puede ser, Pauline! ¡Qué grande está! ¡Este niño va a ser más alto que el general De Gaulle! ¡Y pensar que lo he tenido sentado en mi regazo y me ha puesto perdido! En fin, podría haber hecho un esfuerzo para verlo más a menudo, pero con las funciones que desempeño...

El señor bajito que lleva el maletín de mi tío da dos pasos atrás y me evalúa con la mirada.

—Pero ¡qué maleducado! ¡Si ya es más alto que yo! ¿Se puede saber qué le dais de comer en esta casa? ¡Ja, ja, ja!

El Tito René va todo vestido de blanco. Lleva una insignia que brilla en la solapa izquierda de la chaqueta y que luce desde que se afilió al Partido Congoleño del Trabajo. Va de blanco para que se vea en esta noche de toque de queda, incluso desde muy lejos, la insignia roja y redonda que me recuerda las obleas del padre Weyler en la iglesia de San Juan Bosco durante las catequesis, cuando yo todavía estaba en primero. Por aquel entonces, el padre Weyler nos advertía, agitando un chicote por encima de nuestras cabezas:

—¡¡¡Habrá una sola hostia por persona, niños!!!

Pero las obleas eran tan dulces que, cuantas más comíamos, más queríamos. Así que dábamos tres vueltas pasando por detrás del sacerdote, que llevaba gafas de miope y no se daba cuenta de que daba tres veces obleas a los mismos niños.

En la insignia de Tito René se ven dos palmas verdes, una a la izquierda y otra a la derecha. Por encima de las palmas, como en la bandera de nuestro país, hay una estrella amarillo oro y, justo debajo, también de color amarillo oro, un martillo y una hoz que se cruzan igual que la letra equis. Cuando luces esa insignia, aunque sea en una camisa rebajada, los demás se echan a temblar, te temen porque piensan que los miembros del Gobierno te conocen y algún día tú también serás ministro. Además, con esa insignia se viaja gratis en tren en primera clase climatizada y, dentro de la ciudad, si el coche se te atasca en el barro por culpa de la lluvia que ha caído, alguien te ayudará a empujarlo. Pero eso no es todo porque, si haces las compras en el Gran Mercado, muchas personas se pelearán para llevártelas hasta el coche aunque no les regales luego unas monedas...

Lo cierto es que me preocupan el señor bajito y su boca en forma de ventosa. Como Mamá Pauline nos ha preparado otra comida después de la que hemos perdido, seguro que va a atiborrarse como una persona incivilizada. Conozco a mi madre, no dejará de servirle hasta que no quede nada en la marmita. Adivino cómo desaparecerán en su boca los pobres trozos de mandioca, cuatro o cinco de una sola vez, antes de caer también de cuatro en cuatro o de cinco en cinco en su estómago, que no es pequeño porque el señor bajito tiene la tripa más gorda que he visto nunca. A lo mejor me imagino cosas y ya ha comido antes de venir y por eso tiene la tripa tan abombada. A lo mejor no tiene apetito por culpa de la muerte del camarada presidente Marien Ngouabi, pero no por la desaparición de Mbua Mabé, o a lo mejor el glotón es el hombre que tiene miedo de los médicos chinos del hospital Congo-Malembé y se convertirá en un hombre normal en cuanto aparezca la comida en la mesa. Todo es posible, por eso voy a vigilar por igual a los dos señores, aunque en la fábula de *El león y el mosquito* de Jean de La Fontaine se nos advierte de que los enemigos más terribles son los más pequeños...

Mamá Pauline me pide que saque sillas y las coloque debajo del mango.

El Tito René no está de acuerdo.

—Pauline, lo que vamos a decir es muy importante. No podemos hacerlo al aire libre, y enseguida entenderás por qué...

Les oculto a todos que me alegro de quedarme fuera cuando ellos hablen de su historia secreta que no me incumbe y que no puede hablarse al aire libre. Mientras tanto, yo, Michel, iré a escondidas a buscar a Mbua Mabé.

Entran en la casa, Papá Roger va el último con su Grundig en la mano. Yo vuelvo al pie del árbol, me siento en la silla de lianas como si me hubiera transformado en Papá Roger. Desde aquí, oigo el ruido de los vasos que mi padre pone sobre la mesa...

Miro hacia la calle: ya no hay casi nadie, solo un coche que acaba de pasar con un único faro, y luego se hace el silencio. Me digo que es por el toque de queda, que intimida a la gente porque, si se demora en la calle, la policía los acusará de haber conspirado contra el camarada presidente Marien Ngouabi. Es como en otra fábula de Jean de La Fontaine, *Las orejas de la liebre*, en la que un animal con cuernos había herido al león y este estaba furioso con los animales de esa categoría. Cuando la liebre vio la sombra de sus largas orejas, se dijo que el león podría pensar que él también era un animal con cuernos, ¡y que el rey de los animales se lo zamparía sin escuchar sus argumentos! Pues con el toque de queda pasa lo mismo: cuando estás en la calle pareces un animal con cuernos, y los leones te comen sin escuchar tus explicaciones. Así que cuando dentro de un momento esté en la calle, si tengo la mala suerte de ver un camión lleno de militares tristes y furiosos por culpa de la muerte del camarada presidente Marien Ngouabi, me esconderé, o detrás de un árbol o en una de las casas abandonadas donde viven los locos de Voungou. Yo, Michel, conozco nuestro barrio mejor que los militares. Sé por ejemplo cómo llegar hasta la avenida de l'Indépendance pasando por las parcelas de los vecinos, mientras que los militares tendrán que pedir indicaciones, y si nadie se lo explica bien, seguirán recto y acabarán en el río Tchinouka, donde los pobres peces nadan entre los microbios y mueren sin haber tenido la oportunidad de ser pescados y luego comidos a mediodía con fufú, mandioca y guindilla. Por otro lado, ¿a quién van a pedir indicaciones los militares cuando se pierdan si la radio ha dicho que todo el mundo tiene que quedarse en casa? No van a ir llamando de puerta en puerta para decir: «Buenas noches, somos los valientes militares del Ejército Nacional Popular, estamos buscando a los asesinos del camarada presidente Marien Ngouabi y queremos ir a Mbota sin pasar por Voungou, donde hay demasiada brujería, pero nos hemos perdido, ¿podría ayudarnos, por favor?». En la escuela militar, nuestros soldados no aprenden que está prohibido hacer tonterías en el barrio de Voungou que, como ya he dicho, fue en otros tiempos un cementerio vili, la tribu del sur que come tiburones como si no hubiera otros peces más pequeños en el mar. Sin embargo, los diablos y los fantasmas que viven todavía debajo de nuestra tierra no entienden de toques de queda porque todo el mundo sabe que tienen la costumbre de salir solo de noche ya que, si salen durante el día, les dolerán mucho los ojos debido a la luz, dejarán de ser malos, y ¿de qué les valdrá entonces ser diablos y fantasmas? Así que, en cuanto los espíritus oigan el barullo de los grandes camiones militares, se armará un buen follón y un alboroto bajo tierra, saldrán todos, nadie sabrá ya quién es humano, quién fantasma, quién diablo, porque algunos diablos y algunos fantasmas llevarán también uniforme militar para mezclarse en los camiones con los soldados del Ejército Nacional Popular.

Pero no tengo por qué preocuparme por eso. Si los militares se topan conmigo, no van a pensar que estoy conspirando, porque voy solo y, si uno lo piensa bien, hacen falta al menos dos personas para eso, ¡una persona sola no puede conspirar consigo misma! Así que dirán: «A ver, muchachos, dejadlo pasar, todavía no tiene barba como los guerrilleros de la etnia lari que perseguimos y bombardeamos en la región de Pool, este no es más que un pobre chiquillo que lo mismo no ha comido todavía y que está volviendo a casa, a su edad no se asesinan presidentes de la República en este país». Y se reirán mientras yo sigo mi camino en busca de Mbua Mabé. Pero si está con ellos su jefe y quiere demostrar a los demás militares que él es el encargado de que se respeten las instrucciones del toque de queda y tienen que llevarme al calabozo para atizarme con un cable de Motobécane AV42, entonces explicaré al líder que yo, Michel, estoy buscando a Mbua Mabé, que se ha escapado de casa porque se ha entristecido mucho cuando ha oído la mala noticia por la radio mientras que los demás perros están tan ricamente en sus casas, sobre todo los perros de los capitalistas negros a los que la muerte del camarada presidente Marien Ngouabi les trae sin cuidado, es a esos perros a los que habría que atizar con un cable de Motobécane AV42. Y si mi explicación no funciona, pues ya se me ocurrirá otra que el jefe de los militares tendrá que aceptar si no quiere tener líos con los que son jefes por encima de él: le diré que yo, Michel, quiero al camarada presidente Marien Ngouabi como quiero a Papá Roger, que desde la escuela primaria me he convertido en una cigüeña blanca de la Revolución socialista congoleña, que nuestro camarada presidente confiaba mucho en mis compañeros y en mí porque gracias a nosotros lograría desarrollar nuestro país, nuestro continente y los demás continentes también, incluidos los países de Europa, aunque esos ya estén desarrollados, cambien demasiado de presidentes y, por desgracia, sea el pueblo el que elige a esos presidentes en lugar de dejar ese trabajo tan difícil y complicado a los valientes militares o bien a su propio Partido Congoleño del Trabajo...

Levanto la pierna derecha para colarla entre los alambres de púas sin hacerme pupa, pero en el momento en que decido hacer lo mismo con la pierna izquierda y salir a la calle, oigo que el Tito René vocifera desde la casa:

—¡Michel! ¡Michel! ¡Michel! ¿Dónde te has metido?

Tengo ganas de callarme, pero si me callo mi tío se enfadará y pensará que soy un grosero. Dudo, y vuelvo a dudar. Si no me oye creerá que ya me he ido. Eso será todavía más grave porque ellos saldrán a buscarme mientras yo estoy buscando a Mbua Mabé. Pero es difícil buscar a alguien que también está buscando a alguien, sobre todo si este último alguien es un animal que pasa por sitios por los cuales los seres humanos son incapaces de pasar. Eso significa que nadie encontrará a nadie.

No quiero que mi familia se preocupe. No quiero que el Tito René se enfade de verdad conmigo y me prohíba visitar su preciosa casa en firme del barrio de Camapon, donde a veces he admirado su maletín negro cuando lo abre apretando un botón y saca muchos papeles muy importantes y luego corrige un montón de cosas con su Bic rojo igual que nuestro profesor de lengua del colegio de las Tres Gloriosas, aunque mi tío vende coches en el centro de la ciudad y para vender coches se habla más que se escribe.

Vuelvo a entrar en la parcela, ahora estoy en el interior de la casa. Todo el mundo me mira en silencio como si fuera culpa mía que acabaran de asesinar al camarada presidente Marien Ngouabi...

¿Ya no hay más mandioca?

Mamá Pauline ha cubierto la mesa con un mantel viejo lleno de agujeros, y eso solo lo hace cuando se trata de gente realmente importante. Los cercos viejos de vino tinto que se ven ya no salen a pesar de que mi madre lava el mantel con agua caliente y jabón Monganga fabricado en Pointe-Noire que es mejor que el jabón de Marsella que a la gente tanto le gusta en esta ciudad. Sin embargo, el jabón Monganga de Pointe-Noire es más fuerte que el jabón de Marsella porque, además de lavar estupendamente la ropa o la vajilla, también cura la sarna.

Mamá Pauline tiene una buena técnica para camuflar las manchas de vino y los agujeros del mantel: coloca los platos justo encima. En cuanto alguien mueve el plato, ella vuelve a ponerlo en su sitio a la velocidad de un camaleón cuando atrapa una mosca con la lengua, y sonríe al invitado mientras Papá Roger pone mala cara porque cada vez que le dice a mi madre que va a comprar otro mantel ella le contesta:

—¿Cómo? ¿Qué tiene de malo este? ¿Te molesta en esta casa el mantel que usaba en Louboulou mi propia madre, Henriette Nsoko?

En nuestra mesa los vasos no son idénticos, pero son muy bonitos porque son un regalo de la patrona del hotel Victory Palace a mi padre.

—¿Qué andabas haciendo fuera, Michel? —me pregunta el Tito René—. ¡Quiero que te quedes en la casa con nosotros! Siéntate, que te voy a presentar a tus dos tíos, de los que ya no te acuerdas...

El Tito René está sentado enfrente de Papá Roger y de esos dos señores. En el momento en que avanzo para ponerme al lado de mi padre y de los dos desconocidos, el Tito René me cierra el paso.

—No, Michel, ven a sentarte a mi lado...

Estoy muy contento, de repente soy más importante que esos dos señores, me siento a la vera de mi tío y percibo su agradable perfume. Solo él desprende un perfume como ese, las demás personas que huelo por la calle despiden un olor espantoso, se diría que se han puesto el *Mananas* que se usa para que los cadáveres no apesten cuando lleguen al país de los muertos.

Admiro la insignia del Tito René, que le permite salir incluso habiendo toque de queda. Me gustaría tener una algún día, cuando sea miembro del Partido Congoleño del Trabajo, lleve un traje todo blanco y me reúna con señores raros como los de esta noche.

Papá Roger me mira con los ojos como platos. No le hace gracia que me impresione mi tío. Pero el Tito René es el hermano de mi madre, y los dos salieron del vientre de mi difunta abuela, Henriette Nsoko, que ya murió y que Mamá Pauline lloró durante un mes en esta casa después de que el cadáver fuese enterrado allá en la aldea a la que ella había ido con el Tito René. El Tito Mompéro también fue, de hecho fue él quien fabricó el ataúd, un ataúd tan bonito que los demás enterrados de aquel día pusieron mala cara.

—Michel —continúa mi tío—, te presento al tío JeanPierre Kinana, tiene problemillas de espalda porque de joven sufrió un accidente un día que iba a la Dirección de Orientación y Becas para recoger el original de su título de bachiller y preparar su viaje al extranjero, donde iba a

continuar los estudios. Un autobús lo arrolló cerca de la rotonda de la Revolución, y tuvo que guardar cama durante casi dos meses en el hospital general de Brazzaville. Para mí, Jean-Pierre es el ejemplo por excelencia de la valentía, porque se recuperó, tomó las riendas de su destino, no dejó de estudiar. Durante su convalecencia, como no había podido viajar, hizo un segundo bachiller que sacó con mención de honor, ¡y por fin se marchó a estudiar economía a la Universidad Lumumba de Moscú! Hoy en día, Jean-Pierre Kinana es consejero del ministro de economía rural.

Se detiene unos segundos, mira a Mamá Pauline, luego a mí.

—Ya ves, Michel, ¡la perseverancia acaba dando frutos tarde o temprano! Yo aprecio mucho a Jean-Pierre. Además, hay que decir que desde la primaria hasta la universidad nunca repitió un solo curso. ¡Y fue el primero de su promoción en la urss! Tú también podrás llegar muy lejos si dejas de distraerte, de tener siempre ese aire soñador...

El tío Jean-Pierre Kinana menea la cabeza igual que una salamanquesa. ¿Es porque está de acuerdo con que el Tito René diga que tengo «aire soñador», o será que se siente halagado por no haber repetido ni un curso desde la primaria hasta la universidad?

Si él supiera lo que yo sé de la urss, se calmaría un poco y no pondría esa cara de persona orgullosa. Ignora que Papá Roger me ha contado lo fáciles que son las carreras en la urss porque allí los africanos no repiten curso: los soviéticos quieren que mucha gente hable su idioma, sobre todo los africanos. Por eso son tan simpáticos con nosotros y volvemos a nuestro país con un diploma grandote, cuando en realidad los diplomas de verdad son pequeñitos y muy difíciles de conseguir, como en la pesca, que es fácil atrapar un pez grandote pero hay que luchar mil veces más para el pequeñito, que sabe mejor. ¿Quiere decir el Tito René que yo también tengo que hacer más adelante una carrera muy fácil en la Universidad Patrice Lumumba de la urss y ser el primero de mi promoción, como este tío?

Cuando he oído el nombre de Lumumba en boca del Tito René he levantado la cabeza para mirar a mi padre, y él me ha guiñado el ojo para indicarme que se trata del mismo Patrice Lumumba del que me habló un día debajo del mango al contarme el follón que se había armado en la época en que Zaire todavía se llamaba Congo belga. Me habló de ese héroe más que nada porque yo le había preguntado por qué había tantas escuelas primarias, colegios y liceos con el nombre de Patrice Lumumba en vez de con el nombre del presidente actual de los zaireños, Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu Wa Za Banga, que significa «Mobutu, el guerrero que va de victoria en victoria sin que nadie pueda detenerlo». Es verdad que es un nombre demasiado largo para ponérselo a una escuela, un colegio o un liceo, es imposible que haya espacio suficiente en el letrero para escribirlo en una sola línea y dibujar también la cara de Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu Wa Za Banga, con sus gafotas y su gorro de piel de leopardo. Papá Roger me contó que el presidente zaireño había conspirado con los americanos y los belgas para matar al héroe Patrice Lumumba. Un militar belga lo puso contra un árbol, otro militar belga dio orden para que cuatro africanos del Congo belga apuntaran con su fusil y disparasen a Lumumba y sus dos amigos, y todo en presencia de soldados y ministros negros del Congo belga, que miraban como si fuese un espectáculo para divertirse y aplaudir a unos actores que al final salen a saludar. Después de eso, los belgas dijeron que había que hacer desaparecer rápidamente los tres cadáveres, si no habría demasiados problemas, porque África y el mundo entero sabían que Lumumba había luchado mucho para que el Congo belga fuese independiente. Así que hicieron

como los carniceros y ¡chas! ¡chas! ¡chas!, cortaron los cuerpos en pedazos de carne que luego tiraron a un tonel lleno de ácido para que se disolvieran. Y por eso, hasta hoy, nadie sabe dónde están exactamente los cuerpos de Lumumba y sus amigos. Yo le dije a Papá Roger que no entendía por qué acusaban al presidente Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu Wa Za Banga de haber conspirado en esa carnicería si él no había sido el carnicero. A mi padre le alegró mi comentario, porque se lo esperaba, y repasó la historia de Zaire, que es más complicada que una tela de araña.

—Michel, cuando el Congo belga consiguió la independencia en junio de 1960, nombraron presidente de la República a Joseph Kasa-Vubu, y a Lumumba primer ministro de ese país libre que ya no dirigían los belgas. No puedes imaginarte siquiera lo mucho que nos conmovió a todos ese momento. Incluso en nuestro país, que todavía se llamaba Congo francés, bailábamos la rumba *Indépendance cha-cha* de su músico Le Grand Kallé, que celebraba esa victoria tan hermosa. Pero detrás de la puerta de la felicidad siempre se esconde la desgracia: unos meses después de la independencia, el hombre que todavía era conocido como Joseph Désiré Mobutu, periodista, jefe del Estado Mayor y miembro del Gobierno de Lumumba, ¡se hizo con el poder por la fuerza! Nadie entendía nada, porque creíamos que Lumumba y Mobutu eran amigos. Por desgracia, con la complicidad del embajador de Bélgica, Mobutu primero puso a Lumumba en arresto domiciliario en Kinsasa, y luego lo trasladó a la región de Katanga. Si lo llevaron allí, donde era muy odiado por los hombres de Moise Tshombe, el presidente del estado de Katanga, un territorio del Congo belga que reclamaba la independencia, fue para eliminarlo sin dejar rastro y...

En ese momento interrumpí a mi padre, aunque a él no le gusta que lo interrumpa y siempre me pide que lo deje terminar la frase.

—¿Por qué no matarlo en Kinsasa?

—Cierto, ¿por qué no? El problema es que quienes lo apreciaban en Kinsasa ¡habían tomado las armas para liberarlo! Reinaba el caos, hasta los otros prisioneros estaban furiosos y apoyaban al héroe de la independencia. Querían liberar a Lumumba, ponerlo en el poder en lugar de Mobutu. Por eso, matarlo en Kinsasa suponía correr el riesgo de que se armara un gran follón. Al trasladarlo al estado de Katanga, donde lo odiaban porque sus hombres llevaban una vida muy dura bajo el régimen establecido, lo enviaban directamente al cementerio, y las sospechas recaían sobre Moise Tshombe...

Después de las explicaciones de Papá Roger, empezó a gustarme mucho Lumumba. No quería que nuestros dos Congos estuvieran separados en dos países, porque habían sido los blancos y sus cómplices negros los que habían decidido por nosotros. Si nos hubiesen preguntado nuestra opinión de todo corazón, todos habríamos respondido en voz muy alta que queríamos ser un solo país, un solo pueblo, con un solo camarada presidente de la República y sin las conspiraciones de los belgas, los americanos y sus cómplices africanos a quienes tanto les gusta asesinar a los héroes negros y disolver sus cadáveres en ácido.

—Pero ¿qué tienes en la cabeza, Michel? ¿Otra vez soñando despierto mientras te hablaba? El Tito René acaba de darme un codazo, y continúa con las presentaciones.

—El hombre que está sentado al lado de tu tío JeanPierre Kinana es también tu tío y se llama Martin Moubéri. Su madre era la novena esposa de mi padre, Grégoire Massengo, tu abuelo materno. Martin Moubéri es el jefe de personal de la Caja Nacional de Previsión Social, con sede en Brazzaville. Es el hermano pequeño directo de Luc Kimbouala-Nkaya, otro tío tuyo que es capitán del Ejército Nacional Popular, en Brazzaville.

Finjo estar contento: meneo la cabeza todo el tiempo que duran estas explicaciones. El tío Martin Moubéri me mira fijamente para saber si estoy impresionado. Yo le pregunto:

—¿Qué hace exactamente el jefe de personal de la Caja Nacional de Previsión Social?

Él se frota las manos y se ciñe la corbata para sentirse guapo.

—¡Muy buena pregunta, sobrino! Pero no quisiera monopolizar la conversación y dedicarla al elogio de mi persona ¡oh cuán modesta! frente a ilustres hermanos mayores del temple de René y Jean-Pierre, y también del cuñado Roger...

El tío Kinana lo obliga a hablar.

—Venga, Martin, eres un ejemplo a seguir en nuestra familia, y te lo he dicho muchas veces: ¡algún día te matará la modestia!

—Bueno, ya que tanto insistís todos, no me queda otra opción, en cualquier caso, no me extenderé mucho...

Se inclina hacia mí.

—Pues verás, Michel, yo contrato, despido y también gestiono los conflictos del personal.

—¿Ya está?

—¿Cómo que si ya está?

—Porque Papá Roger me ha dicho que para contratar o despedir gente basta con enviar una carta y...

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo, sobrino? ¡Qué groseros sois los niños de hoy en día!

El tío Kinana lo apacigua.

—No pasa nada, Martin...

El tío Moubéri acerca un poco más la cara a mí.

—¿Crees que es fácil un trabajo como el mío, eh? ¡No está al alcance de cualquiera! ¡Mi profesión no es nada fácil, querido! Todo es política, y cada decisión que tomo debe ser de una inteligencia absoluta, ¡pluscuamperfecta, me atrevo a decir! Tan pronto como despido a alguien, al día siguiente recibo una llamada de un ministro, que no me dice claramente qué quiere, pero me pregunta con delicadeza cuántos años llevo en la función pública, finge felicitarme y encargarme que salude de su parte a fulanito, que trabaja en mi unidad. Pero ¿sabes quién es el fulanito que me encarga saludar, eh? ¡Pues su sobrino! El mismo tipo que yo he despedido la víspera. Y yo ¿qué hago entonces? Convoco de nuevo en mi despacho a la persona que he despedido para pedirle disculpas y explicarle que he cometido un error y que su tío el ministro le manda saludos. No es tan sencillo, hijo... Lo que quiero decir es que mi puesto es estratégico, y para conservarlo se requiere estrategia. La mía es la del caracol: doy la impresión de patinar sobre mi propia baba, pero voy avanzando... Bueno, me he entusiasmado, os pido perdón... Te lo voy a explicar de otra manera... A decir verdad, soy una de las personas más respetadas de la Caja Nacional de Previsión Social. La gente se siente intimidada en cuanto entra en mi despacho, quizá por la moqueta roja que escogí personalmente y mandé colocar. Las paredes están pintadas

de azul celeste, lo que me relaja, porque no resulta fácil tener el oficio de contratar a las personas adecuadas para el puesto adecuado, pero tampoco ser el que anuncia a un padre o una madre de familia que ya no seguirá formando parte de la casa. Tanto en un caso como en el otro, un jefe de personal está muy mal visto. Se le reprochará, por un lado, que no haya contratado a tal o cual persona, que era mejor; y, por otro, se le cogerá manía porque habrá despedido a tal o cual individuo que tiene seis mujeres, veinticuatro hijos que alimentar y escolarizar, gastos funerarios que asumir, un crédito inmobiliario que devolver, y qué sé yo qué más...

Lo escucho solo a medias porque ahora entiendo que este tío mío es un fanfarrón.

Mamá Pauline ya no está con nosotros en la mesa.

¿En qué momento ha desaparecido? Seguramente cuando revivía en mis pensamientos al héroe Patrice Lumumba.

A lo mejor está fuera, en la cocina. O en vez de mandarme a hacer un recado ha ido ella a comprar bebidas a casa de los vecinos de atrás, los Boko Songo, que tienen un puesto improvisado. Si me lo hubiera mandado, habría aprovechado para ir a buscar a Mbua Mabé.

Los Boko Songo no tienen un puesto de bebidas de verdad, sino un congelador en su salón al que los vecinos van a surtirse cuando no tienen ganas de ir hasta la tienda Según El Caso. Cada vez que voy, el señor Boko Songo se burla de mí porque antiguamente, desde nuestro árbol, yo espiaba lo que pasaba en su parcela. Pero eso fue hace mucho tiempo, cuando tenía seis o siete años. Papá Roger me había prohibido trepar al árbol, sabía que espiaba a Pélagie, la única chica de los tres hijos de la familia Boko Songo, cuando iba al baño que, como en nuestra casa, no tiene tejado, así que puede verse fácilmente la forma de la desnudez de la gente. Pélagie se dio cuenta de mi jugada porque un día levantó la cabeza por culpa de un mango que había caído cerca de donde ella estaba en el momento en que yo intentaba cambiar de rama para ver mejor porque las hojas me tapaban la vista. Pélagie gritó como si le hubiese picado una abeja, y fue directamente a decírselo a su padre, que a su vez fue directamente a decírselo a Mamá Pauline, que a su vez fue directamente a decírselo a Papá Roger. La cosa acabó mal porque esa noche me quedé sin cenar, aunque mi padre me dio a escondidas mandioca y un trozo grande de carne que me comí en la cama, bajo la sábana...

Mi madre reaparece en el salón con dos botellas de vino y un zumo de pomelo. Todo es de casa de los Boko Songo, no puedo equivocarme, porque veo las pepitas flotando en mi vaso, y siempre es así en su puesto de bebidas: quieren demostrar que su zumo de pomelo no es como el de las latas o las botellas, sino que lo hacen ellos mismos.

Mamá Pauline pasa por detrás del Tito René, coloca los platos donde tienen que estar para camuflar bien los agujeros y las manchas de vino del mantel. Se acerca la hora de comer, y yo no me olvido de que tengo que vigilar la boca de ventosa del tío Moubéri.

—Pauline, no te molestes, nosotros ya hemos comido, y no hemos venido para eso —dice el Tito René.

Me dan ganas de saltar de alegría, me calmo y adopto la actitud de quien está muy decepcionado de que estos dos tíos, sobre todo el tío Martin Moubéri, no coman con nosotros.

Mamá Pauline se ofende.

—¡Perdona, pero vais a comer aquí, René! ¿Y dónde habéis comido, si no es indiscreción?

El Tito René mira alternativamente a los otros tíos.

—Tus dos hermanos han llegado en el avión que salió de Brazzaville hace cuatro horas. Sin la influencia de tu hermano Jean-Pierre Kinana, no habrían conseguido los dos asientos, porque todo el mundo intenta abandonar la capital desde ayer. Así que, nada más recogerlos en el aeropuerto, hemos ido directamente a comer algo...

El tío Martin Moubéri confirma.

—Sí, hermana, ¡René nos ha agasajado en el restaurante del hotel Atlantic Palace! Hemos comido caviar, salmón, ¡y hemos terminado con un pavo entero!

El Tito René lo mira con malicia, como si el tío acabara de desvelar algo que tenían que mantener en secreto los tres porque en nuestra casa no se come ni caviar ni salmón, esas son comidas de blancos y de capitalistas negros que no saben que el guiso de cerdo con plátano macho es mil veces más apetitoso, y además se eructa mejor que con el pescado, con el que al cabo de dos horas vuelves a tener hambre, como si solo te hubieras tomado un entremés.

El tío Moubéri, repito, es un fanfarrón, porque después de la moqueta roja del despacho con las paredes pintadas de celeste ahora nos viene con el caviar, el salmón y un pavo entero al final, como si el pavo fuese un postre.

Se acaricia la barrigota de persona que come demasiado salmón y caviar.

—Hermana, te juro que no me queda ni un huequecito aquí dentro...

—¡Algo encontrarás, Moubéri! ¿Acaso he preparado yo todo esto para nada?

El tío Jean-Pierre Kinana hace señas al tío Moubéri para que se calle, y este cambia bruscamente de opinión.

—Bueno, hermana, si insistes, haré un esfuerzo, pero solo tomaré dos o tres cucharadas. Con un pedacito pequeño de mandioca y guindilla será suficiente, no puedo más...

Sigo observando detenidamente a los dos tíos llegados desde Brazzaville, y entiendo por qué llevan chaquetas de pingüinos extraviados: es porque la gente que viaja en avión debe ir aseada, si no, ensucia los asientos. Me dan envidia porque yo, Michel, no sé cómo es estar allá arriba y si, cuando estás sentado, se puede abrir la ventanilla y ver a las cigüeñas que vuelan a la misma altura en busca de los sitios donde hace calor. Y también me digo que el avión es muy rápido, porque el camarada presidente Marien Ngouabi fue asesinado ayer y los dos tíos están hoy en Pointe-Noire, mientras que si hubieran cogido el tren habrían llegado pasado mañana por culpa de los descarrilamientos y de los maquinistas que tienen mujeres en cada estación y siempre tienen que parar para comer un poco y hacer muchas otras cosas que no puedo detallar aquí porque si no van a volver a decir que yo, Michel, soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta. Es una cosa muy mágica porque, si lo he entendido bien, cogieron el avión hoy y también han llegado hoy, y el Tito René ha ido a buscarlos, han ido al restaurante del hotel Atlantic Palace, han pedido salmón, caviar y un pavo entero de postre, y todo eso en menos de cuatro horas. ¡El avión es una cosa fuera de serie!

Mamá Pauline trae una fuente grande y la deja encima de la mesa. Dentro hay bacalao con salsa de cacahuete, y huele de maravilla. Trae otra fuente en la que ha cortado muchos trozos de

mandioca. Hasta la guindilla está tan roja y tan bonita que, si no tienes cuidado, te la zampas sin mezclarla primero con el pescado y la mandioca.

El Tito René se sirve primero, seguido del tío JeanPierre Kinana, luego se sirve el tío Martin Moubéri, que solo coge dos cucharadas, como ha prometido, con un trozo de mandioca y una guindilla.

Mi madre dice que no tiene hambre porque, cuando guisa, de tanto oler la comida, se le quitan las ganas de comer: ya ha comido demasiado con los ojos.

Le toca servirse a Papá Roger, y él no se corta, llena su plato porque su tripa no ha olvidado que no nos hemos metido nada en la boca desde que buena parte del guiso del mediodía se lo comió Mbua Mabé.

Yo me sirvo igual que Papá Roger, y no pierdo el tiempo: me llevo la primera cucharada a la boca. Está tan rico que cierro los ojos. Todo mi cuerpo tiembla, tiene miedo de que no haya suficiente comida para satisfacer el corazón, el hígado, el páncreas, el intestino delgado y todo lo que nos enseñaron en las clases de ciencias naturales en la escuela primaria. Me calmo, no tengo por qué preocuparme porque el Tito René y los otros dos tíos ya se han comido su caviar, su salmón y su pavo entero de postre en el hotel Atlantic Palace. No van a comer mucho, solo comen por complacer a Mamá Pauline, no a su estómago, que está enfadado por pasar de la comida de los capitalistas negros a la comida de los barrios populares.

Mi madre está a mi lado. Estoy entre ella y el Tito René, que come solo la mitad de lo que tengo yo en mi plato.

El tío Kinana también se ha puesto muy poco, y el tío Martin Moubéri va a picar lo que un bebé se comería de un bocado y, con un solo movimiento, se lo ha metido todo en su boca de ventosa. Mueve la mandíbula, la mueve una y otra vez. Cierra los ojos, como yo, porque acaba de comprobar que esta comida es mejor que el caviar, el salmón y el pavo entero de postre en el hotel Atlantic Palace. Así que se sirve dos cucharadas más, y luego tres más, y luego cuatro más. Cuando coge un trozo de mandioca, esta desaparece como por arte de magia. Al cabo de un rato me doy cuenta de que los dos tíos han repetido varias veces, y ya no queda mandioca en la fuente grande. El tío Martin Moubéri, que al principio no quería comer, le pregunta a mi madre:

—Oye, Pauline, ¿ya no hay más mandioca?

El sacerdote polígamo

Llevamos casi una hora comiendo. Cuanto más tiempo pasa, más agitado está el Tito René. Presiento que quiere decirnos algo muy importante y teme quitarnos el apetito. Como nadie habla, se oyen los ruidos de los tenedores, de las cucharas que chocan contra los platos o incluso la boca de ventosa del tío Moubéri que hace ¡chap! ¡chap! ¡chap!

No sé qué mosca me ha picado, de pronto le pregunto a mi tío:

—Tito, ¿son los norteños o los sureños los que han asesinado al camarada presidente Marien Ngouabi?

Mamá Pauline me da un pellizco muy fuerte en la pierna por debajo de la mesa. El Tito René lo ha visto.

—Pauline, es normal que haga ese tipo de preguntas. To-do el país se hace la misma pregunta en estos momentos...

Se yergue, toca su insignia de miembro del Partido Congoleño del Trabajo, levanta su vaso de vino y se moja apenas los labios antes de soltarlo rápidamente.

—Las cosas no son tan simples, Michel... ¿Por qué crees que son los norteños los que han matado a nuestro presidente?

—Lo ha dicho mamá cuando hemos oído la mala noticia por la radio...

Todo el mundo se vuelve hacia Mamá Pauline mientras yo continúo:

—Ha dicho también que los norteños, sobre todo los mbochi, no suelen ser tan inteligentes como nosotros, que no son personas normales, son malvados y, desde que nacen, sus padres les piden que se hagan militares para matar a los sureños y a los presidentes de la República que no son norteños. Además, yo...

Mamá Pauline me da un rodillazo por debajo de la mesa. El Tito René también ha visto ese gesto.

—¿Qué son las «personas normales», Michel? Estoy seguro de que has malinterpretado la opinión de Pauline. Conozco a mi hermana, no es una persona que albergue odio. ¡De hecho, es la única de la familia que habla una de las lenguas del norte, el mbochi! Y te puedo garantizar que no es una lengua fácil...

No para de halagar a Mamá Pauline, que acaba de cruzarse de brazos para demostrarnos que está muy enfadada porque la he traicionado.

—En este país hemos visto ya de todo, Michel...

Y entonces se pone a hablar de la época antigua, cuando los franceses nos colonizaron, y cuando luego esos mismos franceses decidieron que nuestro primer ministro sería un sacerdote polígamo, Fulbert Youlou, un lari, o sea, un sureño. En la década de 1950 no existía todavía el cargo de presidente de la República, y el sacerdote polígamo solo era primer ministro. El Tito René explica que habían despedido indirectamente al norteño Jacques Opangault. Este último tenía el título de «vicepresidente del Consejo gubernamental», otorgado por los franceses que sustituían a un norteño por un sureño, y así es como algunos lo habían percibido, sobre todo los norteños. El sacerdote polígamo se había convertido en alguien que se daba la gran vida, como si

ya no fuera un representante de Dios: incluso las sotanas se las confeccionaban los grandes modistos de Europa. Sus cuatro esposas eran las mujeres oficiales, pero en todo el país se contaba que tenía amantes a diestra y siniestra. El Tito René añade que el sacerdote polígamo había encarcelado al norteño Jacques Opangault para luego ponerlo en libertad unos meses más tarde, que se había atribuido todos los poderes para cambiar nuestra Constitución y expulsar a los miembros de nuestra Asamblea nacional y así salir elegido primer presidente de nuestro país en 1959...

Cuanto más lo escucho, más me digo que a lo mejor así es como habla el Tito René cada domingo a los nuevos miembros del Partido Congoleño del Trabajo en la Escuela del Partido que está situada en el barrio de Mouyondzi. Cuando algunos van a la iglesia, mi tío va a ese viejo edificio que en otros tiempos fue fábrica de jabones, y allí dentro enseña a los principiantes cómo convertirse en miembros del Partido que conocen la historia de nuestro país. Los alumnos de las escuelas de Pointe-Noire están obligados a ir de excursión con sus maestros a la Escuela del Partido, forma parte de la asignatura de educación cívica. Dentro, en las paredes, hay fotos en blanco y negro de Lenin, Karl Marx, Engels, Mao Tsé-Tung, Stalin, Fidel Castro, Leonid Brézhnev, el mariscal Tito y el camarada Nicolae Ceausescu. Pero la foto más bonita de todas es la del camarada presidente Marien Ngouabi vestido con el uniforme del comando de paracaidistas y rodeado de gente que lo felicita porque ha conseguido saltar del avión militar sin partirse las piernas.

—Michel, estás soñando despierto, eres el único que no me está haciendo caso...

Yo me yergo, efectivamente todo el mundo me mira, y el Tito René continúa, sin ofenderse.

—El sacerdote polígamo se aburguesó poco a poco, le gustaban el lujo, las grandes mansiones, ¡se enriquecía personalmente mientras el pueblo congoleño se alimentaba de orugas y lombrices! Cuando había huelgas, encarcelaba a los sindicalistas, como en las jornadas del 13, 14 y 15 de agosto de 1963, nuestras llamadas «Tres Gloriosas», con manifestaciones que el presidente-sacerdote combatió mediante encarcelamientos, pero el pueblo se dirigió hacia la penitenciaría para liberar a los pobres prisioneros. El sacerdote polígamo estaba acabado, ya no lo queríamos ni a él ni a su Gobierno. Tuvo que huir y murió exiliado en Europa...

El tío Jean-Pierre Kinana carraspea y toma la palabra.

—Hermano René, sin ánimo de interrumpirte, fue bajo el régimen de Alphonse Massamba-Débat, que acababa de reemplazar al sacerdote polígamo, cuando se produjeron los primeros asesinatos políticos en nuestro país. ¡Mataron por ejemplo al procurador Lazare Matsocota, que era primo del sacerdote polígamo!

—¡Exactamente, Jean-Pierre! ¿Por qué lo mataron? ¿Por rechazar el cargo de ministro de justicia que le proponía el presidente Massamba-Débat? ¿O porque era considerado el sucesor natural de su tío, el sacerdote polígamo? Yo conocí al procurador Lazare Matsocota, coincidí con él en Europa cuando él estudiaba derecho y yo hacía unas prácticas en la Escuela Politécnica de Comercio de París. Matsocota era por aquel entonces presidente de la Asociación de Estudiantes Congoleños de Francia, un hombre brillante, realmente elocuente: cuando él hablaba se me olvidaba lo que tenía que hacer y me quedaba escuchándolo igual que un alumno. ¡Lo mataron, niño! ¡Como a una rata! ¡Aplastado como a una chinche! Salvo que esos bichos son dañinos, y yo en cambio nunca he visto tanta humanidad en un ser humano como en Lazare Matsocota. La milicia del régimen de Massamba-Débat lo secuestró en su casa de Brazzaville, y no fue el único

asesinado aquella noche del 14 al 15 de febrero de 1965: dos altos cargos más, el antiguo sacerdote y director de la Agencia Congoleña de Información, Anselme Massouémé, y el primer presidente del Tribunal Supremo del Congo, Joseph Pouabou, fueron ejecutados con la excusa de que estaban urdiendo un complot contra el poder establecido. ¿Eso es lo que tú llamarías hacer política, Jean-Pierre? ¡No, no y no!...

Como se lo ve muy irritado, los otros dos tíos fingen estar también furiosos. Yo todavía no entiendo por qué nos está hablando de esos presidentes del pasado en vez de hablarnos del camarada presidente Marien Ngouabi. El Tito René habría podido ser mago, me sobresalto cuando se dirige a mí, aunque de mi boca no ha salido ni una palabra.

—Y es entonces, Michel, cuando el camarada presidente Marien Ngouabi entra en escena... Es del norte, es joven, es espabilado, dinámico, está recién salido de la escuela militar de Saint-Cyr, es miembro del mismo partido político que el sureño Massamba-Débat, pero quiere cambiar por completo la manera de hacer política en nuestro país. Ngouabi, que es capitán de nuestro Ejército, no está de acuerdo con la política que lleva a cabo el jefe del Estado Massamba-Débat. Este lo transfiere a Pointe-Noire, pero el capitán se niega y lo meten en la cárcel inmediatamente, ¡y luego lo degradan a soldado raso! Y, como en los tiempos en que en el Congo belga los partidarios de Patrice Lumumba se rebelaron contra la detención de su líder, aquí también los norteros y muchos militares se rebelaron para dar a entender que si no se liberaba a Marien Ngouabi habría sangre y fuego en todo el país. El presidente Massamba-Débat se ve obligado a poner en libertad al soldado Marien Ngouabi, que recupera el rango de capitán. Sin embargo, cuando alguien levanta tantas pasiones entre la población, el pueblo lo imagina como un hombre señalado por la Providencia. Y Marien Ngouabi ya está preparado para tomar las riendas del país. Massamba-Débat lo encarcela una vez más por hablar demasiado, por decir lo que piensa. Esta vez será liberado por comandos de paracaidistas, junto con otros prisioneros políticos. Entretanto, el presidente se enfrenta a la cólera de los lari, su propio grupo étnico, porque algunos consideran que el sacerdote Fulbert Youlou era mejor que él, y hala, otra guerra civil...

Mientras él habla, por un lado lo escucho, pero por el otro me hago la pregunta de antes: ¿realmente ha venido con estos dos tíos que yo no conocía solo para contar cosas que pasaron antes de que yo naciera y que no tienen nada que ver con la muerte del camarada presidente Marien Ngouabi?

Una vez más, como un mago, el Tito René me responde.

—Michel, en unos minutos comprobarás que todo lo que he contado hasta ahora está directamente relacionado con lo que estamos viviendo hoy... Como decía, el presidente Massamba-Débat tenía cada vez más problemas con su grupo étnico. También había perdido la confianza del ejército, incluso con una desertión de su comandante de defensa civil. A pesar de las maniobras para intentar salvar la situación, especialmente mediante la formación de un nuevo Gobierno, Massamba-Débat ya no era más que una fruta podrida a merced de cualquier viento. Y ese viento se llamaba Marien Ngouabi, que se había hecho poderoso dentro del Movimiento Nacional de la Revolución y del Consejo Nacional Revolucionario. El presidente se ve abocado a dimitir, pero el joven Ngouabi lo restablece en sus funciones con la formación de un nuevo Gobierno constituido en su mayoría por militares. Al dirigir el propio Marien Ngouabi el Consejo Nacional Revolucionario, el golpe de Estado que tiene pensado se da sin contratiempos: el 4 de septiembre de 1969, el presidente Massamba-Débat es apartado del todo y el primer

ministro Alfred Raoul asume la transición hasta el 1 de enero de 1969. Nadie se deja engañar: todo el mundo sabe que ha llegado la hora de Marien Ngouabi y que él será nuestro nuevo presidente de la República. Él fundaría el partido al que me afilié hace siete meses, el Partido Congoleño del Trabajo. Marien Ngouabi cambió nuestro himno, nuestra bandera, y nos abrió la vía del socialismo científico que seguimos hasta hoy...

Mamá Pauline reaparece en la puerta con una fuente llena de trozos de piña. La deja en el centro de la mesa.

—¿Todavía no habéis terminado con la política? Bueno, pues yo me salgo...

El Tito René la agarra de un brazo.

—No, Pauline, te aconsejo que te sientes con nosotros porque ahora voy a dar una mala noticia, una muy muy mala para nuestra familia...

La lista

Mamá Pauline, Papá Roger y yo estamos muy nerviosos. ¿Qué entiende mi tío por «una noticia muy muy mala para nuestra familia»?

Mi madre le pregunta al Tito René:

—¿Tienes problemas graves con la gente de la política? ¡Mira que te dije que no te afiliaras al partido! ¡Ya ves lo que pasa!

—Tenemos problemas, Pauline...

—¿Cómo que «tenemos»? ¿Acaso estamos nosotros metidos en esas cosas de la política?

—Pauline, les doy la palabra a Kinana y a Moubéri...

El tío Moubéri empieza:

—Hermana, tuvimos que huir como ratas cuando oímos los tiros ayer a las dos y media... Recuerdo que estaba en mi despacho, preparando un informe sobre la jubilación de dos altos cargos, cuando de pronto, ¡tatatata! ¡tatatata! ¡tatatata! ¡tatatata! Eran ráfagas de armas automáticas procedentes del Estado Mayor, a menos de quinientos metros de nuestro edificio de la Caja Nacional de Previsión Social. Todo el mundo sabía que el presidente llevaba ocho años residiendo en el Estado Mayor, así que te podrás imaginar cómo cundió el pánico en los alrededores: los alumnos del liceo Patrice-Lumumba, que queda muy cerca, salían en tropel de las aulas, sonaban por todas partes sirenas de coches patrulla, los taxis circulaban a toda pastilla para alejarse de la zona, los comerciantes echaban el cierre uno tras otro... en resumen: toda la población iba de acá para allá, y luego de allá para acá, pero nadie entendía lo que había pasado realmente. Al cabo de casi un cuarto de hora que pareció una eternidad se hizo el silencio, ¡sí, silencio total, Pauline! La radio había interrumpido la programación sin dar explicaciones, porque ¿qué iban a contar sin haber recibido instrucciones antes, eh? La gente se había congregado en las distintas plantas de nuestro edificio y miraba por las ventanas en dirección al Estado Mayor. Se oían rumores, algunos aseguraban que los zaireños acababan de lanzar un ataque contra nuestro ejército y que teníamos que prepararnos para contraatacar con armas que el Gobierno iba a proporcionarnos. Fue en ese momento cuando volví corriendo a mi despacho y llamé al hermano Kinana al ministerio de economía rural para explicarle que había ocurrido algo grave y que teníamos que salir de la ciudad de inmediato...

El tío Kinana toma la palabra.

—Efectivamente, hermana Pauline, cuñado Roger, cuando Moubéri me llamó yo estaba ya enterado porque el ministro de economía rural había abandonado el ministerio, pero en vez de utilizar el vehículo oficial había burlado la vigilancia de sus chóferes y de sus guardaespaldas vistiéndose con ropa normal y corriente y un sombrero de paja que lo volvía irreconocible, y se había metido en un coche sin distintivos que lo esperaba justo enfrente del ministerio. Con las prisas, se olvidó el maletín en el despacho. Parecía realmente angustiado, no nos dejó instrucciones precisas a sus consejeros, en los que depositaba toda su confianza. Mi colega Prosper Okokima-Motaka, un nortño responsable de protocolo, irrumpió en mi despacho y me dijo (y cito textualmente): «¿Qué haces aquí todavía, Jean-Pierre? ¡Se han cargado a Marien

Ngouabi, lo han matado! Y esto no ha terminado, las cosas van a empezar a degenerar a partir de ya. Eres un hombre leal, siempre te he tenido aprecio, pero si yo fuese sureño y leal como tú, no me quedaría ni un minuto más en Brazzaville». Le pregunté qué debía hacer, y entonces me di cuenta de que llevaba en la mano el maletín que el ministro había olvidado en su despacho. Lo abrió y me dijo: «Aquí dentro hay documentos que me llevan a pensar que un miembro de tu familia va a verse en un lío, y la sabiduría popular nos enseña que cuando las barbas de tu vecino veas cortar...». Guardó silencio un momento antes de hacerme un favor que le deberé toda la vida. Me dijo: «Vete al sur inmediatamente, Jean-Pierre. Te puedo meter en un avión que sale mañana para Pointe-Noire. No habrá más oportunidades: será el último que despegará de Brazzaville, el toque de queda impondrá el cierre total de las fronteras y del espacio aéreo. Puedo ofrecerte los dos billetes que iba a utilizar yo para mis futuros desplazamientos, y creo que no te supondrá ningún problema, porque no estás casado ni tienes hijos...». En ese momento sonó el teléfono. Al otro lado de la línea, el hermano mayor Moubéri...

El tío Martin Moubéri retoma la palabra.

—Sí, después de telefonar al hermano Jean-Pierre, llamé corriendo a mi casa para ordenar a mi mujer y a mi hija que se marcharan, que lo dejaran todo, que fueran a esconderse a otro sitio, donde los Singoumouna, una familia lari a la que he ayudado mucho porque coloqué primero al padre y luego al hijo en la Caja Nacional de Previsión Social. Desde allí, esa familia las metió en un camión que atravesó toda la región de Pool y, en este preciso instante, están llegando a nuestra región, Bouenza, donde estarán a salvo en casa de nuestra hermana Dorothée Louhounou. Después de dar instrucciones a mi familia, llamé al hermano René para anunciarle que llegaríamos al día siguiente a Pointe-Noire, y él ha venido a recogernos al aeropuerto...

Mamá Pauline planta los codos en la mesa y se agarra la cabeza con las manos, como si esta historia la dejase agotada.

—René, ¿y qué tenemos nosotros que ver con todo eso?

El Tito René mira hacia la puerta y baja la voz.

—Pauline, este asesinato va a acarrear serios problemas a nuestra familia. Hoy han detenido a varios militares y civiles originarios del sur del país. Van a llevarlos ante un tribunal militar instituido por el Comité Militar del Partido, el nuevo órgano de dirección del Estado. Hasta el antiguo presidente de la República, Alphonse Massamba-Débat, forma parte de los que serán juzgados ante ese tribunal. A partir de mañana se conocerá la composición del Comité Militar del Partido, pero los nombres de los once miembros ya circulan por todo Brazzaville. Poco a poco se está estableciendo una dictadura militar que eliminará sistemáticamente a los que podrían hablar porque saben algo del asesinato, del que muchos dicen que no se debe investigar mucho porque los conspiradores y los asesinos se encuentran entre esos once miembros del Comité Militar del Partido...

Mamá Pauline, Papá Roger y yo seguimos sin entender adónde pretende llegar mi tío. Mi madre no trabaja para el Estado, y no es militar. Mi padre no trabaja para el Estado, sino para la señora Ginette, y la señora Ginette es una blanca que no busca líos a nadie, no anda metida en política.

El Tito René continúa.

—Tengo una fotocopia del documento que estaba en el maletín olvidado por el ministro de economía rural, pone que el Comité Militar del Partido «perpetuará fielmente la obra del

inmortal Marien Ngouabi, guía de la Revolución congoleña: la construcción de una sociedad socialista en el Congo, según los principios del marxismo y del leninismo». ¡Pura palabrería! Ya sabemos cómo va a acabar esto: los miembros del Comité Militar del Partido se matarán entre ellos, unos encarcelarán a otros o los asesinarán sin dejar pruebas, y el más listo de todos será quien se haga con el poder para detentarlo de por vida...

Se dirige ahora al tío Kinana.

—Jean-Pierre, tú que conoces los entresijos de los ministerios, explícales un poco por qué el Comité Militar es ilegal desde el punto de vista constitucional...

—¡Sí, querido hermano René! Quiero recalcar que gracias a mi amigo y colega Prosper Okokima-Motaka, el norteño responsable de protocolo de nuestro ministro, he tenido acceso a esos documentos que, por lo demás, circularon bajo cuerda por nuestros despachos durante todo el día de ayer. Todo apunta a que nuestro ministro, aun siendo primo de uno de los miembros del Comité Militar del Partido, ignoraba que las cosas iban a precipitarse tan rápidamente. En definitiva, querido cuñado Roger, hermana Pauline, y tú, Michel, sobrino mío, el Comité Militar del Partido es un órgano ilegal: contraviene nuestra Constitución. El Comité no puede pretender asegurar la transición política porque el artículo 40 de la ley suprema contempla que en caso de vacío de poder, lo que es el caso desde ayer, es el presidente de la Asamblea nacional quien asume las funciones. Hay que convocar unas elecciones democráticas para elegir un nuevo presidente en el plazo de tres meses desde que se produce el vacío de poder. Sin embargo, tal y como ha subrayado el hermano René, ahora mismo nos hallamos ante una junta militar que acaba de dar un golpe de Estado...

Papá Roger no espera a que le den la palabra, interrumpe al tío Kinana.

—Pero ¿quiénes son los once miembros del Comité Militar del Partido? La Voz de la Revolución Congoleña no ha dicho nada todavía, al menos hasta el momento en que he apagado la radio, cuando habéis llegado...

El tío Kinana adopta una voz serena.

—Los miembros del Comité Militar del Partido son once, ignoro el porqué de esa cifra impar y pletórica. Están el coronel Joachim Yhombi-Opango, los comandantes Denis Sassou-Nguesso, Louis Sylvain-Goma, Damase Ngollo, Jean-Michel Ebaka, Martin Mbina y Pascal Bima, los capitanes François-Xavier Katali, Nicolas Okongo y Florent Ntsiba, y el teniente Pierre Anga. Si analizamos detenidamente la composición de la junta militar, salta a la vista que siete de los once miembros son del norte, mientras que el sur, la región más poblada de nuestro país, solo cuenta con dos representantes: Louis Sylvain-Goma y Pascal Bima. Los otros dos miembros son de la región de las mesetas y del centro del país: Damase Ngollo y Florent Ntsiba. No nos engañemos: nos encontramos ante una auténtica configuración tribalista, porque los miembros más importantes son en realidad el presidente del cmp, el norteño Yhombi-Opango, que naturalmente será investido presidente de la República en los próximos días, y, tras él, otro del norte, el primer vicepresidente del cmp, el comandante Denis Sassou-Nguesso, al frente de Defensa y que tendrá la tarea de imponer un régimen militar...

Se interrumpe y, como hacía el Tito René hace un momento, mira él también a derecha e izquierda, y luego hacia la puerta, que está bien cerrada, y dice:

—¿Alguna pregunta más?

Nadie contesta. El Tito René y el tío Jean-Pierre Kinana hablan tan bien que si no te andas con cuidado te embelesas con su manera de expresarse y se te olvida que no estás entendiendo lo que quieren decir con sus historias del Comité Militar del Partido, la Constitución y el vacío de poder, que suena como si los presidentes pudieran irse de vacaciones como nosotros, los estudiantes.* Un presidente no puede cogerse vacaciones de poder, si no, ¿quién haría su trabajo? Por eso está obligado a trabajar veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

El Tito René hace una seña con la cabeza al tío Martin Moubéri.

—Martin, saca el documento en cuestión. Lo guardé en mi maletín...

El tío Martin Moubéri aprieta un botón del maletín, que se abre con un ruido de clic-clac que nos obliga a todos a no mirar a ninguna otra parte. Saca varias hojas de papel, escoge una que desdobra ante nuestros ojos. Distingo unas palabras mecanografiadas, pero no las leo bien: las veo del revés. Si reconozco el nombre del antiguo presidente, Alphonse Massamba-Débat, es porque el Tito René lo ha citado mucho esta noche.

El tío Moubéri le alarga la hoja de papel a Papá Roger, que la lee murmurando como si rezara en la iglesia de San Juan Bosco. El tío Moubéri no le ha dado primero la hoja a Mamá Pauline porque mi madre no sabe leer, aunque se le da fenomenal el francés hablado y el cálculo porque es comerciante.

Papá Roger señala un punto de la hoja con un dedo, se la acerca a la nariz y exclama:

—¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡No puede ser verdad!

El Tito René cruza los brazos y hace como si estuviese muy apenado.

—Sí, Roger, es verdad...

—Pero a lo mejor este documento...

—No es un documento falso, Roger, procede de fuentes autorizadas...

—Pero ¿qué tienen contra el capitán? ¿Qué les ha hecho?

—Estaba implicado...

—¿«Estaba»?

El Tito René no contesta a mi padre. El tío Kinana mira al tío Martin Moubéri, y luego los dos miran al Tito René, pero los tres evitan a Mamá Pauline, y es el tío Martin el que nos anuncia.

—El capitán Luc Kimbouala-Nkaya fue asesinado a sangre fría ayer en su casa de Brazzaville, en el barrio de Plateau des Quinze-Ans, por un grupo de militares, en presencia de su esposa, sus hijos y otros miembros de la familia...

Mamá Pauline grita tan fuerte que se me taponan los oídos.

Papá Roger da un puñetazo en la mesa, y las pepitas de pomelo se agitan dentro de mi vaso.

Yo también doy un buen puñetazo en la mesa, y los vasos de vino casi se derraman y manchan aún más nuestro viejo mantel.

De todos mis tíos, el capitán Luc Kimbouala-Nkaya es al que mejor conozco aparte del Tito René y del Tito Mompéro, porque en casa de ese tito militar fue donde nos alojamos cuando Mamá Pauline me llevó a Brazzaville por primera vez. Yo tenía ocho años y medio y era también mi primera vez en el tren que para en todos los sitios. Tuvimos suerte, no hubo descarrilamientos en cadena en las estaciones de Dolisie, Dechavanne, Mont Bélo, Hamon y Baratier, llegamos a

tiempo, o sea, un día y medio después de partir. La estación de Brazzaville estaba abarrotada de gente que chocaba, compraba cosas llegadas desde Pointe-Noire. Allí no se hablaba munukutuba, sino lingala. No solo había brazzavileños, también zaireños que habían cruzado el río en piraguas para abalanzarse sobre las mercancías. Yo veía a las comerciantes saludar a mi madre con respeto. Ella les contestaba que no había venido con racimos de plátanos, sino que estaba llevándome a casa de su hermano Luc Kimbouala-Nkaya, donde yo pasaría las vacaciones. Cuando oían el nombre de mi tío, las personas se volvían diminutas y respetaban todavía más a mi madre. Habíamos cogido un taxi verde que había cargado lo que Mamá Pauline iba a regalarle al tío Kimbouala-Nkaya: dos gallos blancos, dos racimos de plátanos, dos grandes porciones de manteca de cacahuete, diez mandiocas que ella misma había cocinado durante veinticuatro horas en nuestra cocina, un saco pequeño de nuez de cola, dos litros de alcohol de maíz y dos túnicas *boubou* típicas del oeste de África compradas en el Gran Mercado.

Tras veinte minutos de carretera, llegamos a la puerta de la parcela del capitán, custodiada por dos militares que nos respetaron como si nosotros también formáramos parte del Ejército Nacional Popular. El Tito Kimbouala-Nkaya y su mujer habían sacrificado un cerdo para recibirnos. Es la costumbre entre los babembe. En casa de mi tío estábamos tan bien alimentados que le dije a mi madre que quería quedarme en Brazzaville hasta el final de mi vida para seguir comiendo cerdos cuando llegaran invitados a aquella casa en firme tan bonita. Y como el tío era muy simpático y hablaba poco, me dejaba probarme su boina delante del espejo del salón, donde yo adoptaba la postura de los militares y gritaba: «¡¡¡Firmes!!!». Pero que fuera muy simpático no significaba que pudiéramos abusar. Sus hijos y yo sabíamos que estaba prohibido tocar la pistola escondida en una caja de caudales cerrada con candado. El tío se guardaba la llave en el bolsillo, si no, mis primos habrían jugado a la guerra mundial, unos escondiéndose detrás de la casa, otros en las parcelas de los vecinos.

En casa del tío Kimbouala-Nkaya vi por primera vez la televisión, y nunca se me olvidará porque todos nos quedamos despiertos hasta el amanecer para ver el combate de boxeo que emitía la televisión de Zaire. Vimos en directo a Mohamed Ali y a George Foreman boxeando en Kinsasa, en el estadio del Veinte de Mayo, y nosotros también nos alegrábamos cada vez que Ali le soltaba un puñetazo en la cara a Foreman, y coreábamos: «¡Mátalo, Ali!, ¡Ali, boma yé! ¡Ali, boma yé! ¡Ali, boma yé!».

La casa del tío Kimbouala-Nkaya era muy bonita. Aunque no estaba terminada, era diferente a «las casas en espera» porque el capitán seguía con las obras: tenía dinero para acabarla algún día. La casa era la envidia del barrio de Plateau des Quinze-Ans. Antes de llegar al patio que está en el interior había que atravesar un pasillo muy largo, y a los dos lados de ese pasillo había estudios que cualquier miembro de la familia podía ocupar si estaba de paso en Brazzaville. Me acuerdo muy bien de que había tres estudios a un lado y tres al otro. Justo después del pasillo que daba al patio interior de forma circular se distinguía la luz, como si el mismísimo Dios iluminase la casa. Alrededor del patio interior, el Tito Kimbouala-Nkaya había construido cuatro estudios, y la habitación donde vivía él con su mujer era la de enfrente, la más grande, la más luminosa de todas. En esa habitación había una ducha como las del hotel Victory Palace, y retretes, también como los del hotel Victory Palace, así que había que estar atento porque, una vez que terminabas de hacer lo que había que hacer ahí dentro, tenías que tirar de una cadena para que el agua se llevara lo que había salido de la tripa y que no voy a describir

aquí porque si no van a volver a decir que yo, Michel, soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta...

—¿Qué ha pasado realmente, René? —pregunta mi padre.

El Tito René vacía su vaso primero y luego explica:

—Como ya he dicho, Roger, es una caza de brujas contra los sureños del Ejército Nacional Popular. Y eso no solo afecta a los militares, porque el cardenal Émile Biayenda, lari, ya ha sido detenido aunque se trate de un hombre de Dios. Correrá la misma suerte que el capitán, y lo mismo ocurrirá con el expresidente Alphonse Massamba-Débat. En definitiva: todos los que aparecen en la lista que acabas de leer morirán, ellos y sus allegados...

Cuando Mamá Pauline escucha estas últimas palabras, se seca rápidamente las lágrimas con el pico del pareo.

—Entonces, ¿esos militares malvados de Brazzaville vendrán a destrozar mi casa y a asesinarme delante de Michel, como han hecho con mi hermano delante de su mujer y sus hijos?

El Tito René menea la cabeza.

—Depende, Pauline... ¿Cómo van a saber que somos de la familia de Kimbouala-Nkaya si no compartimos apellido?

Mamá Pauline habla casi como si regañara a los tíos Kinana y Moubéri.

—¿Cómo es posible que mi hermano no haya podido venir con vosotros en el avión que habéis cogido, eh? ¿Por qué han matado a nuestro hermano, eh? ¿Por qué?

Es el Tito René el que contesta:

—Pauline, siempre he tenido la sensación de que el capitán Kimbouala-Nkaya era consciente del destino que le aguardaba, pero, aun sabiéndolo, él no era de los que reculan ante la muerte. Toda su vida ha sido así: ha estado marcada por el valor, y acabamos de perder al que tal vez sea uno de los mejores militares que han dado los babembe a este país...

El Tito René nos cuenta que el capitán había estudiado en la escuela militar de Saint-Cyr con Louis Sylvain Goma, que ahora es miembro del Comité Militar del Partido. Dice que la escuela de Saint-Cyr es muy famosa, que todos los militares sueñan con formarse allí, en Francia. El capitán había coincidido con más congoleños durante su formación, como por ejemplo el camarada presidente Marien Ngouabi y Joachim Yhombi-Opango, ¡también miembro del Comité Militar del Partido!

Cuando el Tito René cuenta todo esto, empezamos a darnos cuenta de que el mundo es realmente un pañuelo, y de que el Tito Kimbouala-Nkaya conocía a la mayoría de la gente del Comité Militar del Partido, o bien eran ellos quienes lo conocían y tenían motivos para tenerle miedo. Creíamos conocer al capitán, pero no sabíamos nada de él. Mamá Pauline nunca me hablaba de él largo y tendido. Y además, como ella no fue a la escuela, ¿cómo iba a saber que la escuela de Saint-Cyr no es como el colegio de las Tres Gloriosas o el liceo Karl-Marx? Por eso abro bien los oídos cuando el Tito René nos explica que, al terminar su formación en Saint-Cyr, el capitán volvió al país y asumió la responsabilidad de formar a los futuros militares para proteger nuestra Revolución socialista congoleña. Había hecho tan bien su trabajo que lo habían destinado aquí, a Pointe-Noire, para mandar a los militares. Pero yo todavía no había nacido para verlo, y Mamá Pauline vivía en Mouyondzi, en la región de Bouenza. Solo el Tito René, de

vuelta de sus estudios en Francia, y el Tito Albert, contratado por la Sociedad Nacional de Electricidad, iban a visitar al capitán a la Zona Militar Número 2, donde él era el jefe. El Tito Kimbouala-Nkaya trabajaba tan bien que al final lo habían nombrado jefe del Estado Mayor. Pero cuando cayó el régimen del presidente Alphonse MassambaDébat, quitaron al tío Kimbouala-Nkaya de su puesto y lo sustituyeron por el tal Louis Sylvain-Goma, que era uno de sus compañeros en Saint-Cyr y que actualmente está en el Comité Militar del Partido.

En ese momento me repito que todo el mundo se conoce. Sobre todo cuando el Tito René nos desvela que, después de haber despedido al tío Kimbouala-Nkaya, lo volvieron a llamar para que creara el Consejo Nacional de la Revolución, el cnr, junto con otros militares, entre ellos Marien Ngouabi, que todavía no era presidente, Denis Sassou-Nguesso y Louis Sylvain-Goma, los dos que hoy en día son miembros del Comité Militar del Partido. El Tito Kimbouala-Nkaya es también uno de los fundadores de nuestro Partido Congoleño del Trabajo, que es como el bebé del Consejo Nacional de la Revolución. El capitán vuelve a escalar puestos cuando el camarada Marien Ngouabi se convierte en presidente de la República: lo nombran segundo comisario político del Ejército junto con Ange Diawara, el excomandante de Defensa civil del expresidente Alphonse MassambaDébat. Mi tío y Ange Diawara son grandes amigos. Se llevan bien, los dos quieren que nuestro país avance. Por eso no dudan en criticar el tribalismo que perciben alrededor del camarada presidente Marien Ngouabi. Por hablar demasiado, por criticar demasiado, el capitán es despedido por el camarada presidente Marien Ngouabi. El Tito René dice que el 22 de febrero de 1972, un militar muy cercano al capitán, Ange Diawara, da un golpe de Estado contra el camarada presidente Marien Ngouabi, pero el golpe no cuaja. Nuestro tío recibe amenazas porque es muy íntimo de Diawara. Lo meten en la cárcel y lo condenan a muerte junto con otros políticos considerados cómplices.

El Tito René suda, ha hablado demasiado. Saca un pañuelo blanco y se enjuga la frente.

—El capitán Kimbouala-Nkaya y los otros presuntos cómplices del golpe de Estado fallido no serán ejecutados: se beneficiarán de la clemencia del presidente Marien Ngouabi... Cinco años más tarde, es decir, ayer, 18 de marzo de 1977, apenas unas horas después del asesinato del camarada presidente Marien Ngouabi, un grupo de militares se presentó en el domicilio de nuestro hermano para detenerlo, con el pretexto de que formaba parte, en mayor o menor medida, de los conspiradores. Fue durante la detención cuando lo asesinaron a sangre fría...

El Tito René deja de hablar. Nos mira uno por uno, como si quisiera medir nuestra tristeza, pero sobre todo nuestra rabia.

Mamá Pauline vuelve a hacer su pregunta:

—¿Significa eso que los militares de Brazzaville vendrán a esposarnos y nos matarán en Côte Sauvage a las cinco de la mañana?

—Pauline, te repito una vez más que no tenemos el mismo patronímico. Tú eres Kengué; yo, Mabahou; y Mompéro, Mvoundou. ¿Quién va a saber que tenemos el mismo padre que el capitán, un padre que, además, se llama Grégoire Massengo?

—Concretamente, René, ¿qué tenemos que hacer? —pregunta Papá Roger en el momento en que todo el mundo empieza a levantarse de la mesa y mi tío se recoloca la solapa de la chaqueta.

Tito René se dirige más bien a mi madre:

—Os pido discreción total, nunca se sabe. Por eso se han ido Moubéri y Kinana de Brazzaville, donde estaban demasiado expuestos. Voy a alojarlos hasta nueva orden... De momento, Pauline, interrumpe el negocio, que te hace viajar hasta la selva. Si necesitas dinero, te daré algo de vez en cuando, pero no quiero que viajes más, los trenes están atestados de militares que lo comprueban todo...

Al oír esto, Mamá Pauline llora todavía más. Desaparece en el dormitorio, y yo ya sé que es para derramar unas lágrimas, más abundantes y más cálidas, porque acaban de tocarle lo que más quiere en este mundo: su comercio al por mayor de racimos de plátanos. Y cuando pienso en esas lágrimas más abundantes y más cálidas que rodarán por sus mejillas, a mí también me dan ganas de meterme en mi habitación, siento llegar mis propias lágrimas. Van a rodar como las de Mamá Pauline, pero más abundantes y más cálidas, no solo porque el negocio de mi madre se haya jodido para siempre por culpa de la muerte del camarada presidente Marien Ngouabi, no solo porque el tío Kimbouala-Nkaya acaba de ser asesinado en presencia de su mujer y de sus hijos, sino también, y eso no lo sabe ninguno de los presentes, porque sigo sin comprender por qué mi perro no ha vuelto a casa a pesar de que hay toque de queda en todas partes y puede estar en peligro en algún rincón de esta ciudad triste, en esta ciudad silenciosa en esta noche del sábado 19 de marzo de 1977 que nos deja solos, completamente solos.

Un coche se pone en marcha fuera. El Tito René se va con los otros dos tíos...

Arena en los ojos

Oigo las voces de mis padres. Normalmente, a estas horas, si no hubiera malas noticias a porrillo, estarían roncando. Pero están discutiendo por un asunto que me preocupa: Mamá Pauline anuncia a Papá Roger que va a afeitarse la cabeza para dejársela como una bola de billar, como hacen las mujeres cuando acaba de morir un familiar. Esas mujeres llevan la cabeza rapada durante un mes como mínimo. Cuando el pelo crece unos milímetros, vuelven a afeitársela, y cuando pasas la mano por su cráneo parece cemento, todo liso. Cada día dibujan una cruz en la pared, y cuando hay treinta cruces saben que ya se ha cumplido un mes y dejan de afeitarse porque se ha terminado el luto y nadie vendrá a reprocharles que estén guapas en vez de ponerse feas hasta que el cuerpo de su pariente se pudra en condiciones. Durante el luto no pueden bailar, ni reírse, ni pintarse los labios, ni las uñas, ni maquillarse. No, solo al cabo de un mes pueden volver a hacer todas esas cosas poco a poco porque, si vuelven a ser provocativas y tentadoras ante los hombres demasiado rápido, el muerto no estará contento y se negará a pudrirse bajo tierra. Y si no se pudre es un peligro para todo el mundo: volverá cada noche para quejarse en los sueños de los miembros de la familia, que lo verán llorar de espaldas junto a un árbol que solo tiene unas pocas hojas y no da frutos.

Papá Roger no está de acuerdo con que mi madre se deje la cabeza como una bola de billar.

—Pauline, si te afeitas la cabeza la gente creerá que ha muerto algún familiar y...

—¿Y qué?

—¡Pues que los vecinos del barrio te preguntarán dónde está el cadáver para hacer colecta y ayudarte! ¿Eso es lo que quieres, eh?

—¡Voy a afeitarme la cabeza, Roger!

—No, tienes que ser natural, discreta, ¡como si no hubiera pasado nada!

—¿Cómo que como si no hubiera pasado nada? ¡Los del norte han asesinado a mi hermano!

—Escúchame, Pauline... Entiendo tu dolor, pero no es motivo para dejar de ser prudentes, y...

—Entonces no puedo llorar a mi hermano, ¿no? ¿No voy a ver su cadáver, eh?

—No estoy diciendo eso, me extrañaría que permitieran organizar en Brazzaville el funeral de un hombre que no han tardado nada en quitarse de en medio...

—¡Pues los nortños que conozco van a pagar por lo que le han hecho a mi hermano!

—Pauline...

—¡Van a pagar, te lo juro! ¿Quiénes se creen que son, eh?

—¡Estupendo! ¿Qué vas a hacer, empuñar un arma y acribillar a los miembros del Comité Militar del Partido uno tras otro? ¡Sé realista!

—Pues el lunes iré al mercado, y si la comerciante del norte que me debe mucho dinero desde hace meses no me lo paga todo, ¡se va a enterar de quién es Pauline Kengué, hija de Grégoire Massengo y Henriette Nsoko! También se enterará de quién es la hermana pequeña del capitán Kimbouala-Nkaya, créeme.

—No me parece buena idea, la nortea de la que hablas no es una cualquiera, y lo sabes, es miembro de la Unión Revolucionaria de las Mujeres del Congo...

—¿Cómo? ¿Acaso ha sido buena idea que ellos, los de Brazzaville, hayan matado a mi hermano? ¿Acaso mi hermano era un cualquiera?

—No puedes enfrentarte con esa mujer, Pauline, además, estarás sola, y...

—¡Pues iré con Michel! De todos modos tú dormirás en casa de tu mujer Martine, ahora mismo no sabes pensar en otra cosa, ¡no sé qué pintas tú en esta cama hoy!

—Dices cosas que no tienen nada que ver con lo que estamos hablando, Pauline...

—¿Pretendes hacerme creer que no te alegras de irte con Martine? ¿Que no te alegras de ver a tus verdaderos hijos? ¿Por qué no te vas ya? ¿O tú también tienes miedo del toque de queda?...

Llora, mi padre la consuela, le suplica que no se afeite la cabeza, que no vaya al mercado a buscarle las cosquillas a la comerciante nortea que no es cualquiera. Yo me digo que mi madre tampoco es cualquiera: es la hija de Grégoire Massengo, que era el jefe del pueblo Louboulou.

Los sollozos de Mamá Pauline desaparecen poco a poco, y ya nadie habla en la habitación de mis padres. Tengo la sensación de que cada vez se me mete más arena en los ojos. Me los froto una y otra vez. Bostezo, me siento muy débil, imposible mover las manos, los pies, como si me hubiesen atado a la cama. La casa empieza a dar vueltas y más vueltas alrededor de sí misma, primero despacio, luego a toda velocidad en el momento en que se me cierran los ojos...

Domingo, 20 de marzo de 1977

La Voz de la Revolución Congoleña

Esta mañana, Papá Roger no quiere escuchar La Voz de la Revolución Congoleña, ha sintonizado La Voz de América. Cree que solo los americanos saben lo que pasa en el mundo. Cuando crees que estás al tanto de las noticias antes que ellos, se parten de risa porque ellos tienen magnetófonos minúsculos como granos de maíz que esconden en las casas de los presidentes africanos que van a ser asesinados. Por eso no me extraña que hoy den cantidad de detalles que nuestros periodistas congoleños no pueden saber porque ellos no tienen magnetófonos minúsculos como granos de maíz. La Voz de la Revolución Congoleña está esperando que el Comité Militar del Partido le sople lo que tiene que decir en directo sobre la manera en que nuestro camarada presidente Marien Ngouabi fue liquidado el pasado 18 de marzo a las 14.30, a una hora a la que normalmente la gente está echando la siesta porque hace calor en todos lados. Si el Comité Militar del Partido afirma que el camarada presidente Marien Ngouabi ha imitado a Jesucristo, o sea, que ha resucitado, como si la muerte fuera una siestecita de nada, los periodistas congoleños lo repetirán sin comprobarlo antes. Pero como el Comité Militar del Partido no ha hecho declaraciones todavía, La Voz de la Revolución Congoleña solo emite canciones militares del Ejército soviético, y yo sueño con la nieve y los militares soviéticos que la pisan sin tener frío en los pies gracias a sus zapatos especiales que nuestros militares nunca llevarán porque en nuestro país no hay nieve.

De vez en cuando ponen los antiguos discursos del difunto líder de la Revolución, Papá Roger se ha cansado y ha cambiado de emisora para escuchar la radio americana y a sus periodistas que hablan en francés solo por nosotros los africanos.

Lo que también ha disgustado a Papá Roger de nuestra radio nacional es que un periodista con voz de borracho contaba la vida del camarada presidente Marien Ngouabi, largo y tendido, como si hubiese vivido con él o hubiera estado presente el día que nació el líder de nuestra Revolución. Lloraba cuando explicaba que nuestro presidente no era hijo de ricos, que era pobre como la mayoría de los congoleños, que había nacido en una aldea perdida del norte que se llama Ombellé. Realmente era un poblado salvaje como los que salen en los libros de blancos que hablan de los negros, con unas cuantas chozas y donde todos se conocen porque comparten parientes y tienen hijos entre ellos sin miedo de que los bebés salgan deformes con hocico de jabalí o manos de gorrino. Además, en la aldea de Ombellé hay precisamente muchos cerdos dando vueltas porque no tienen nada más que hacer aparte de comer mierda y esperar el día en que se los comerán o los venderán a ellos. En la aldea de Ombellé también hay gallos que siempre se confunden con la hora y hacen quiquiriquí a mediodía creyendo que pueden hacer que llegue la noche cuando deberían hacer quiquiriquí antes del alba, así los agricultores no llegarían tarde a desbrozar los campos, sembrar las batatas, las malangas y los ñames. Aunque nadie puede pedirle a Dios nacer en Ombellé, el periodista de la voz de borracho decía que era la aldea más bonita del mundo y que el 31 de diciembre de 1938 el bebé al que pusieron Marien Ngouabi, único hijo de Mamá MbualéAbemba y Dominique Osséré m'Opoma, solo podía haber nacido allí, si no, nunca se habría convertido en nuestro camarada presidente de la República. Los

antepasados lo habían decidido así, estaban presentes y muy emocionados alrededor del niño, lo bendijeron y le aconsejaron que tuviera mucho cuidado en la vida, que no es una línea recta, que fuese realmente justo y bueno hasta su muerte. Al parecer unos ángeles iban de acá para allá entre el cielo y la tierra para comprobar que no se habían equivocado de bebé al endosarle una misión de ese calibre.

Decía también el periodista con voz de borracho que en esa aldea los niños, desde los siete años, son capaces de salir a pescar y a cazar como si fueran adultos. Saben fabricar trampas para pájaros y ratones, y nuestro camarada presidente ya era ducho en todo eso a esa edad: no le daba miedo la noche, no temía a los demonios, los fantasmas, las serpientes o los demás animales que hacen temblar a los niños. Pasó su infancia en ese rincón perdido y luego fue a la escuela primaria a unos cuantos kilómetros de distancia, en una ciudad que se llama Owando, porque una aldea minúscula como Ombellé no puede tener una escuela, de lo contrario solo habría dos o tres personas en el aula: allí solo hay ancianos con barbas blancas que llegan hasta el suelo y los viejos no van a la escuela. El periodista con voz de borracho incluso juraba en nombre de Dios que, para atravesar el río Koyo e ir a la escuela, el pequeño Marien Ngouabi no dudaba en hacerlo a nado. En ese momento me pregunté por qué no nos explicaba cómo hacía el colegial Marien Ngouabi para que no se le mojaran los cuadernos, o cómo era posible que en medio de ese río tan peligroso los caimanes hambrientos no se lo comieran. Puede que los antepasados lo protegieran y que los caimanes se volvieran buenos y lo ayudaran a llegar al otro lado del río antes que los piragüeros, y que esos mismos caimanes lo esperasen para llevarlo de vuelta en la otra dirección cuando saliera de la escuela.

El periodista con voz de borracho nos revelaba que todo el mundo presentía que el pequeño Marien Ngouabi estaba llamado a ser un hombre importante porque ya había sido delegado de su clase y capitán del equipo de fútbol de su escuela primaria. Fue en ese momento cuando nuestro periodista contó un secreto de juventud del difunto camarada presidente para demostrar a los escépticos que ya era valiente por aquel entonces y que la muerte no le daba ningún miedo. Lo escuchamos contar largo y tendido:

El presidente estaba en el último curso de secundaria, tenía apenas catorce años. Un día que sus compañeros se bañaban en el río Koyo, que estaba muy crecido, de pronto se formó un alboroto: «¡Se está ahogando un niño! ¡Se está ahogando un niño! ¡Un alumno de primero!». Los comentarios fueron tan rápidos como la sonora salida del agua de todos los bañistas: «¡Un caimán se lleva al niño!». ¿Quién arriesgaría su vida por salvar a ese niño que se debate débilmente en medio de las corrientes oscuras del poderoso río Koyo? Ante una multitud estupefacta, contra viento y marea, el joven Marien Ngouabi se tiró al agua, nadó enérgicamente hacia el niño, que efectivamente estaba ahogándose, lo agarró y lo llevó victoriosamente hasta la orilla, para gran satisfacción de todo el mundo. En realidad, el niño salvado de las aguas no era de la misma aldea que el joven Ngouabi. Era un alumno de la aldea Elinginawe, al lado de Owando: el chico de Olouengué. Se trataba de Olouengué François, que en la actualidad es profesor de historia en un liceo. El presidente Marien Ngouabi lo recibió en 1976. El presidente recibió a aquel «Moisés» ya adulto y convertido en profesor de uno de los liceos de nuestro país. Y ese encuentro tuvo lugar en presencia de nuestro actual ministro de asuntos exteriores, Théophile Obenga, cuyo estremecedor testimonio acabo de leer fielmente,

palabra por palabra, para que permanezca indeleble en la memoria del pueblo congoleño, porque esto también es Historia...

Luego el periodista se puso a hablar de los estudios del pequeño Marien Ngouabi en la escuela militar preparatoria Général-Leclerc de Brazzaville, a la que fue después de conseguir el Certificado de Educación Primaria y Elemental. Gracias a ese mismo diploma he entrado yo en el colegio de las Tres Gloriosas, y haré lo posible por llegar al liceo Karl-Marx, cerca del mar, donde veré las cigüeñas blancas que vuelan *por encima de las cabezas de la gente y emiten lamentos*. El pequeño Marien Ngouabi no fue al colegio de las Tres Gloriosas, sino a la escuela Général-Leclerc, que según el periodista es ahora la Escuela de los Cadetes de la Revolución que serán los líderes de este país porque ahí aprenden ya a ser militares. De esa escuela pasó a Oubangui-Chari, donde lo ascendieron al grado de sargento. Y luego se fue a Camerún, al Ejército francés. Papá Roger me sopló en ese momento lo que el periodista no contaba y que sin embargo era muy importante: el Ejército francés masacraba a los pobres cameruneses que exigían la independencia, y durante esas masacres, con la complicidad del Ejército camerunés, habían matado a un señor que era tan importante como Patrice Lumumba y que se llamaba Ruben Um Nyobè. Ese gran señor estaba en contra de la colonización, quería la independencia de su país. Lo apresaron porque los propios africanos dijeron a los blancos dónde se escondía en la clandestinidad y, después de acribillarlo, los militares deshonraron su cadáver arrastrándolo por todas partes, restregándolo contra el suelo, revolviéndolo tanto en el barro que Ruben Um Nyobè quedó irreconocible. El periodista nos explicaba que, ante semejante situación, el joven militar Marien Ngouabi había querido dimitir, pero que no pudo porque primero tendría que haber devuelto al Ejército francés el dinero que le había dado para sus estudios, pero él no tenía nada en los bolsillos, como la mayoría de los estudiantes militares. Así que se quedó con el Ejército francés, que lo envió donde los cameruneses de etnia bamileke. Esos cameruneses son los más tozudos en las peleas, no se andan con chiquitas porque les da igual que los militares sean blancos o negros, ellos defienden su territorio y a la gente de su etnia hasta la muerte, incluso con cucharas, tenedores y agua con pimienta. Después de estar con los bamileke, lo enviaron a Douala, hasta que por fin salió de Camerún para volver a nuestro país, a la ciudad de Owando, que queda cerca de su aldea natal, Ombellé. Justo después de nuestra independencia, obtenida el 15 de agosto de 1960, enviaron al joven militar Marien Ngouabi a la escuela militar preparatoria de Estrasburgo. Y él se fue allá, a Francia, y entró en la escuela militar de Saint-Cyr para formarse como oficial. En esa escuela fue donde coincidió con mi tío Kimbouala-Nkaya y con varios miembros del Comité Militar del Partido de ahora, y allí se enamoró de una francesa, Clotilde Martin, que era camarera en un salón de té y con quien tuvo dos hijos, Roland Ngouabi y Marien Ngouabi Junior (si lo llamaron Junior no fue para demostrar que el camarada presidente lo quería más que a Roland, sino para no confundir su nombre con el nombre del líder de la Revolución congoleña, porque en este mundo Marien Ngouabi solo hay uno).

En principio la esposa del presidente iba a ser Clotilde Martin, pero la francesa se enfadó mucho y decidió volverse a su país porque el camarada presidente Ngouabi había tomado una segunda mujer que se llama Céline Mvouka, y que nosotros llamábamos Mamá Céline Ngouabi. El periodista con voz de borracho explicó que el matrimonio con Clotilde Martin no molestaba a los congoleños, estaba bien demostrar que no éramos racistas, que podíamos casarnos con blancas de todas las categorías, y hasta aceptar que fueran nuestras mamás nacionales a pesar de

que no iba a ser ni hoy ni mañana cuando el Tito Pompidou dejara a su mujer blanca para irse con una mujer negra bien gorda de las nuestras, o conservar a su mujer blanca y añadir otra negra de la noche a la mañana delante de todos los franceses, que gritarían: Pero ¿esto qué es? El periodista advertía justo después que, en 1962, cuando el joven Marien Ngouabi se casó con la tal Clotilde Martin, la pobre camarera no sabía que acababa de casarse con el futuro camarada presidente de la República y que ella podría haber sido nuestra mamá nacional blanca. Así que los que contaban sandeces a diestra y siniestra como que la blanca se había aprovechado de la situación eran unos imbéciles que no entendían que un bebé no lleva escrito en la frente que algún día será presidente, si no el bebé tendría problemas y pasaría una infancia terrible por culpa de los envidiosos y los aprovechados que proclaman que son sus padres o qué sé yo qué. El periodista decía también que, al volver al país en 1963, después de la independencia, el joven teniente Marien Ngouabi vivía en Pointe-Noire, donde mandaba a los militares, igual que mi tío Kimbouala-Nkaya. Cinco años después, por culpa del revuelo en todo el país, el teniente Marien Ngouabi se hizo muy famoso y forzó a dimitir al presidente Alphonse Massamba-Débat para convertirse él en nuestro camarada presidente de la República...

El periodista de La Voz de la Revolución Congoleña no había explicado tan bien las cosas como el Tito René. Se saltaba fechas y nombres porque sabía que el Comité Militar del Partido escucha la radio con atención y puede pedir que se corte todo o que vuelva a contar la historia como ellos quieren oírla. Además, mientras nos contaba todo eso, la historia se interrumpía todo el rato por los comunicados del portavoz del Comité Militar del Partido, un señor que se llama Florent Ntsiba y que es de una etnia del centro del país. Yo ya conocía su voz porque era la misma que había dicho anteayer:

Sin embargo, el imperialismo desesperado, en una última sacudida y mediante un comando suicida, ha atentado cobardemente contra el dinámico líder de la Revolución congoleña, el camarada Marien Ngouabi, que perdió la vida en combate, con el arma en la mano, el viernes 18 de marzo de 1977, a las 14.30...

El último comunicado que escuchamos antes de cambiar por fin de emisora fue el de cuando el portavoz Florent Ntsiba leyó lo que el Comité Militar del Partido había dicho a los embajadores extranjeros, que también querían saber cómo murió el camarada presidente Marien Ngouabi. Leía sin respirar, como si la guerra hubiera llegado a dos pasos del río Congo y hubiera que prepararse para tomar las armas:

Señores embajadores y jefes de misiones diplomáticas:

En nombre del Comité Militar del Partido constituido en la noche de ayer por el Comité Central del Partido Congoleño del Trabajo, con delegación de todos los poderes y en nombre del Gobierno, tenemos el muy doloroso deber de anunciarles oficialmente la muerte violenta del camarada Marien Ngouabi, Presidente de la República, Presidente del Comité Central del Partido Congoleño del Trabajo, Jefe del Estado. La muerte del líder de la Revolución congoleña, perpetrada por el imperialismo y sus lacayos, se produjo el viernes 18 de marzo de 1977 a las 14.30 en la residencia del Estado Mayor. El crimen fue cometido por el excapitán Barthélémy Kikadidi. Dos elementos del comando fueron abatidos y otros dos, entre los que se cuenta el excapitán Barthélémy Kikadidi, se encuentran en paradero desconocido...

Eso fue lo que llevó a Papá Roger a girar el dial antes de que acabáramos de escuchar el comunicado entero, y me dijo que si había sintonizado La Voz de la Revolución Congoleña había sido para conocer las instrucciones del duelo nacional, no para escuchar unas explicaciones que nadie iba a tomarse en serio porque no había pruebas ni investigación y porque ya se citaban los nombres de la gente que había que perseguir antes de que logaran atravesar a escondidas las fronteras para refugiarse en países como Zaire, Gabón o Camerún.

En La Voz de la Revolución Congoleña no hemos sabido nada del duelo, pero creo que no será un duelo normal, un duelo en el que las mujeres se afeitan la cabeza como una bola de billar, se bebe café, se juntan todas las chicas, se saca la estera para dormir a la intemperie cerca del cadáver, que estará bajo un cobertizo de hojas de palma. Eso no es lo esperable porque no tenemos el cadáver delante de nosotros para poder dormir a su vera hasta el día del entierro. El cadáver está en algún lugar de Brazzaville. ¿Por qué estar de duelo por un muerto que no vemos con nuestros propios ojos?

Como no nos han dado instrucciones, la gente cuenta lo que quiere contar. Todo el mundo ve con buenos ojos el luto, y hasta hay quien dice que hay que llevar una tela negra alrededor del brazo derecho y mostrar en la calle que estamos muy tristes. Otros añaden que los que lloren con muchas ganas serán bien vistos por el Comité Militar del Partido, y que los que no derramen ni una lágrima tendrán problemas muy graves. Explican también que la música de los bares no debe sonar muy fuerte, hay que poner canciones tradicionales de nuestras etnias, nada de las rumbas congoleñas de Franco Luambo o de Tabu Ley, nada de los éxitos de Papa Wemba o del grupo Zaiko Langa-Langa porque su ritmo es demasiado alegre para un momento de duelo. Las banderas tampoco pueden subirse hasta arriba del todo, y no deben flotar de cualquier manera aunque sople el viento. La jornada del sábado 19 de marzo, lo han dicho por la radio, ha sido no laborable, pero se ha cobrado. Eso significa que la gente cobrará aunque no haya ido a trabajar. También oímos que los que trabajan en las oficinas del Estado se incorporarán el lunes, y al parecer están obligados a llevar una tela negra alrededor del brazo derecho en la oficina. Las fronteras con los países que nos rodean están cerradas. Eso significa que nadie puede entrar en el país, y que nadie puede salir, salvo los miembros del Partido Congoleño del Trabajo que enseñen esa insignia roja y redondita que me recuerda a las obleas del padre Weyler en la iglesia de San Juan Bosco durante las catequesis.

La escuela estará cerrada hasta el martes, hasta el miércoles no tendremos clase. Podremos pasear durante el día, pero habrá que volver antes de las siete de la tarde y quedarse en casa hasta las siete de la mañana, si no la policía podría atizarte con un cable de Motobécane AV42...

La Voz de América

Papá Roger y yo nos ponemos a escuchar La Voz de América, y la verdad es que no tiene nada que ver. Para comentar la mala noticia de anteayer hay dos periodistas, una mujer y un hombre, pero es la mujer la que manda al señor porque ella es la que hace todas las preguntas difíciles y el hombre le contesta igual que un alumno que se ha estudiado muy bien las tablas de multiplicar, o será que si ese hombre lo sabe todo de nuestro país es porque ha estado en Brazzaville y trabaja para esa mujer que yo me imagino muy alta, muy guapa, con tacones como los que se pone Mamá Pauline cuando va al centro de la ciudad y pasa por el hotel Victory Palace a saludar a Papá Roger para que mi padre vea que es una mujer elegante, con su pareo bien atado alrededor de la cintura y los pendientes de oro chapado que de lejos parecen oro de verdad.

Y la periodista le pregunta al señor que lo sabe todo de nuestro país:

—*Christopher Smith, usted que observa muy de cerca la política en África central, ¿cómo analiza lo que está ocurriendo en Brazzaville?*

Christopher Smith se pone muy contento de que le hagan esa pregunta y de que se recuerde que él pasa mucho tiempo en África, donde trabaja desde hace años. Se recuerda también que ha estado presente en muchos lugares de nuestro continente donde había guerras civiles y que ha escrito un librote muy gordo con muchas pruebas en el interior, pruebas que explican cómo los que nos colonizaron suelen esconderse detrás de nosotros para vendernos armas e incitarnos a pelear entre nosotros.

En vez de hablar directamente de nuestros problemas, que son gravísimos ahora mismo, Christopher Smith da muchos rodeos, igual que un camión que calienta el motor antes de ponerse en marcha.

—*Como ya sabe, Sophie, y como he demostrado con creces en mi libro El África de las tinieblas, los asesinatos políticos en el continente negro constituyen una tradición siniestra desde las independencias de principios de la década de los sesenta, e incluso en vísperas de esos movimientos de liberación del yugo de los colonizadores occidentales...*

Y empieza a dar nombres, fechas, explicaciones que nuestros propios periodistas son incapaces de dar. Pero todo eso está ya en su libro, cuyo título cita mucho. A mí me sorprende lo bien que pronuncia el nombre de nuestro profeta André Grenard Matsoua, y me enorgullece que lo llame «hombre político». Cuenta que Matsoua era un testarudo que desafió a los colonizadores. Había estudiado en el seminario, la escuela de los blancos, luego había trabajado en las aduanas de Brazzaville y había entrado en el Ejército francés para luchar en Marruecos contra un resistente terrible de nombre Abd el-Krim que quitaba el sueño a los colonizadores porque ganaba batallas a los españoles, a los franceses, a los británicos. Y gracias a hombres como André Grenard Matsoua esos países salvaron un poco la cara ¡porque combatían por ellos!

Christopher Smith dice:

—*¿Quién puede negar, Sophie, que Matsoua puso una piedra más en el edificio del imperio francés? Fue capitán del 22.º regimiento entre los negros de las tropas coloniales que por aquel entonces eran conocidos como tiradores senegaleses y que no estaban solo constituidas por*

senegaleses sino también por congoleños como Matsoua. Por desgracia, Matsoua murió en una cárcel en la que fue condenado a trabajos forzados por la misma administración colonial a la que sirvió; se había convertido en una voz, en una esperanza, y por lo tanto en un peligro. Las circunstancias poco claras de su muerte acrecentaron su fama de profeta e hicieron dudar a los habitantes de Pool, la región lari, de la que Matsoua era oriundo, hasta el punto de que, incluso ahora, treinta y cinco años después de su muerte y siete años después de la del general De Gaulle, que fue presidente en su época y simpatizante de los lari, aún hay ciudadanos de Pool que van al aeropuerto de Brazzaville a esperar el regreso de estos dos personajes. Los lari están convencidos de que el profeta Matsoua y el general De Gaulle no han muerto, que se trata de una mentira de los franceses y que ambos, que no eran personas normales y corrientes como nosotros, regresarán tarde o temprano, que algún día los verán bajar del avión, que saludarán a la multitud que ha acudido para darles la bienvenida, que el general volverá a irse para gobernar Francia y que el profeta Matsoua obrará sus milagros, curando a los paralíticos, los ciegos y las mujeres estériles. El general De Gaulle está tan presente entre los lari que estos últimos rinden culto a Ngol, un fetiche que representa al general con una nariz muy alargada y un quepis con estrellas...

El periodista americano pronuncia a continuación el nombre del camerunés Ruben Um Nyobè, del que Papá Roger me hablaba cuando escuchábamos todavía La Voz de la Revolución Congoleña, la cual se había saltado esa parte a pesar de que fue un señor tan importante como Patrice Lumumba. Christopher Smith da muchos detalles más: Ruben Um Nyobè fue asesinado el 13 de septiembre de 1958 por un soldado negro, Paul Abdoulaye, de origen chadiano y que fue condecorado por Francia.

Habla de otro camerunés que se llama Félix Moumié, envenenado por los servicios secretos franceses en un restaurante en Suiza y fallecido pocos días más tarde, el 3 de noviembre de 1960. Este hombre también era uno de los que querían la independencia de su país.

En ese momento me digo que no es normal que se mate a alguien en un restaurante en Suiza, porque Papá Roger había animado al equipo suizo y había deseado que los ingleses fueran pisoteados en la semifinal de la Copa de fútbol por ese país que puede comprar árbitros porque posee bancos llenos de billetes grandes bien lavados y bien planchados con una plancha de carbón para que estén siempre limpios y lisos.

Ahora hay demasiadas fechas, Christopher Smith se lía, repite constantemente lo que ya ha dicho. Primero cuenta que fue el 7 de enero de 1961, luego se corrige y dice que fue el 17 de enero de 1961 cuando Patrice Lumumba fue asesinado. El 13 de enero de 1963 mataron a Sylvanus Olympio, que era el primer presidente que los togoleses habían elegido como se elige en los países desarrollados. Y era la primera vez, dice Christopher Smith, que se asesinaba a un presidente africano después de las independencias. Sylvanus Olympio es sustituido por el antiguo primer ministro Nicolas Grunitzky, pero hay alguien que está impaciente y que más tarde dará otro golpe de Estado: se llama Étienne Eyadema y formaba parte de los militares que habían

ido a buscar a Sylvanus Olympio a la embajada de Estados Unidos, donde se había escondido porque hasta los presidentes tienen miedo de morir. Eyadema lleva ahora diez años en el poder...

Y la cosa no acaba ahí: el 29 de octubre de 1965 condenan a muerte a Mehdi Ben Barka en su país, Marruecos. Se encontraba en Francia cuando lo secuestraron en la puerta de un restaurante, un poco como al camerunés Félix Moumié en Suiza. Al parecer, el cuerpo de Mehdi Ben Barka está aún desaparecido y es seguro que lo asesinaron con la complicidad de los servicios secretos de Francia y Marruecos.

Hace solo cuatro años, el 20 de enero de 1973, continúa Christopher Smith, le tocó al papá de las independencias de Guinea-Bisáu y Cabo Verde, Amílcar Cabral, que fue también asesinado, pero muy lejos de allí, en Guinea-Conakri, por los miembros de su propio partido, que habían conspirado con Portugal, su colonizador. Según Christopher Smith, también Guinea-Conakri fue cómplice, porque el presidente de ese país, Ahmed Sékou Touré, había hecho desaparecer las pruebas para que nadie entendiera cómo se había cometido el asesinato. Por desgracia, Amílcar Cabral no llegó a ver cómo Guinea-Bisáu y Cabo Verde, que él amaba con todo su corazón, se independizaban: murió seis meses antes de ese momento...

—*Por último, querida Sophie, entre estos episodios macabros cabe recordar que el 26 de agosto de 1973 el chadiano Outel Bono, hostil al régimen de François Tombalbaye, recibió dos tiros en pleno centro de París...*

Christopher Smith vuelve ahora a la muerte del camarada presidente Marien Ngouabi. Advierte que ha retenido dos explicaciones: la que ha dado el Comité Militar del Partido y la de Marien Ngouabi Jr., uno de los dos hijos mestizos que el camarada presidente Marien Ngouabi tuvo con Clotilde Martin...

—*Pero antes de exponer estas dos versiones, querida Sophie, conviene poner las cosas en su contexto...*

Y vuelta al lío de fechas. Dice que el 22 de febrero de 1972, o sea, hace cinco años, el militar Ange Diawara, que era íntimo de mi tío Kimbouala-Nkaya, ya había intentado asesinar al camarada presidente Marien Ngouabi. Ange Diawara había conspirado con varios miembros del Partido Congoleño del Trabajo descontentos con la política de nuestro líder de la Revolución. Antes de eso, Ange Diawara era un hombre normal que estudiaba ciencias económicas, como el tío Kinana, en la Universidad Lumumba, en la urss. Cuando la Revolución socialista llegó repentinamente a nuestro país, Ange Diawara se convirtió en un personaje importante que llegó a figurar entre los miembros de la guardia de nuestro antiguo presidente Massamba-Débat, el que ahora está en la lista de la gente que no le gusta al Comité Militar del Partido y que van a ejecutar rápidamente, como han hecho con el tío Kimbouala-Nkaya.

Así que, en cuanto el camarada presidente Marien Ngouabi, que en 1964 todavía no era presidente, se peleó con el presidente Massamba-Débat, Ange Diawara eligió el bando del capitán Marien Ngouabi, traicionó a su propio jefe, el presidente Massamba-Débat. Se convirtió en un militar muy importante en cuanto el capitán Marien Ngouabi se hizo con el poder. La gente temía a Ange Diawara no solo por ser militar, sino también porque nadie era capaz de derrotarlo al kárate. Ange Diawara estuvo presente en el momento en que el camarada presidente Marien Ngouabi fundó el Partido Congoleño del Trabajo, y entró como ministro en el Gobierno del

camarada Marien Ngouabi para encargarse del agua y los bosques. Pero el problema es que criticaba todo el rato al líder de la Revolución porque, según él, las cosas no salían como el pueblo deseaba y todo costaba muy caro, como en los países de los capitalistas europeos: la mandioca, las patatas, el azúcar, el aceite de palma o de cacahuete, el petróleo, que sin embargo tenemos a gogó, todo eso el pueblo no podía comprarlo más barato. Pero no era culpa del camarada presidente Marien Ngouabi que el petróleo costara tan caro: era culpa de los países árabes, que también tienen petróleo a gogó y alteran los precios constantemente para incordiar a Europa, y nosotros por desgracia estamos obligados a subir los precios, sin darnos cuenta de que eso incordia a nuestro propio pueblo que no tiene más remedio que ahorrar apagando las lámparas antes de dormir. Además, a pesar de la Revolución socialista y del comunismo, había todavía demasiado tribalismo y los vientres de los ministros engordaban de tanto comerse el dinero del Estado sin dar ni un poquito al pueblo llano. Como Ange Diawara decía las cosas sin temer al presidente, los estudiantes de colegios y universidades lo apoyaban, decían que él era el auténtico revolucionario y no el camarada Marien Ngouabi. Ange Diawara incitaba a los estudiantes de colegios y universidades a hacer huelgas contra el Gobierno aquí y allá. ¿Acaso iba a conservarlo el camarada presidente Marien Ngouabi como ministro encargado del agua y los bosques en esas condiciones? ¡Pues no! Lo echó como se echa a un trabajador que siempre llega tarde a la oficina o a la obra, y Diawara dijo: «Me da igual que me despidas, voy a dar un golpe de Estado». Y eso es lo que empezó a tramar.

El camarada presidente Marien Ngouabi estaba de visita oficial en Pointe-Noire cuando Ange Diawara dio el golpe de Estado en Brazzaville. Sin embargo, nuestro líder de la Revolución era más listo que un martín pescador: interrumpió a toda prisa la visita oficial y cogió un avión para tocar el silbato y poner fin al caos. Y nuestro presidente, que tendría que haber sido asesinado el 22 de febrero de 1972, esquivó la muerte por los pelos. El Ejército detuvo y mató a muchos amigos de Diawara con los que había estado en la clandestinidad en su región de Pool. Durante ese periodo también cogieron y liquidaron al mejor músico de nuestro país: Franklin Boukaka. Era muy simpático, no cantaba para hacer bailar y sudar a la gente en los bares, él cantaba sobre cosas bonitas como la paz entre el norte y el sur, entre los lari, los bateke, los babembe, los mbochi y todas las etnias que hay en nuestro país y que no tienen nada mejor que hacer que reñir, como si no hubiera asuntos pendientes en nuestras ciudades y nuestros campos. Por esa época en que mataron al simpático músico Franklin Boukaka, Ange Diawara huyó a Zaire, donde encontró un sitio donde esconderse. Podía quedarse allí, volverse zaireño con los zaireños, tener una mujer zaireña e hijos zaireños, etcétera, pero lo engañaron como a un chiquillo al que atraen con los bombones helados que vende Ma Moubobi: le prometieron dialogar con él, que podía volver para hablar, y él se creyó esos embustes. Le echaron el guante en cuanto llegó a Brazzaville con su barba, que había crecido mucho, como si los espíritus de los antepasados se la regaran con sus manos invisibles. Lo llevaron de inmediato al Estado Mayor, y allí, ¡pam! ¡pam! ¡pam! ¡pam!, lo mataron junto con varios de sus amigos. Pero como el pueblo no creía que se pudiera matar a un tipo poderoso, místico e invencible como Ange Diawara, que era karateca, hacían falta pruebas. Por eso el Gobierno expuso los cadáveres en el estadio de la Revolución, y las dudas se despejaron porque todo el mundo vio claramente que eso no era brujería, que efectivamente eran los cadáveres de Ange Diawara y de sus amigos los que estaban

allí tirados como el pescado en salazón que vende Ma Moubobi, solo que a esos muertos no les habían echado sal. Y así acabó Ange Diawara...

A mí me gustan los detalles que da Christopher Smith, que explica largo y tendido lo que el camarada presidente Marien Ngouabi hizo ese día, mientras que La Voz de la Revolución Congoleña todavía no está al tanto de nada de eso. Por la mañana, nuestro líder de la Revolución fue primero a la universidad para dar una clase de física y química porque le complacía transmitir gratuitamente sus conocimientos a la juventud. Por la tarde volvió a su despacho presidencial para recibir a personas importantes, entre ellas el cardenal Émile Biayenda, que está en la lista de las personas que los nuevos dirigentes tienen previsto liquidar como al antiguo presidente Massamba-Débat. El cardenal Émile Biayenda es el arzobispo de Brazzaville. Solo tiene cincuenta años y, comparado con los demás cardenales, es todavía joven. La radio dice que fue el papa Pablo VI quien lo nombró cardenal, y es la primera vez que tenemos cardenal en nuestro país. Había ido al Estado Mayor para reunirse con el camarada presidente Marien Ngouabi porque tenía que pedirle un favor: llevaba tiempo preocupado de que el liceo Patrice-Lumumba se ampliase, ocupara demasiado espacio y empezara a invadir el territorio donde se encontraban las religiosas conocidas como Hermanas de Javouhey. Solo el líder de la Revolución podría parar esta situación, de lo contrario las Hermanas de Javouhey no sabrían dónde meterse para rezar sus oraciones y cuidar de los huérfanos, las viudas y los niños abandonados en la calle por sus padres aún vivos.

Christopher Smith añade que el cardenal Émile Biayenda y el camarada presidente Marien Ngouabi no hablaron de la carta que el antiguo presidente Alphonse Massamba-Débat había enviado dos semanas antes de su cita para pedirle a nuestro líder de la Revolución congoleña que dimitiera de inmediato, que devolviera el poder al pueblo porque el país ya no iba nada bien. No, el cardenal no había ido para solicitar que regresara el antiguo presidente, como se cuenta por todas partes, sobre todo en los círculos de los miembros del Comité Militar del Partido. No, el cardenal y el líder de la Revolución no habían hablado de eso, y Christopher Smith dice que ese día hubo testigos en el Estado Mayor: la mujer de Massamba-Débat, la mujer del camarada presidente Marien Ngouabi, su cuñado Mizelé, pero también el capitán que dirige los servicios secretos de nuestro presidente y que se llama Denis Ibara...

Christopher Smith cuenta ahora cómo se desarrolló el asesinato del camarada presidente Marien Ngouabi según el Comité Militar del Partido, y es como en las películas americanas de gánsteres que ponen en los cines Rex y Duo y que yo no puedo ver porque suelen estar prohibidas para los menores de dieciocho años, aunque por suerte los grandullones que comprueban la edad en la puerta nos dejan entrar si les damos nuestra paga. Una vez que hemos visto las películas en cuestión nos preguntamos por qué están prohibidas para los menores de dieciocho años cuando no se enseña gran cosa: se tapa de más a las mujeres que se desnudan, las ponen de espaldas, y los besos solo son para que entendamos que la gente se ha besado, porque no se ven las lenguas saliendo y entrando en las bocas. En fin, mejor no me detengo mucho en este asunto porque si no van a volver a decir que yo, Michel, soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta.

Christopher Smith explica que, el 18 de marzo a las 14.10, cuatro hombres llegaron en un Peugeot 404 al Estado Mayor del Ejército, donde se encuentra la residencia del camarada presidente Marien Ngouabi. Como los cuatro visten uniforme militar, nadie se extraña, no hay motivos para preocuparse: vienen a charlar con otros militares, como de costumbre, a bromear, intercambiar cumplidos, hablar de sus mujeres, de sus amantes, etcétera. Los centinelas de la entrada los dejan pasar sin hacer comprobaciones. Para llegar a la residencia del camarada presidente Marien Ngouabi hay que presentarse ante otros centinelas más y ante los agentes de seguridad del presidente, que son cubanos. Ahí es cuando se comprueban detenidamente las identidades: todos coinciden en que se trata del capitán Kikadidi, que viene con otros tres militares. El Peugeot 404 avanza hacia la residencia del camarada presidente Marien Ngouabi, que come con su familia. El capitán Kikadidi y los tres militares se bajan del coche, se dirigen a la residencia. Aquí otra vez resulta complicado acceder: hay otros dos militares que cierran el paso, uno se llama Okamba, el otro Ontsou, y son del norte, como nuestro líder de la Revolución. Pero el capitán Kikadidi les dice a Okamba y Ontsou que es el capitán Motando y que lo ha convocado el camarada presidente personalmente. Okamba duda porque conoce bien la cara del auténtico capitán Motando, y está seguro de que ese militar que tiene delante no es en absoluto el capitán Motando, como él afirma. Deja entonces al visitante con su colega Ontsou y se dirige a la primera garita para ordenar que saquen el Peugeot 404 del interior del Estado Mayor. Entretanto, el capitán Kikadidi (que dice ser el capitán Motando) habla con el agente Ontsou, que está metido en el ajo. Ontsou da permiso al capitán Kikadidi (alias capitán Motando) para que se acomode en la sala de espera mientras otra persona va a anunciar al camarada presidente Marien Ngouabi que el capitán Motando, al que él ha convocado, acaba de llegar.

Cuando le comunican la visita, el camarada presidente Marien Ngouabi se extraña, responde que el tipo que él acaba de ver desde el comedor no es el capitán Motando, sino el capitán Kikadidi, y que en principio el tal Kikadidi ya no es capitán, es excapitán. El camarada presidente Marien Ngouabi decide salir él mismo a aclarar las cosas y regañar al agente Ontsou, que habla con los tres militares que acompañan al capitán Kikadidi (alias capitán Motando). Cuando los militares desconocidos ven llegar al presidente, se levantan, fingen ponerse firmes, pero nuestro líder de la Revolución se fija en la punta de una pistola escondida en el uniforme de uno de ellos. El presidente Marien Ngouabi ordena al militar que le entregue el arma, el militar se niega a obedecer. Entonces, el líder de la Revolución intenta quitársela por la fuerza, ¡y se arma el lío! Como el presidente Marien Ngouabi no es un cualquiera, gracias a la técnica aprendida en Saint-Cyr, consigue apoderarse rápidamente de la pistola del tipo, y ¡pam! ¡pam!, mata a los otros dos desconocidos. El que él ha desarmado huye, ignorando que nuestro presidente es un deportista capaz de ganar a los negros americanos en una carrera. Lo persigue a la velocidad de una azagaya, y durante la carrera se oyen ráfagas, y luego más ráfagas, y luego ráfagas a porrillo. Pero no es el camarada presidente Marien Ngouabi el que dispara, sino otra persona. Y esa otra persona es Ontsou, su agente de seguridad, que está en el ajo. Ontsou ya ha matado a dos colegas que intentaban ayudar a nuestro líder de la Revolución. Entretanto, el capitán Kikadidi (alias capitán Motando) ha desaparecido...

Christopher Smith se queda callado unos segundos, y luego precisa varias veces que lo que acaba de contar es la versión del Comité Militar del Partido, que quiere demostrar que el antiguo presidente de la República, Alphonse Massamba-Débat, es el que ha urdido ese golpe de Estado

dirigido por el capitán Kikadidi con la complicidad de la guardia presidencial con el fin de recuperar el poder, él y los sureños.

La periodista le pregunta cuál es la otra explicación de este asesinato. Él contesta que esa otra explicación, que él considera la auténtica, procede directamente del hijo del presidente, Marien Ngouabi Jr., y que nos la va a transmitir...

Marien Ngouabi Jr.

Marien Ngouabi Jr. estaba presente en el momento en que su padre fue asesinado, lo vio todo, intentó incluso proteger a nuestro líder de la Revolución porque no entendía que el agente de seguridad Okamba, que estaba allí, no reaccionara. Pero Marien Ngouabi Jr. solo tiene catorce años, todavía no sabe usar bien una pistola. Su sueño era ir a Cuba, entrenarse allí con los militares cubanos y volver a Brazzaville para proteger a su papá presidente.

Marien Ngouabi Jr. comía con su padre, que le explicaba la clase de física y química que había impartido en la universidad esa mañana. El hijo se levanta de la mesa antes que nadie porque hace calor y quiere bañarse en la piscina, como la mayoría de los hijos de presidentes del mundo entero. De camino a la piscina se fija en que la gente se comporta de manera extraña: el agente de seguridad Ontsou está con alguien que tiene rango de capitán y que lleva una boina roja y un arma. No sabe si ese militar es el capitán Kikadidi o el capitán Motando, como hoy asegura el Comité Militar del Partido sin aportar pruebas.

Marien Ngouabi Jr. no reconoce al capitán Kikadidi (o al capitán Motando), es la primera vez que ve a ese individuo en el Estado Mayor.

Pregunta a los tres militares que acompañan a ese capitán:

—¿Qué desean?

Uno de ellos responde:

—Queremos ver a tu papá, es muy urgente...

Marien Ngouabi Jr. se queda tranquilo, ahora cree que han ido a preparar la fiesta del 19 de marzo, que marca el aniversario del accidente de helicóptero que tuvo el camarada presidente Marien Ngouabi. Marien Ngouabi Jr. confía en los agentes Okamba y Ontsou, coincide con ellos a diario, ve cómo suelen cerrar el paso a los enemigos que pretenden asesinar a su papá. Pero la residencia está demasiado tranquila esa tarde del 18 de marzo de 1977. Marien Ngouabi Jr. pregunta a Okamba y a Ontsou por qué solo hay dos hombres vigilando a su papá cuando normalmente hay cuatro o cinco militares en ese puesto. Le responden que es normal, que no se preocupe por nada, que nadie puede llegar al camarada presidente Marien Ngouabi mientras ellos estén ahí para protegerlo, aunque solo sean dos, aunque solo haya uno.

Marien Ngouabi Jr. se da la vuelta y descubre un Peugeot 404 aparcado en el interior, un poco más allá. Piensa que forma parte de la seguridad de su papá, y eso está bien porque, si le pasa algo grave al líder de la Revolución, al menos el camarada presidente y su familia podrán usar el vehículo, huir rápido e ir a esconderse a algún sitio, quizá a la embajada de Francia.

En vez de ir a la piscina como había previsto, Marien Ngouabi Jr. se dice que mejor se va a jugar a los columpios, y apenas unos minutos después de empezar a jugar, oye un barullo no muy lejos, a su espalda, y se vuelve: ¡el camarada presidente Marien Ngouabi está peleando con los militares desconocidos que él ha visto hace un momento!

Marien Ngouabi Jr. pide socorro:

—¡Guardias! ¡Guardias! ¡Cogedlos!

Él mismo corre hacia los alborotadores, y por el camino se cruza con uno de los tres militares desconocidos, que está huyendo. Aunque Marien Ngouabi Jr. no sabe disparar un arma, puede conducir un coche. Así que se mete en el coche, pero el agente Okamba va hacia él a toda velocidad.

—Deja, Junior, yo me encargo...

Marien Ngouabi Jr. no le hace caso, ya no confía en nadie, enciende el motor, da marcha atrás, y es entonces cuando oye ¡pam! ¡pam! ¡pam! ¡pam! ¡pam! ¡pam!

Se baja del coche, va hacia la garita, pero todos los que trabajan en el Estado Mayor huyen, parece que nunca les hayan pagado y que su trabajo no consista en morir por el camarada presidente Marien Ngouabi. En la huida, algunos tiran el arma al suelo, otros el uniforme militar para que nadie sepa que están en el Ejército una vez que lleguen a la calle.

Marien Ngouabi Jr. quiere salvar a su papá, coge un pmak. Christopher Smith jura que si alguien dispara con eso es como en la guerra mundial.

Marien Ngouabi Jr. rodea la residencia, con el arma en la mano. Llega al terreno donde suele jugar al fútbol con sus hermanos y sus amigos. Y ahí ¡descubre tres cuerpos frente a él, tirados por el suelo! Hay uno que todavía no está muerto, Marien Ngouabi Jr. lo remata, ¡pam! ¡pam! ¡pam!...

Sigue avanzando con el arma en la mano. Busca a su papá, que no encuentra por ninguna parte, y eso que él conoce la residencia como la palma de su mano.

Vuelve adonde está el agente Ontsou, siempre con el arma en la mano, le pregunta dónde está su papá presidente.

Ontsou le dice:

—Tu padre está ahí...

Ontsou señala con el dedo hacia la escalinata de entrada de la residencia. De lejos Marien Ngouabi Jr. distingue un cuerpo cerca de los escalones. Se dice que será uno de los militares desconocidos que su padre ha tiroteado. Llega cerca del cuerpo, se agacha para examinarlo. Reconoce inmediatamente a su padre, que ya se ha marchado al país de los muertos, aunque nadie lo sabe todavía en todo el país, salvo los que lo han asesinado y que ahora han desaparecido en los barrios de Brazzaville, algunos estarán bebiéndose una cerveza bien tirada en alguno de los puestos de bebidas para celebrar su victoria.

Marien Ngouabi Jr. intenta levantar el cadáver de su papá pero, aunque el camarada presidente Marien Ngouabi era bajito, pesa mucho, parece que ahora haya tres o cuatro personas más dentro de su cuerpo.

Cuando Marien Ngouabi Jr. mira ese cadáver no puede creer que sea su papá, que media hora antes estaba comiendo con él. Se inclina un poco más: la boca y la mandíbula del camarada presidente Marien Ngouabi están destrozadas, hay dientes desperdigados entre una sangre muy roja, más roja que el color de la bandera de la Revolución socialista congoleña que él mismo creó...

La foto del camarada presidente

Papá Roger me pide que vaya a la tienda Según El Caso y, como siempre, le compre una botella de tinto y tabaco. La muerte del camarada presidente Marien Ngouabi y la muerte del tío Kimbouala-Nkaya no han cambiado su comportamiento.

En cuanto se ha despertado hoy domingo se ha sentado debajo del mango, yo me he unido a él, y lo único que hemos hecho ha sido escuchar la radio. Yo creía que iba a repasar de cabo a rabo la visita de ayer del Tito René y que nos trajo a los tíos Kinana y Moubéri. ¿Es porque no se debe hablar mucho de todo eso al aire libre debido a los espías que están por todas partes, como las hormigas, y que pueden ir contando a diestra y siniestra que somos familia del tío Kimbouala-Nkaya?

Según El Caso está vacía, dentro solo estamos Ma Moubobi y yo. Ella está tejiendo un jersey rojo demasiado pequeño para ella. Y luego me digo que no es para ella, que seguramente será para Olivier.

Detrás de Ma Moubobi cuelga todavía la foto del camarada presidente Marien Ngouabi. Ahora está un poco inclinada, y cuando la miro de cerca es como si nuestro líder de la Revolución estuviera muy triste porque sabe que pronto dejará de ser quien cuelga de la pared de la tienda, será otro, otro presidente que es uno de los once miembros del Comité Militar del Partido. Esta foto, por lo tanto, está viviendo sus últimos días, y se niega a que la quiten de ahí, prefiere mil veces caerse sola y no ver el momento en que será sustituida. Ma Moubobi también tendrá que cambiar su discurso, sobre todo el nombre del presidente, cuando advierta a los clientes que juran que pagarán más adelante.

—Más te vale pagar en la fecha que me has dado, el camarada presidente Marien Ngouabi que está aquí detrás de mí es testigo, y te está mirando... Míralo tú también antes de que te dé la mercancía.

Si dice lo mismo que antes, los clientes le responderán:

—¡Nos trae sin cuidado! El camarada presidente Marien Ngouabi ha muerto, ¡ya no está aquí para comprobar si hemos pagado o no!

Estoy segura de que cambiará el nombre del presidente, y espero por su bien que el nuevo nombre sea fácil de pronunciar porque cuando ayer oí al Tito René citar los nombres de algunos miembros del Comité Militar del Partido, como Joachim Yhombi-Opango o Denis SassouNguesso, me dije que no eran nombres fáciles de recordar y de pronunciar, como Marien Ngouabi. A decir verdad, los nombres más sencillos de retener dentro del Comité Militar del Partido son Pierre Anga, Nicolas Okongo, Pascal Bima y también Jean-Michel Ebaka. Ninguno de ellos será presidente de la República, no solo por la simplicidad de sus nombres, sino porque no dan miedo a nadie, solo están por las formas, como dice Papá Roger, porque los miembros más importantes son el coronel Joachim Yhombi-Opango y el comandante Denis SassouNguesso, el presidente y el vicepresidente del Comité Militar del Partido que ha jurado que hará

lo que sea con tal de castigar a los asesinos del camarada presidente Marien Ngouabi y también a sus cómplices. Sin embargo, de norte a sur y de este a oeste, y hasta en la radio de los americanos, todo el mundo sabe que no hay que irse muy lejos para buscar a los asesinos y los cómplices porque se han hecho con el poder y figuran entre los once miembros del Comité Militar del Partido.

—¡Eh, tú, hijo de Pauline Kengué! ¿Me oyes? ¿Otra vez andas soñando despierto, o qué? ¿Qué te pongo hoy? ¿Lo de siempre?

Ma Moubobi ha dejado de tejer, me mira directamente a los ojos. Parece que no haya pegado ojo desde anteayer a las 14.30. Sus ojos parecen dos glóbulos rojos inmensos, pero tengo que recordar que Mamá Pauline me tiene prohibido burlarme de la gordura porque algunas veces se debe a una enfermedad o a los malos espíritus envidiosos del dinero que gana alguien en su tienda.

—Sí, Ma Moubobi, lo mismo, pero hoy no hay recados de Mamá Pauline...

Guarda en una bolsa el vino de mi padre y el tabaco que se mete por la nariz.

—¡No pierdas las vueltas!

—No, Ma Moubobi...

Cuando estoy saliendo de la tienda la oigo murmurar detrás de mí:

—La gente es gilipollas, ¡ya no viene nadie a la tienda porque se creen que el toque de queda es también durante el día! Y yo ¿cómo me voy a ganar la vida, eh?

Los perturbadores

Hay soldados agarrados por encima y a los lados de los camiones grandotes que avanzan en fila india, con los faros encendidos. Normalmente solo se ven automóviles con las luces encendidas en pleno día durante los entierros, y suelen ser los coches fúnebres.

Así que me digo que estos camiones también son coches fúnebres, sobre todo porque son negros y muy nuevos y tienen una capota roja. Lo que hace huir a la gente es el ruido que sale del interior: hombres, mujeres y hasta niños que chillan de dolor cuando los militares les pegan, les dan órdenes como si se dirigieran a Mbua Mabé.

—¡Al suelo! ¡Al suelo! ¡Al suelo, he dicho!

A esas pobres gentes apiñadas en los camiones las llaman «perturbadores» o bien «lacayos locales del imperialismo». Es lo que pone en el periódico de hoy: *los perturbadores, los lacayos locales del imperialismo, serán detenidos, juzgados y encarcelados*. Pero todo el mundo ve que la mayoría de los camiones militares se dirigen al cementerio Mont-Kamba y no a la prisión de Pointe-Noire. Son direcciones opuestas, como la nuca y la nariz...

Ocurre que a veces los militares se dan cuenta de que han cometido un error con los perturbadores o los lacayos locales del imperialismo que tienen que capturar, pero es demasiado tarde, no pedirán perdón, ya les han pegado unos tiros en la cabeza, ya han pisoteado los dedos de los desdichados, y los camiones dan media vuelta, pasan de nuevo por delante de las parcelas de esa pobre gente a la que tiran como sacos de patatas antes de seguir su camino en busca de verdaderos perturbadores denunciados por sus vecinos.

Hay ahora una sección del Comité Militar del Partido en cada barriada. Uno puede ir a denunciar a los perturbadores o los lacayos locales del imperialismo y cobrar algo de dinero...

La tela negra

Desde que he salido de la tienda Según El Caso he visto pasar por lo menos veinticinco o treinta camiones militares.

En vez de volver corriendo a casa, tomo una calle que no tiene nombre, con las vueltas bien apretadas en el puño derecho y la bolsa en la mano izquierda.

Hay un nuevo tipo de comercio por todas partes: niños que venden por la calle telas negras para colocarse alrededor del brazo y demostrar que uno está de luto. Todo el mundo las lleva, y yo me digo que tengo que comprar una para estar tranquilo si un camión militar pasa por mi lado y ve que no respeto al camarada presidente Marien Ngouabi. La tela en cuestión cuesta veinticinco francos, lo mismo que el tabaco de Papá Roger. Si la compro, mi padre no se enfadará, al revés, se dirá que no he olvidado que yo era y sigo siendo una cigüeña de la Revolución socialista congoleña.

Hay tantísimos vendedores de telas negras que no sé a quién comprársela. Me paro delante de uno que va descalzo y tiene la tripa hinchada. Me da pena porque, viendo lo secos que tiene los labios, me imagino que lleva sin comer como mínimo desde anteayer a las 14:30. Para él es un gran beneficio que el camarada presidente Marien Ngouabi haya muerto, así puede hacer algo de dinero, comer, y quizá también comprarse unas zapatillas para dejar de andar descalzo. A pesar de mis buenos pensamientos, también me pregunto de dónde sacará las telas. En cualquier negocio, el comerciante compra la mercancía al por mayor para venderla al por menor, como hace Mamá Pauline con sus racimos de plátanos. Comprendo lo que pasa nada más ver a unos grandullones que vigilan a los niños a unos metros de distancia. Son los mismos grandullones que se las dan de peces gordos en los mercados de Pointe-Noire y que dan tirones a los bolsos de las mujeres en el puente de Voungou o de Comapon. Ellos son los proveedores, y los niños encanijados venden y se llevan un beneficio tan minúsculo como la caca de un gorrión. Además, como los grandullones lo ven todo desde donde están, si no compras su mercancía, te persiguen a cierta distancia y luego te dan de puñetazos en la cara como si fueses cómplice de los asesinos del camarada presidente Marien Ngouabi.

Le ofrezco una moneda de veinticinco francos al niño de la tripa hinchada. Mira la moneda y me dice:

—¡No, eso no lo cojo!

Los grandullones nos vigilan, tengo que comportarme con cuidado. Hablo con voz amable, sonrío también, así los grandullones pensarán que todo va bien y que los dos nos conocemos.

—¿Por qué no? Es una moneda muy bonita, y además no huele mal, como el dinero que se guardan las mujeres en el sostén, y...

—¡No, eso no lo cojo y punto!

—Hermano, que es una moneda de veinticinco francos, mírala y verás que...

—¡No, eso no lo cojo! ¡Yo no soy tu hermano! ¡Lo que vendo cuesta ahora cincuenta francos!

Quiere robarme a pesar de que en la pancarta que hay en el suelo pone que la tela negra cuesta veinticinco francos.

Lo dejo allí, me acerco a otro niño que tiene la tripa normal. Lleva una camisa con una sola manga, la otra ya no existe, solo hay unas marcas que muestran que quizá se la hayan arrancado en una pelea.

Le doy mi moneda de veinticinco francos.

—¡No, eso no lo cojo!

—Hermano, ¿por qué tú tampoco la coges?

—¡Yo no soy tu hermano! ¡Lo que vendo cuesta ahora sesenta francos!

—¡Pero si al principio costaba veinticinco! Luego cincuenta, ¿y ahora cuesta sesenta francos?

—Si te pones tonto conmigo, ¡te costará ciento y pico francos!

—¡Yo, Michel, hijo de Kengué Pauline y de Kimangou Roger, jamás compraré esa tela negra por cien francos o ciento y pico francos!

—Vale, muy bien, pues ve a decírselo a esos grandullones de ahí, que ellos te la venderán con unas tortas de regalo...

Vuelvo al niño de la tripa como un balón de rugby, mejor comprar la tela por cincuenta francos que por sesenta. Pero él también ha cambiado de opinión, me dice que vaya a comprársela a su amigo, el de la camisa rota por una pelea. Y cuando voy otra vez donde su amigo, ¡el precio ha subido a cien francos!

No me apetece seguir mareando la perdiz, compro y sigo mi camino. Los grandullones se ríen a lo lejos porque después de mí hay más gente comprando a veinticinco francos, y algunos hasta regatean y se van con su tela a cambio de quince francos solamente.

Me pongo mi tela negra alrededor del brazo y me digo que el camarada presidente Marien Ngouabi estará contento conmigo porque la he pagado más cara que nadie. Además, estará también muy contento conmigo porque, aunque la gente cree que ha muerto para siempre, yo me digo que está aprendiendo a volar *por encima de las cabezas de la gente como las cigüeñas blancas que son en realidad soldados rusos que se dejaron la vida en campos de batalla anegados de sangre...*

Barrio Mouyondzi

Para llegar al barrio Mouyondzi he cogido la calle que no tiene nombre. Si no tiene nombre no es por su culpa, es porque, como la mayoría de las calles de esa categoría, no está asfaltada, a nadie le importa, hay polvo por todas partes, y cuando los camiones pasan hay que taparse la nariz y cerrar la boca, de lo contrario te entra la suciedad directamente en los pulmones y te pones malo. Yo no podía cambiar de camino, si no, tardaría por lo menos una hora, y cuando calculo todo eso me alegro porque he ganado tiempo: desde la tienda de Ma Moubobi hasta aquí solo he tardado treinta minutos.

Aquí la gente tira la basura donde le da la gana, y por eso los perros de Pointe-Noire viven felices y se piensan que el país es suyo. Las primeras basuras que veo frente a mí forman una verdadera montaña, con niños y perros que se disputan los desechos. No queda lejos de la casa de mis compañeros del colegio: los hermanos Moubembé, Paul, el hermano mayor, y Placide, el hermano pequeño. Placide está en mi clase, y además tenemos la misma edad porque ni él ni yo hemos repetido en la escuela primaria, así que haremos lo posible para no repetir hasta el liceo, y por qué no, hasta la universidad.

Hay perros por todas partes. Son todos muy flacos a pesar de que comida podrida no falta. Yo también me meto en la basura, examino de cerca a todos los perros. Están tan concentrados comiendo que no me hacen ni caso.

Me he acercado demasiado: tres perros ladran creyendo que voy a quitarles el hueso que hace que se peleen entre ellos, aunque yo, Michel, no estoy aquí para meterme en esas riñas. Doy un paso atrás, luego dos, y me hago a un lado. ¿Qué ven mis ojos? Entre los tres perros malos hay uno que se parece una barbaridad a Mbua Mabé. Doy un paso adelante, luego dos para verlo bien. ¡Dios mío! ¡Es él! ¡Está ahí! ¡Es él! ¡Está todo negro y encanijado! ¡Es Mbua Mabé! ¡No puedo estar equivocado! ¡Cómo me alegro! Tengo ganas de gritar tres veces, como en la iglesia de San Juan Bosco: ¡Gracias, Señor! ¡Gracias, Señor! ¡Gracias, Señor!

Dejo la bolsa encima de un montón de desperdicios, me dirijo a mi perro, pero los otros dos ladran porque creen que voy a disminuir la cantidad de su comida.

Avanzo y grito muy alto:

—¡Mbua Mabé! ¡Mbua Mabé! ¡Mbua Mabé!

En el momento en que estoy a solo dos metros de él, me enseña sus dientes afilados, se le eriza el pelaje, y se prepara para abalanzarse sobre mí como si yo fuera su enemigo en la guerra de Biafra.

¡No! ¡No! ¡No! Me doy cuenta enseguida de que no es mi perro, de que no es Mbua Mabé. Además, este no es negro entero como yo pensaba al verlo de lejos. Tiene pelos marrones en las patas y lleva una cadenita alrededor del cuello.

Echo a correr, pero oigo que el perro me persigue. Miro detrás de mí: se ha parado delante de la bolsa que he olvidado coger. La revuelve con las garras, con el hocico, y la rompe. Se queda chafado por lo que descubre y, como resulta imposible comerse una botella de vino tinto, la emprende con el tabaco de Papá Roger y lo tritura como si fuese un hueso normal y corriente.

Por desgracia para él, el tabaco es para seres humanos, y se pone a estornudar. Es la primera vez que constato que los perros también estornudan. Cuanto más estornuda, más perros lo rodean y ladran como si le preguntaran: «Pero ¿qué te pasa? ¿Quién te ha hecho esto? ¡Dínoslo, que se va a enterar!».

Yo no puedo irme así como así y dejar el vino de mi padre en medio de esos animales. Si alguien pasa se pondrá muy contento de cogerlo y bebérselo gratis, porque todo lo que está en la basura pertenece a quien se lo encuentra. Así que cojo varias piedras y se las tiro a los perros. Ellos se dispersan, pero vuelven a congregarse alrededor de la bolsa nada más esquivar la piedra. Me digo que tengo que ir a casa de Paul y Placide Moubembé, ellos me ayudarán, y echo a correr como un loco...

Cuando llego a la parcela de los Moubembé, me encuentro a Placide leyendo las aventuras de Tarzán, como siempre. Me cuenta que su hermano mayor se ha ido al centro con su padre, que tiene que comprarle unos zapatos Salamander.

Le explico mi desgracia con los perros, y él me toma el pelo:

—¿De verdad te dan miedo esos perros? ¡Ja, ja, ja! ¡Anda, vamos, ya verás cómo se asustan nada más verme, a mí, Placide Moubembé!

Somos amigos desde la escuela primaria, y me gusta cómo demuestra a veces su valentía. Aunque es bajito, un puñetazo suyo te deja medio muerto porque, como él dice a menudo, no es el tamaño lo que da la fuerza sino la concentración en el momento de golpear. Ha soñado muchas veces con ser Tarzán, yo sé que es imposible porque cada vez que intenta colgarse de un árbol se cae y, para curarse, tiene que utilizar grasa de boa. Cuando se cae yo no puedo reírme mucho, si no, no me presta más sus aventuras de Tarzán. Placide también soñaba con ser adoptado por esos orangutanes que casi parecen seres humanos, y quería vivir con ellos, como Tarzán. No soporta que en la mayoría de las películas que vemos en los cines Rex y Duo hagan hablar a Tarzán como si fuera un salvaje, cuando hay más salvajes entre los hombres que entre los orangutanes. De hecho, los orangutanes en cuestión son buenos porque acogieron a Tarzán cuando murieron sus padres, que estaban con él en nuestra selva africana...

Aquí estoy, con Placide, delante del basurero del que me fui hace un momento. Los perros siguen rodeando la botella de vino de Papá Roger. Placide coge un palo y se acerca a ellos. En cuanto lo ven llegar, agachan el hocico para demostrarle respeto, y se alejan uno detrás de otro.

Placide está muy orgulloso, recoge la botella de vino tinto.

—Toma, la próxima vez no provoques a los perros. A mí me conocen bien porque saben que me gustan los animales...

Le explico que estoy buscando a Mbua Mabé, que desapareció nada más oír en nuestra radio Grundig:

El imperialismo desesperado, en una última sacudida y mediante un comando suicida, ha atentado cobardemente contra el dinámico líder de la Revolución congoleña, el camarada Marien Ngouabi, que perdió la vida en combate, con el arma en la mano, el viernes 18 de marzo de 1977, a las 14.30...

Me para en seco.

—¡Deja de recitar eso! ¡Y no vuelvas a pronunciar el nombre del camarada presidente Marien Ngouabi en la calle! ¿Quieres que te detenga la policía, o qué? ¿No te has enterado de que incluso han matado a un capitán que se llama Kimbouala-Nkaya y que es de la etnia de tu madre, eh?

Entonces, sin pensar, le respondo con orgullo:

—¡Pues claro que me he enterado, porque Kimbouala-Nkaya era mi tío! Lo han matado los nortños, pero se ha transformado en cigüeña, y yo sé que las cigüeñas son inmortales...

—¡Ja, ja, ja! ¡Tú no cambiarás nunca! ¿KimboualaNkaya era tío tuyo?

—¡Te lo juro! Y otros dos tíos que yo no conocía han venido desde Brazzaville, huyendo de la ciudad, y...

—¡Basta ya, por favor!

—¿Por qué no me crees, si yo...?

—¡Porque me tomas por tonto, Michel! ¡El capitán Kimbouala-Nkaya no es tío tuyo, si no, los militares ya habrían detenido a tus padres para matarlos a ellos también! Todo eso solo pasa en tu cabeza, como siempre. ¡Sueñas demasiado, Michel! ¡Tienes un problema! ¡Y los cuentos esos de las cigüeñas solo existen en las canciones soviéticas que cantábamos en la escuela primaria!

Yo me digo: ¿Por qué he tenido que revelarle que el capitán Kimbouala-Nkaya es mi tío, si el Tito René nos pidió que fuéramos discretos?

Cambio rápidamente de tema para borrar mi estupidez y evitar que me haga demasiadas preguntas sobre mi tío.

—Placide, mi perro, Mbua Mabé, tú lo conoces...

—¿Es uno de esos que están ahí?

—No, desapareció en cuanto se enteró de la noticia del asesinato del camarada presidente Marien...

—¡Que no pronuncies el nombre del camarada presidente Marien Ngouabi en la calle!

—Digo que mi perro ha desaparecido, y lo estoy buscando por todas partes porque...

—¡Pues aquí no busques a tu perro! Los perros son como nosotros, se mueven por su barrio. Si vienen aquí, ¡los otros se pelean con ellos y los hieren hasta la muerte! Así que mejor búscalo por tu barriada, en los basureros del río Tchinouka, por ejemplo...

Como se da cuenta de que no me creo lo que dice, añade:

—Tú tienes otro problema que te bloquea el corazón, Michel, se te nota...

—No, estoy bien, te lo juro, Placide.

—¡No estás bien, te conozco!

Entonces le digo la verdad:

—Es que creo que Papá Roger me va a regañar. He perdido las vueltas...

—¿Qué? ¿Cómo las has perdido?

Le enseño el brazo.

—He cogido cien francos para comprar esta tela negra que llevo, y uno de esos perros que te tienen miedo se ha comido su tabaco...

Placide me mira de los pies a la cabeza.

—¿Cuándo vas a cambiar? ¿Cuánto te había dado tu padre?

—Un billete de cinco mil francos cfa que estaba limpio y nada arrugado...

Se saca del bolsillo un billete de cinco mil francos cfa, pero está sucio y arrugado.

—Toma, ya me lo devolverás cuando puedas...

—¿De dónde lo has sacado?

—Le he vendido mis aventuras de Tarzán al viejo que tiene la librería en el suelo, delante del cine Rex...

—Ah, no, no puedo aceptar este dinero y...

—¿Prefieres que te regañe Papá Roger? Primero pierdes su tabaco, luego usas su dinero sin pedirle permiso, y luego encima pierdes las vueltas. Eso es mucho, Michel...

Me quita la botella de vino de las manos.

—Yo te guardo esto, tú ve a comprar otra con el dinero que te acabo de dar, así te darán las mismas vueltas y tu padre no se dará cuenta de nada. ¡Y deja de hacerte el gallito contando que el capitán Kimbouala-Nkaya era tu tío y que se ha transformado en cigüeña blanca! ¡Podrían detener a tus padres solo por esas mentiras que normalmente salen de la boca de los perturbadores!...

El billete sucio

Ma Moubobi se sorprende de volver a verme entrar en su negocio.

—¿Otra vez el hijo de Kengué Pauline? ¿No te he dado bien las vueltas?

Le digo que se me había olvidado que mi padre quería dos paquetes de tabaco y dos botellas de vino.

Le doy el billete de cinco mil francos cfa y ella lo mira con cara de tener muchas dudas o de creer que estoy tendiéndole una trampa.

—Y ¿por qué traes otro billete cuando ya tenías el cambio que te he dado antes y con eso bastaba para pagarme ahora? Además, ¡tu padre siempre maneja billetes nuevos!

Sin pensarlo mucho, respondo:

—Sí, pero ha preferido darme ese billete porque está muy sucio, no lo quería, y...

—¿Cómo? ¿Qué me estás diciendo, niño? ¿Conque Roger piensa que mi tienda es sitio para pagar con billetes así de sucios?

Deja de cualquier manera la botella de vino y el paquete de tabaco encima del mostrador.

—¡Pues le dices a tu padre que la tienda de Ma Moubobi no es como los basureros donde van los perros de Pointe-Noire! Y si no se lo dices tú, ¡iré yo misma a vuestra casa a decírselo!...

La respuesta es no

Mamá Pauline está barriendo el patio. Lleva un pañuelo negro en la cabeza. Al final ha decidido estar de luto a pesar de que el Tito René y Papá Roger no quieren porque correríamos el riesgo de que nos interrogaran por el barrio y de meternos en un lío cuando la gente se enterase de que somos de la misma familia que el capitán Kimbouala-Nkaya. Pero, por otro lado, no se puede decir que llevar un pañuelo negro sea vestir luto porque para eso hay que ir de negro de la cabeza a los pies y dejarse la cabeza como una bola de billar. Sin embargo, Mamá Pauline se ha puesto un pareo con dibujos de pájaros en bandadas con plumas de todos los colores. Esos pájaros no son cigüeñas blancas, sino de esas golondrinas que se ven por todas partes y que anidan en los tejados de los edificios del colegio de las Tres Gloriosas. Me sabe un poco mal que los pájaros del pareo de mi madre no sean cigüeñas blancas, las golondrinas son unas parlanchinas que no saben volar con elegancia. Se pasan la vida soltando sus excrementos sobre la ropa de la gente, que tiene que lavarla enseguida con jabón Monganga, si no, las manchas se quedan para siempre. Muchos pontenegrinos creen que trae suerte que una golondrina te eche sus excrementos sobre la cabeza, y van corriendo a la Lotería Nacional Congoleña para jugar y ganar millones. Por eso hay imbéciles que se apostan debajo de los nidos de golondrina a esperar que les caguen encima, aunque a veces ellas no tienen ganas de hacer sus necesidades y solo juegan entre ellas, sobre todo los bebés, que todavía no saben volar ni parlotear. La suerte no se puede forzar, es un feliz accidente, el único accidente que todos nos deseamos...

Por la cara que tiene Mamá Pauline, estoy seguro de que no ha hablado con Papá Roger desde esta mañana y de que está de mal humor debido a la pelea de la noche anterior por el asunto de afeitarse la cabeza. Mi padre sabe que no hay que insistirle en que hable porque lo que saldrá de su boca será más peligroso que el veneno de una víbora. Y si se enfada, el día entero se habrá fastidiado en casa: puede que no comamos nada, como la última vez, aunque en el último momento nos salvó la mala noticia de la muerte del camarada presidente Marien Ngouabi, la llegada del Tito René y los tíos Kinana y Moubéri. Cuando digo que nos salvó es una forma de hablar porque en verdad había un buen lote de malas noticias en el maletín del Tito René...

Me reúno con Papá Roger debajo del mango. No ve que he dejado su botella de vino justo al lado. Escucho con él lo que cuenta La Voz de la Revolución Congoleña. Esta emisora está siempre fuera de lugar: en vez de hablar largo y tendido de la muerte del camarada presidente Marien Ngouabi y decir también algo sobre el capitán Kimbouala-Nkaya, anuncia las noticias del extranjero. Dice que en Francia acaba de salir elegido un nuevo alcalde de la ciudad de París, y que el señor en cuestión se llama Jacques Chirac. Al parecer es un hombre bueno, inteligente, y fue gracias a él que el actual presidente de los franceses, Valéry Giscard d'Estaing, llegó a ser presidente. Para darle las gracias, este presidente lo había puesto de primer ministro en 1974. Pero el tal Chirac solo fue primer ministro dos años porque tenía sus propios planes, como todas las personas inteligentes de su categoría.

La Voz de la Revolución Congoleña dice que el tal Jacques Chirac es un mago de la política y que es capaz de hacer fracasar en las elecciones a los otros candidatos. No sé dónde van a buscar nuestros periodistas secretos de ese calibre. Dicen también que cuando el Tito Pompidou murió hace tres años se armó un buen follón en Francia. Se sabía de su enfermedad, pero la gente pensaba que al menos llegaría hasta el final de su mandato. Pero no, se murió, y hubo que poner a otro presidente. En principio había que apoyar al primer ministro, en este caso Pierre Messmer, para que sustituyera al difunto Tito Pompidou, pero el tal Jacques Chirac, con su inteligencia que La Voz de la Revolución Congoleña alaba desde hace media hora, se puso de parte de Valéry Giscard d'Estaing, el ministro de finanzas, que tenía muchas ganas de ser presidente. Así que, gracias al tal Jacques Chirac, los franceses tienen hoy de presidente a Valéry Giscard d'Estaing. Pero ojo, porque el tal Jacques Chirac ha hecho muchas cosas buenas, y los franceses disfrutaban todavía de ellas sin darle las gracias, continúa La Voz de la Revolución Congoleña. Al parecer, gracias a él, los parados tienen un sitio donde apuntarse para buscar trabajo: la Agencia Nacional para el Empleo. De eso aquí no hay, como si no tuviéramos parados nosotros también...

Cuando escucho todo esto, me pregunto por qué alguien que ha sido primer ministro se emociona por ser ahora alcalde de París cuando el puesto de primer ministro es mucho más importante que el de alcalde de una ciudad. Me pregunto una y otra vez por qué nuestra radio nacional da esas noticias alegres sin pronunciar ni una sola vez el nombre del capitán Kimbouala-Nkaya, que amaba nuestro país y al que han acribillado sin motivo. En el Congo estamos tristes, mientras que los parisinos están tranquilos y contentos este domingo 20 de marzo de 1977 en el que han elegido alcalde a Jacques Chirac sin pelearse, sin sacar los camiones militares a la calle, sin tener que decirle al pueblo que hay toque de queda, que está prohibido formar grupos de más de tres personas al aire libre entre las siete de la tarde y las siete de la mañana.

Hay muchos como yo que no sabían que los alcaldes se elegían. En nuestro país es el presidente quien los elige, y luego nos manda ir a votar si no queremos meternos en problemas gordos. Y si te haces el listillo pensando que no vas a ir a votar a los alcaldes que ha elegido el presidente, los militares que vigilan el voto te esposan y te llevan al calabozo donde te atizan con un cable de Motobécane AV42.

—Michel, no hables con tu madre mientras ella no te dirija la palabra. —Me dice Papá Roger, interrumpiendo mis pensamientos.

Miro una vez más a mi madre: ahora está barriendo cerca de la cocina y nos da la espalda. La gente que pasa por la calle la saluda, ella hace un leve movimiento de cabeza para saludar también.

—Me beberé el vino un poco más tarde, ve a guardarlo a la despensa.

Doy dos pasos hacia la casa y, al tercer paso, Mamá Pauline me ve. Abandona la escoba, viene hacia mí, y entramos juntos en el salón.

—¿Qué te decía tu padre hace un momento?

—Eh... nada.

—¿Te ha hablado de tu tío Kimbouala-Nkaya? Dime la verdad...

No entiendo adónde quiere llegar, así que le respondo:

—No, mamá, estábamos escuchando la radio...

—¡Y la radio hablaba por fin de mi hermano, el capitán Kimbouala-Nkaya! ¿Es eso?

—No, hablaba de Jacques Chirac...

—¿Y ese quién es? ¿Lo han asesinado como a tu tío?

—Es un blanco, un francés que acaba de salir elegido alcalde de la ciudad de París.

—¿Y ya está?

—Al parecer es capaz de cualquier cosa con tal de que elijan a alguien como presidente de la República. Además, es el inventor de la oficina donde los parados se apuntan para buscar trabajo, la Agencia Nacional para el Empleo, y...

—¡No me lo puedo creer! ¡Como si no hubiera cosas importantes que comentar en este país! ¡Roger está muy raro últimamente!

—No lo ha dicho él, ha sido La Voz de la Revolución Congoleña.

—¡Pues es mentira, Michel! ¡Están mintiendo! ¡Te juro que el Jacques Chirac ese no existe! ¡Nadie puede llamarse Jacques Chirac, es un nombre que se han inventado para no hablar del asesinato de mi hermano Kimbouala-Nkaya! ¡Pero las cosas no van a quedar así!

Baja la voz.

—Mañana, tu padre dormirá en casa de su primera mujer, se irá por la mañana temprano a trabajar, y en cuanto él se vaya me acompañarás al Gran Mercado, hay una mujer que lleva meses y meses sin pagarme y...

—La comerciante del norte...

—¿Tú cómo sabes eso? ¿Nos escuchaste anoche?

Agacho la cabeza.

—¡Mírame cuando te hablo! Eres ya más alto que yo, pero te comportas como un cobarde. Quiero que mañana, cuando lleguemos al mercado y estemos delante de la norteña esa, ¡pongas cara de malo! Tiene que tenerte miedo. Intenta poner cara de malo para que yo vea si te sale bien...

Arrugo el ceño, aprieto los labios y me vuelvo muy malo. Mamá Pauline da un paso atrás y me evalúa.

—Más o menos, pero tienes que apretar mucho los labios y los dientes, ¡se te tiene que poner la mandíbula dura!

Aprieto aún más los labios y los dientes.

—¡Eso es!

—¿Y si sale mal?

—¿Cómo? ¿Tienes miedo? ¿Acaso tu tío, al que han asesinado, tendría miedo, eh? Estoy segura de que, cuando fueron a su casa a llevárselo, él sacó la pistola y disparó, pero como los otros eran más, el capitán no pudo matarlos a todos. La mujer que me debe dinero se llama Antoinette Ebaka y...

—Es la líder de la Unión Revolucionaria de las Mujeres del Congo en el mercado...

—¡Pues sí que nos escuchaste a hurtadillas! A mí me da lo mismo que sea miembro de la Unión Revolucionaria de las Mujeres del Congo, ¡quiero mi dinero, no voy a aceptar que me diga que vuelva el mes que viene cuando los suyos acaban de matar a mi hermano! ¡Tiene que pagarme!

Hay ruido delante de la puerta, los dos nos volvemos: es Papá Roger entrando en la casa.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Conspirando contra mí?

—¡Estoy hablando con Michel! ¿O eso también lo prohíbe ahora el Comité Militar del Partido que ha asesinado a mi hermano, eh?

Antes de dar media vuelta, mi padre dice:

—Pauline, no soy tonto... Ten cuidado, que esto puede traer problemas a la familia. Antoinette Ebaka no ha matado al capitán Kimbouala-Nkaya...

Mi madre grita, aunque Papá Roger ya está fuera otra vez.

—¡Sí, pero lo mataron sus hermanos del norte, así que es lo mismo!

Mamá Pauline también sale y agarra de nuevo la escoba. Yo vuelvo con mi padre para preguntarle si puedo salir un momento.

—¿Te manda tu madre a hacer un recado?

—No, es que...

—Quieres hablarme de Mbua Mabé, ¿no?

—Pues...

—Michel, ese perro seguramente esté muerto a estas alturas. Además, ¿te crees que soy tonto? Has tardado mucho en ir a comprarme el vino y el tabaco, ya sé que te has desviado, que ya has ido a buscar al perro. Si no lo has encontrado, ¿por qué crees que esta vez sí lo encontrarás? La respuesta es no. No quiero volver a oír hablar de Mbua Mabé...

No respondo, pero parece que mi padre se compadece de mí.

—Bueno, puedes ir, pero habla primero con Pauline, porque no me apetece que me dé la lata con este asunto...

Me acerco a Mamá Pauline, que ni siquiera se vuelve para decirme:

—Lo he oído todo, y la respuesta es no...

La cólera de Ma Moubobi

Ma Moubobi llevaba mucho tiempo sin pisar nuestra casa, tal vez cuatro o cinco meses, desde que vino a preguntarle a Mamá Pauline el nombre de la chica que le había hecho sus bonitas trenzas. Mi madre le había explicado que había sido Célestine, la hija de una de sus amigas comerciantes del Gran Mercado. Célestine es la mejor trenzadora de Pointe-Noire, las hijas y las mamás la persiguen, está tan desbordada que hay que pedirle cita con tres semanas o un mes de antelación. Pero Mamá Pauline no tiene que preocuparse por las citas porque la madre de Célestine, Ma Kilondo, le dice directamente a su hija:

—¡A Pauline no la hagas esperar, que deja de guardarme los mejores racimos de plátanos para mi puesto!

Así que, cuando Mamá Pauline lo decide, Célestine cambia todas sus citas y se presenta en nuestra casa, desde por la mañana hasta por la noche se dedica al pelo de mi madre. Mamá Pauline prepara un buen plato que a la chica le gusta mucho: espinacas con aceite de palma, pescado en salazón y manteca de cacahuete. Por la noche, le paga el precio del peinado y le da también dinero para el taxi. Aprendió el oficio de las africanas del oeste, que son las más expertas en materia de trenzas complicadas. Tiene los dedos muy finos, y cuando los mueve parecen las patas de una araña, van muy rápido, dan saltitos, tiran, trazan círculos, van agarrando pelo para hacer los nudos, y al final el resultado es increíble, ¡parece magia! Cuando Célestine le hace las trenzas a una mujer, aunque la mujer sea muy fea de cara, de pronto se vuelve tan guapa como la sirena Mammi Wata que vive en los ríos de nuestras aldeas con su cabellera de oro y su cola de pez. Una mujer bien trenzada por Célestine puede dormir tranquila: los hombres se darán la vuelta por la calle, la invitarán a beber en un bar, y luego a ir a otro sitio muy escondido para hacer cosas que no voy a describir aquí porque si no van a volver a decir que yo, Michel, soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta.

En fin, que Ma Moubobi pudo tener las mismas trenzas que Mamá Pauline hace unos meses. Por desgracia solo le duraron dos días porque a la pobre le dolía todo y se quejaba de que le picaban. Unas chicas habían pasado la noche entera deshaciéndole las trenzas y criticando el trabajo de Célestine, y cuando fui a su tienda me la encontré con un peinado afro tan inmenso que los gorriones podrían haber hecho sus nidos dentro pensando que su cabeza era una palmera...

Me preocupa ver a Ma Moubobi en nuestra casa porque me acuerdo de que la he enfadado al decirle la estupidez de que mi padre quería desprenderse en su tienda de un billete muy sucio. No ha esperado ni un día para solucionar el problema. Se acerca al mango, con el ceño fruncido. Por respeto, Papá Roger apaga la radio, que estaba sintonizada en La Voz de la Revolución Congoleña. De todos modos ya quería apagarla porque seguían sin hablar del capitán Kimbouala-Nkaya, ahora estaban informando de que una gente había colocado explosivos en una gasolinera en Francia. Eso pasa en Córcega, que según nuestros periodistas es una isla cuyos habitantes no se andan con tonterías porque no quieren ser franceses sino corsos, y están todo el rato incordiando al presidente Valéry Giscard d'Estaing, el mismo que salió elegido presidente

gracias al tal Jacques Chirac que este domingo se ha convertido en alcalde de París. Por suerte no ha habido muertos por culpa de los explosivos de los corsos, si no nuestra radio no haría más que hablar de eso hasta el funeral del camarada presidente Marien Ngouabi y al final ya no sabríamos por quién estamos de luto. Pero no solo por eso se había enfadado Papá Roger, había más problemas, también en Francia, en una ciudad que se llama Rennes en la que unos individuos llamados bretones han destruido unos edificios del Estado poniendo bombas ellos también, ¡bum! ¡bum! ¡bum! Así que los responsables de ese follón no son los corsos porque Rennes queda muy lejos de su isla, y no se entiende qué sentido tendría que pusieran sus explosivos allá lejos, donde unos individuos llamados bretones han heredado la cabezonería de sus antepasados, a los que les gustaba guerrear mañana, tarde y noche, como si fuesen africanos. Pero el pueblo corso y el pueblo bretón se enfadan por los mismos motivos: quieren su propio país, no quieren ser regiones de Francia y que los obliguen a hablar francés, que tiene demasiadas reglas, y a descuidar las lenguas de su etnia que, como explican los periodistas, acabarán por desaparecer si nadie las protege. Los bretones maquinaron ese golpe, y los cabecillas están tan contentos de lo que han hecho que quieren que se sepa en el mundo entero. Por eso han enviado inmediatamente la información, si no en otras regiones de Francia podrían robarles la victoria...

A decir verdad, mi padre ha empezado a bajar el volumen de la radio cuando ha oído que nuestros periodistas ya no tenían nada que decir y empezaban a contar todas las desgracias que ocurrieron ayer, sobre todo lo que les pasó a nuestros hermanos de la Rumanía del camarada presidente Nicolae Ceausescu. Según La Voz de la Revolución Congoleña, ahora se sabe el número de personas que murió allí hace dos semanas por un terremoto. Son más de mil quinientas, pero no hay que olvidar a los once mil heridos y a los miles de personas que ya no tienen un sitio donde dormir...

Cuando veo la cara que trae Ma Moubobi, sé de antemano que no está nada contenta y que hoy las cosas van a ponerse feas para mí. Solo saluda a Papá Roger, se sienta donde estaba sentado yo porque, por respeto, tengo que cederle mi sitio.

Le pregunta a mi padre, mirando a derecha e izquierda:

—¿Dónde está Pauline?

La cabeza de mi padre oscila también a derecha e izquierda, parece que Mamá Pauline se haya escondido.

—Estará en la cocina, ¿quieres que vaya a buscarla?

Ma Moubobi se vuelve hacia mí.

—¡Te corresponde a ti ir a buscarla, Michel, no a tu padre! ¿Qué son estos modales de hijo único mimado y echado a perder?

Me dirijo a la cocina, echo un vistazo sin entrar: mi madre no está en el interior. Me meto en la casa y, como no veo a Mamá Pauline en el salón, entro en su dormitorio: está llorando en un rincón con una vela encendida y una vieja foto del capitán Kimbouala-Nkaya. Desde donde estoy distingo bien la imagen gracias a la luz de la candela. Mi tío lleva el uniforme militar, pero no el de la guerra, porque los militares nunca luchan con la corbata puesta, la guerra no se hace para demostrarle al enemigo que vestimos mejor que él. El capitán lleva una camisa blanca, guantes también blancos, galones en los hombros e insignias por todas partes, a ambos lados del pecho. Gira la cabeza hacia la derecha, un poco como en la foto del camarada presidente Marien Ngouabi, donde también la mirada se dirige a la derecha, pero a diferencia de nuestro líder de la

Revolución, que lleva gorra, la cabeza del capitán queda al descubierto, tiene el pelo corto, un bigotito, y sonríe como si alguien estuviera distrayéndolo mientras lo fotografían. Seguramente Mamá Pauline habrá sacado la foto de su baúl, donde esconde sus telas wax, que son muy caras, sus joyas, los documentos importantes como las partidas de nacimiento, los papeles que demuestran que ella es la propietaria de nuestra parcela, los documentos de identidad o mis boletines de notas desde que estaba en la escuela primaria.

Como me late el corazón muy fuerte por culpa de la emoción de verla en ese estado, Mamá Pauline oye mi respiración y se vuelve.

—¿Qué haces aquí, eh? ¿No ves que estoy muy ocupada? ¿No podías llamar antes de entrar?

Le explico que Ma Moubobi está fuera y quiere verla enseguida.

—¿Verme enseguida, a mí? Si es otra vez para que le pida a Célestine que le haga las trenzas, ¡le dices que estoy durmiendo y que ya me pasará yo por la tienda!

—Vale, le digo eso...

Doy un paso, luego otro, pero mi madre me para.

—No, espera, voy a ver qué quiere...

Cuando llegamos al salón, se para, se mira en el espejo que hay encima del armario, se moja los dedos con saliva y elimina las huellas del llanto. Se ata bien el pareo a la cintura, también se arregla la parte de arriba y el pañuelo negro que le cubre toda la cabeza.

Salimos de la casa, yo delante, mi madre detrás...

Ma Moubobi habla con Papá Roger debajo del mango y, en cuanto ve a mi madre se calla, la mira con cara de pena y dice:

—Pauline, he cerrado corriendo la tienda para venir a verte, y estaba diciéndole a Roger que un cliente acaba de decirme que el famoso capitán que ha sido asesinado en Brazzaville es tu hermano... ¿Es verdad? ¿Por eso llevas el pañuelo negro?

Mi madre mira primero a mi padre, que agacha la cabeza. Luego me mira a mí, yo también agacho la cabeza, y responde:

—No, no es mi hermano...

Papá Roger y yo levantamos la cabeza y miramos a Mamá Pauline a los ojos. Ella nos evita. Pero Ma Moubobi no se queda satisfecha.

—Entonces lo que me acaban de contar ¿es mentira?

—No hagas caso, la gente habla de todo, solo para incordiar...

Ma Moubobi se alegra de oír eso, pero como todavía parece dudar, Mamá Pauline cambia de tema para distraerla.

—¿Cómo está nuestro pequeño Olivier Moubobi? ¿Aprende el oficio de revisor de autobús?

En cuanto le hablan de su hijo, Ma Moubobi se transforma en otra persona, se pone feliz y es capaz de regalarte toda la mercancía de su tienda.

—Ay, mi Olivier, mi tesorito. Qué detalle que me preguntes por él, Pauline... ¡Mira que es inteligente! Ha metido mucho dinero en la caja de su patrón, el mes que viene lo nombrarán jefe de todos los revisores de autobús que trabajan para ese señor. Y eso no es todo: hasta se ha echado novia...

—¡Qué buena noticia!

—¡Ya lo creo, Pauline! Estoy salvada... Bueno, está muy canija, eso no me gusta, pero ¡mi niño ha elegido bien! ¡Ha apuntado muy alto!

—¿Y eso?

—Pues porque la que puede llegar a ser mi nuera, Rosalie, no es cualquiera...

—¿Ya has conocido a los padres de la tal Rosalie?

—¡Claro que sí! Padre no tiene, y mejor así, porque mi Olivier también tiene al padre desaparecido. En cambio, agárrate, Pauline, la madre de Rosalie es una mujer extraordinaria; tú la conoces, se llama Antoinette Ebaka, y es la líder de la sección del Gran Mercado de la Unión Revolucionaria de las Mujeres del Congo...

Mi madre, mi padre y yo nos miramos. Mamá Pauline vuelve a adoptar el aire sereno de quien está diciendo la verdad.

—No, no conozco a esa mujer...

—Vende plátanos en el Gran Mercado, cómo no la vas a conocer, ¡si conoces a todas las comerciantes, y todas las comerciantes te conocen! Me ha hablado de ti y...

—¡Te digo que no la conozco! Lo mismo le compra los racimos de plátanos a otra gente...

—¿Tú crees? Bueno, da igual, si un día de estos se pasa por mi tienda me la traigo para acá y te la presento.

—Por qué no, Ma Moubobi...

—¡Te juro que tienes que conocerla! Además, tiene otra hija que se llama Elikia, es gemela de Rosalie, así que tu pequeño Michel podría ver si...

—Michel tiene que entrar en el liceo Karl-Marx antes de preocuparse por esas cosas. Primero tiene que terminar sus estudios, y si Dios quiere ir a Europa para estudiar un poco más. Los jóvenes de hoy en día empiezan muy pronto con las mujeres y, si no nos andamos con cuidado, abandonan los estudios, se ponen a hacer hijos y se meten a criminales en los mercados...

A Ma Moubobi le cambia la cara. Cree que Mamá Pauline está hablando de Olivier.

—¿Me estás atacando, Pauline? ¿Estás intentando decirme que mi Olivier abandonó los estudios porque quiso, eh? ¡Fue por culpa de los otros, que lo fastidiaban! Además, ¡mi Olivier trabaja, y trabaja muy bien! ¿Te crees que la mayoría de los chavales que van al colegio de las Tres Gloriosas o al liceo Karl-Marx van a encontrar trabajo en este país, eh?

Papá Roger interviene:

—Ma Moubobi, Pauline no lo dice por ti, habla en general, quiero decir que solo quería darte a entender que...

—¿Estoy hablando contigo o con tu mujer, Roger? ¡Yo no soy tonta! ¡Sé cuándo me atacan con disimulo, que es lo que acaba de hacer Pauline! A ver, explícame por qué, cuando tienes que deshacerte de un sucio billete de cinco mil francos, se lo das a tu hijo para que venga a comprar dos veces lo mismo a mi negocio, ¿eh? ¡Es una falta de respeto, Roger! ¡Eso no lo harías en el centro, en una tienda de blancos! ¿Te crees que mi tienda es sitio para pagar con un billete lleno de mugre?

Papá Roger está sorprendido.

—Espera, pero ¿qué es eso del billete sucio?

Mamá Pauline también se extraña.

—¿Un billete sucio? ¿De qué hablas? ¡Nos estás buscando las cosquillas por nada!

Ma Moubobi me señala con el dedo.

—¡Pues que vuestro hijo ha venido hoy a mi tienda con un billete sucísimo, y me ha dicho que tú, Roger, le has dado el billete para que lo use en mi negocio porque estaba muy sucio y ya no lo querías!

Papá Roger la tranquiliza.

—Ma Moubobi, vamos a solucionar esto con él porque recuerdo perfectamente haberle dado un billete muy limpio.

Ma Moubobi se hurga en el sostén y saca un billete.

—¡Este es el billete en cuestión, que lo he guardado! ¿Veis lo sucio que está, eh? ¡Os lo devuelvo porque en mi casa no quiero una cosa tan apestosa y que trae mala suerte!

Mamá Pauline no está de acuerdo.

—Mira, Ma Moubobi, ¡si has venido para esto, ya te puedes ir volviendo a tu tienda!

—¿Me estás echando?

—¡Sí, te estoy echando de mi casa! Primero vienes a hablarme de mi hermano asesinado, perdón, digo, de ese capitán asesinado que yo no conozco, ¿y ahora saltas con esta historia del billete sucio? Aunque esté sucio, ¿acaso lo que se compre con él estará sucio también, eh? Y si está tan sucio, ¿por qué te lo has guardado en el sostén, eh?

—¡Me voy!

Tira el billete sucio al suelo y se dirige a la salida de la parcela, donde la oímos chillar:

—¡Mi tienda no es un basurero! ¡No quiero que ninguno de vosotros vuelva a pisarla! ¡Pobre gente!

En cuanto Ma Moubobi se pierde de vista, Mamá Pauline y Papá Roger empiezan a atacarme. Demasiadas preguntas, y yo no sé cómo salir de esta.

—¿Es verdad lo del billete? —me pregunta Mamá Pauline.

—Si es verdad, entonces estamos hablando de una falta grave, hijo mío, ¡tendrás que ir a pedirle perdón tú solo! —dice mi padre.

—¡Contesta! —ordena Mamá Pauline.

—¡Sí, contesta! —exclama Papá Roger.

Dejo pasar unos segundos, y contesto:

—No, es mentira...

El primo del cardenal

Debe de ser medianoche, o la una de la mañana. Desde mi cama oigo a los perros que ladran muy lejos. ¿Estará Mbua Mabé con ellos? ¿Estará contento de estar con sus amigos, que son más importantes que yo aunque sin mí no habría sido más que un animal triste que nadie quería comprar en el Gran Mercado, ni siquiera a mitad de precio? Voy a dejar de buscarlo visto que parece que está bien donde está, y a mí me da igual que se haya ido a Voungou, cerca del río Tchinouka, o a los basureros del barrio Mouyondzi. Se acabó, de todas formas ni Papá Roger ni Mamá Pauline quieren saber nada de él. Seguro que desde que está allá donde esté ha aprendido cosas vergonzosas, cosas que yo no quería que hiciera con las perras y que no puedo describir aquí porque si no van a volver a pensar que yo, Michel, soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta. Pero en el fondo, como soy un niño que no se guarda la cólera en la nevera para recalentarla más tarde, perdono al perro su mal comportamiento y, gracias a mi perdón, se convertirá en una cigüeña que protegerá al camarada presidente Marien Ngouabi, porque no es casualidad que desapareciera en cuanto oyó la mala noticia que ningún otro perro de este país podía oír...

Después de que Ma Moubobi se fuera de nuestra parcela toda enfadada, yo comí sin mucho apetito debido a lo que Mamá Pauline había dicho de que no podía comer porque el cadáver de su hermano estaba todavía sin enterrar y ella nunca sabrá dónde está. Además, nos sirvió al pie del mango sin gritarnos que ella no es nuestra esclava. Me sorprendió su buen comportamiento ahora que habla poco, pasa mucho tiempo en su habitación llorando, rezando oraciones como si nuestra casa fuera la mezquita de los musulmanes del Gran Mercado.

Papá Roger y yo hemos comido en silencio. Los trozos de carne de puercoespín no sabían como antes, no por culpa de Mamá Pauline, que había hecho un guiso muy bueno, sino porque para saborear bien la comida es mejor no tener una bola apretándose el corazón. No es solo la boca la que valora la comida, sino todo el cuerpo, pero ni el cuerpo de Papá Roger ni mi cuerpo estaban concentrados, así que comimos solo para decir que nos habíamos llevado algo al estómago.

Luego, en cuanto cayó la noche, Papá Roger se puso a escuchar por la radio las noticias nocturnas. Seguían sin decir nada del capitán y yo había ido a servirle su vaso de vino en el momento en que nuestros periodistas felicitaban al equipo de rugby de Francia, que ayer había ganado a Irlanda en el Torneo de las Cinco Naciones en Dublín, con un resultado de 15 a 6...

Mamá Pauline ya se había encerrado en su dormitorio, con la luz apagada, para llorar otra vez al capitán Kimbouala-Nkaya. El ruido de los camiones militares que pasaban por la calle hacía que el corazón me latiera muy fuerte. Yo me preguntaba qué transportarían esos ve-hículos en plena noche. Se dirigían, como durante el día, hacia el cementerio Mont-Kamba, solo que ya no había gente llorando en el interior. Tenían todas las calles y todas las avenidas para ellos solos, ni siquiera los gatos se atrevían a merodear al aire libre. Nunca nuestra ciudad estuvo tan

silenciosa, como si algo más grande, más grave, estuviera aún por pasar. Pero ¿qué podría ser más grande, más grave que la muerte del camarada presidente Marien Ngouabi y, para nuestra familia, la muerte del capitán Kimbouala-Nkaya? ¿Tal vez muchas cosas, pequeñas, sumadas, pueden provocar cosas más grandes? Papá Roger me había informado, por ejemplo, de que a última hora de la tarde los militares habían detenido a François Nzitoukoulou, un señor que trabaja en el hotel Atlantic Palace y que él conoce muy bien porque los dos tienen el mismo oficio de recepcionista. Algunas veces, cuando hay problemas con las habitaciones, se llaman para arreglarlo: mi padre aloja a su cliente una noche, François Nzitoukoulou vuelve a quedárselo al día siguiente, y viceversa cuando es mi padre el que tiene dificultades en el Victory Palace. Según mi padre, han detenido a François Nzitoukoulou por ser primo del cardenal Émile Biayenda. Sus vecinos habían ido a denunciarlo a una de las oficinas de la Orden que el Comité Militar del Partido ha instalado en cada barrio desde esta mañana. El Estado da mucho dinero a los auténticos patriotas que atrapan a los enemigos de la Revolución, me había explicado mi padre. Sin embargo, el cardenal Émile Biayenda estaba en el Estado Mayor unas horas antes del asesinato del camarada presidente Marien Ngouabi.

Yo le pregunté a mi padre:

—¿Y tú también sabías que ese señor era primo del cardenal Émile Biayenda aunque no tuvieran el mismo apellido?

—Sí, tuve el privilegio de alojar al cardenal en el Victory Palace, y fue el propio François el que me pidió el favor para su primo. Nuestras suites son mejores que las del Atlantic Palace...

Hazme soñar

Me duele oír lloriquear a Mamá Pauline en su dormitorio en plena noche. Seguro que está mirando la foto del tío Kimbouala-Nkaya.

Papá Roger la consuela.

—Pauline, ¿tú has visto la hora que es? Entiendo tu dolor, pero eso no justifica tu comportamiento. A este ritmo, yo no...

—¿Qué ritmo? ¡Cuidado con lo que dices!

Mi madre le echa la bronca a Papá Roger, y yo lo oigo todo como si estuviera en la puerta de su habitación.

—¡Déjame en paz, Roger! ¿No te alegras de dormir mañana en casa de Martine? Además, ¿qué haces en mi cama, eh? ¡No tienes la cabeza en esta casa! ¡Déjame llorar a mi hermano, y no me toques o me voy a dormir al cuarto de Michel!

Yo me tapo los oídos con las dos manos para no oírlos más, pero es una tontería porque, de repente, oigo mi propio corazón, que late tan fuerte que me dan ganas de vomitarlo para respirar. Tengo que pensar en otras cosas más alegres o entretenerme haciendo algo, por ejemplo leer hasta que me duerma.

Abro el libro que me traje del colegio el jueves pasado. El título es *Comprender la geografía del Congo*. Dentro pone que el Congo solo tiene 342.000 kilómetros cuadrados de superficie y que hay menos congoleños que zaireños, que son más de veinticuatro millones, mientras que nosotros no llegamos siquiera a los dos millones de habitantes, pero tenemos tantos problemas como los veinticuatro millones de zaireños. En el libro pone también que nuestro país solo tiene dos estaciones: la estación lluviosa y la estación seca. Pero, si mis cálculos no fallan, constato que el libro se equivoca, porque en nuestro país no tenemos solo dos estaciones, ¡tenemos cuatro! Entre octubre y diciembre es la gran estación lluviosa, y hace mucho calor: esa es la primera estación. La pequeña estación seca empieza en enero y termina en febrero: es la segunda estación, durante la cual casi no llueve y hace demasiado calor. De marzo a abril es la pequeña estación lluviosa, llueve, pero no todo el tiempo y no como en la gran estación lluviosa: es la tercera estación. Por último, la cuarta estación tiene lugar entre mayo y septiembre, es la estación seca, casi no llueve y a veces hay que ponerse un jersey de lana.

Comprender la geografía del Congo ni siquiera es un libro de verdad, es un montón de papeles fotocopiados y unidos con un alambre por arriba y otro por abajo. No se sabe quién lo ha imaginado porque no hay ningún nombre escrito. En la portada, en rojo y abajo, pone: *Queda terminantemente prohibido robar las hojas. Se convocará a los padres de los malhechores*. Si uno no presta atención puede creer que es el título del libro, cuando solo es un letrero para meter miedo a los alumnos que arrancan las páginas y se las quedan. Se comportan así pensando que entre esas páginas el profesor elegirá los temas de los deberes. Así que se los estudian como papagayos, y si sale otro tema, los papagayos están perdidos. También hay quien roba las páginas para hacer trampas el día del examen. Es lo mismo que hacen los papagayos, porque el tema que caiga tiene que encontrar su respuesta en la página robada. Yo no estoy en ninguna de

las dos categorías de alumnos malhechores. En la clase de geografía, el profesor nos pide que nos pongamos por grupos de cuatro o cinco, y él escoge al más listo de cada equipo para que se lleve el manual a casa. Durante el fin de semana, ese alumno recibe en su casa a los demás compañeros para preparar la exposición. Todos los lunes hay que exponer, es decir, hablar en clase delante del profesor y delante de las niñas, que hacen muecas, y de los niños, que imitan a un gorila rascándose la espalda. Si haces mucho caso a los bufones, pierdes el hilo y cuentas cosas que no están escritas en *Comprender la geografía del Congo*.

Normalmente, si no hubiéramos recibido la mala noticia de la muerte del camarada presidente Marien Ngouabi, mis tres compañeros de clase habrían venido esta tarde para preparar la exposición conmigo. Sí, Étienne Tokoutani-Lelo, Zéphirin Malanda-Ngombé y Louise Mwana-Watoma habrían venido a casa. De hecho, una semana antes de que se armara este follón en todo el país, estaba sentado con ellos en el mismo sitio donde Papá Roger escucha su Grundig. Habíamos formado un círculo para que todos nos viéramos las caras. Yo era el que sostenía, como siempre, *Comprender la geografía del Congo*, y era yo también el que hacía las preguntas para comprobar que lo habíamos entendido todo. Y, uno detrás de otro, teníamos que recitar lo que ponía sobre los pueblos vili, bateke, lari, kuni, mbochi, yombe, etcétera. Como era muy largo, le pedí a Louise que cogiera ella el manual y me sustituyera para repasar la lección. De todos modos, Étienne y Zéphirin no admiten jugar a ser profesor porque no quieren hacer el ridículo delante de Louise. Pero no es solo por eso, hay algo más: los tres queríamos que me sustituyera Louise porque iba muy bien vestida, con su vestido ajustado y transparente, como el de las mujeres adultas. Louise ya es una mujer y los hombres se dan la vuelta para mirarla por la calle. Le silban, los coches de los capitalistas negros se paran, y ella se ve obligada a explicar que es menor de edad y que vive con su papá y su mamá, que podrían contárselo todo a la policía si la obligaran a montar en un coche para llevarla a un sitio que ella no conoce a hacer cosas que no voy a describir aquí porque si no van a volver a decir que yo, Michel, soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta. Sea como sea, Louise es casi una mujer de verdad. Se pone tacones, carmín, joyas, todo de su madre, Ma Longonia, que fue Miss PointeNoire cuando nuestros padres todavía no sabían que íbamos a nacer y que el camarada presidente Marien Ngouabi iba a llegar al poder y luego sería asesinado el 18 de marzo de 1977 a las 14.30. Louise nos ha explicado que, por aquel entonces, todos los ricos de la ciudad querían salir con Ma Longonia, ¡y algunos prometían que le regalarían todo el oro del mundo! Mientras ella contaba eso, yo me preguntaba si cuando seduces a una mujer es buena idea prometerle todo el oro del mundo. Y si la mujer te abandona o le regala todo tu oro del mundo a los demás hombres que ella ama a escondidas, hombres más jóvenes, más musculosos y más guapos, ¿cómo lo haces si al final ya no te queda nada? Louise había imitado la voz de su padre el día en que enredó a su madre para tomarla como esposa.

—Mi padre le dijo a mi mamá: «Señorita Miss Pointe-Noire, es usted todo el oro del mundo, y cuando estoy a su lado yo también me siento de oro, brillo...».

Nosotros no entendíamos qué interés tenía aquella palabrería, pero Louise añadió:

—Mi mamá nunca había oído decir eso a ningún hombre, así que se casó con él enseguida, y yo soy la única hija que tuvieron... Bueno, mi papá tiene veinticinco años más que mi madre, pero es un buen hombre.

Fue en ese momento cuando Zéphirin bromeó:

—Y al final ¿le dio todo el oro del mundo a Ma Longonia?

Étienne, por su parte, se burlaba de ella.

—¡Ja, ja, ja! ¡Que alguien me dé un poco de oro para fabricarme una esclava bien gorda!

Louise no se daba cuenta de que los dos estaban de guasa y se enfadó.

—¡Vosotros todavía no sois hombres! No entendéis que eso es lo que se llama labia, ¿no? ¿No entendéis que para mi papá era la manera de decirle a mi madre que la querrá hasta incluso después de la muerte? ¡Sois de lo que no hay!

Lo que nos hace perder la cabeza son sobre todo los preciosos peinados de Louise, aunque no es Célestine quien le hace las trenzas, sino su mamá. Lo que más irrita a Louise es cuando Étienne, Zéphirin y yo le miramos demasiado el pecho. Debido a este mal comportamiento, cuando le pedí que me sustituyera haciendo las preguntas, usó el manual para taparse el pecho.

Étienne y Zéphirin siempre están compitiendo para que Louise se enamore de uno o de otro. Por eso nunca están concentrados cuando estudiamos. Cuentan chistes creyendo que Louise se quedará prendada, pero solo ellos se ríen de sus bromas estúpidas sobre paralíticos que echan una carrera y son adelantados por un caracol viejo que salió en último lugar.

Yo sé que Louise está enamorada de mí en secreto. Mi primo Gilbert Moukila, al que todas las mujeres adoran, me ha enseñado algunas cosas sobre cómo incitar a una mujer a que se enamore hasta las trancas. Étienne y Zéphirin no lo saben, y no seré yo quien comparta el secreto, porque si no uno de los dos atraparé el corazón de Louise y jugará con él como si fuese un balón de fútbol. Gilbert Moukila, al que también llamamos «Mago», dice que a las mujeres el amor les llega poco a poco y que, aunque lo veas venir a toda velocidad igual que un coche deportivo, tienes que estar tranquilo, a gusto, fingir que no has visto nada o el amor desplegará las alas, alzaré el vuelo y se refugiará en otro chico que siempre haya estado relajado. Mago tiene razón, y por eso yo también me quedo tranquilo y espero en mi rincón a que el amor llegue solo. El mes pasado sin embargo perdí la calma, escribí un poemita que le enseñé a Louise sin que Étienne y Zéphirin lo supieran. Todavía no lo he acabado, de momento solo tengo cuatro líneas que corrijo constantemente porque me parece que se hace largo, que tiene demasiadas sílabas, y yo querría hacer alejandrinos, como en la poesía que sale en los libros de francés.

Estas son las cuatro líneas, provisionales, mañana o pasado mañana puede que cambien:

*Tus vestidos serán la envidia de las cigüeñas blancas
hasta el fin del mundo se mantendrán sin mácula
pues yo me encargaré de ellos mientras duermes
y los descubrirás más bonitos que nunca cuando despiertes.*

Cuando Louise lo leyó, me miró de arriba abajo como se mira a quien va mal vestido y se atreve a pasear por el centro, como si la vergüenza jamás hubiera habitado sus pensamientos.

—¿Esto lo has copiado de algún sitio, Michel?

Me dije: si cree que yo, Michel, lo he copiado de algún sitio, es porque le ha gustado mi poemita, porque está bien.

Todo orgulloso, le contesté:

—¿Acaso yo, Michel, soy de copiar?

—Y ¿para quién lo has escrito? Porque, fíjate, ¡no aparece el nombre de la chica en cuestión!

Quizá en ese momento tendría que haberle confesado mis sentimientos. En vez de anunciarle que había escrito el poema para ella, dije:

—Para la que algún día será mi mujer, la que amaré mañana, tarde y noche...

Nos habíamos apartado un poco del mango porque Étienne y Zéphirin querían saber de qué hablábamos y por qué Louise me escuchaba con gesto muy amable y sonriente.

Pero cuando leyó aquel trozo de papel una segunda vez, y una tercera, su gesto dejó de ser amable.

—Dime la verdad, Michel: esto lo has escrito para Caroline, tu amiga de la escuela primaria, la hermana de Lounès...

—No, Caroline estaba enamorada de mi enemigo Mabelé, no de mí...

—Entonces ¿de verdad que todo ha terminado entre ella y tú?

—Es mejor así porque a mí me hacían mucho daño sus caprichos. En realidad tampoco me hablo con su hermano Lounès, y Caroline ya no vive en Pointe-Noire, sus padres la mandaron a Brazzaville porque aquí empezaba a ponerse revoltosa con muchachos demasiado mayores comparados con ella...

Louise se puso muy contenta.

—O sea, que ahora mismo ya no tienes novia, ¿no?

Aquí volví a dejar pasar mi oportunidad, quizá también porque no quería que Louise se burlara de mí contando por ahí que soy un «cuajado», o sea, uno que no se echa novia desde hace mucho tiempo.

—¿Qué pasa, que te crees que yo, Michel, soy un cuajado? ¡Sí, sí, tengo novia!

—Ah, ¿sí? ¿Una compañera del colegio? ¿La conozco?

—No, no va al colegio, y no la conoces.

—¿Cómo se llama, a ver?

—No te lo digo, porque ella quiere que lo llevemos en secreto, si no, el amor echará a volar y se refugiará en otro chico tranquilo y relajado...

Ella empezó a tocarse el pelo y a pintarse los labios delante de mí. Ni siquiera le daba apuro o rabia que mis ojos no se apartaran de su torso, tan abombado que uno podría pensar que se había escondido dos papayas gigantes dentro. Ya no sabía qué rollo contarle mientras ella se ponía cada vez más guapa delante de mí y Étienne y Zéphirin andaban de morros a lo lejos. Mago dice a menudo que, si no tienes nada que decir delante de una chica, es mejor callarse para no echarlo todo a perder por culpa de una boca que a veces no pide permiso a la cabeza antes de abrirse y contar cualquier cosa. Es mejor no decir nada, el silencio hablará por nosotros.

En el momento en que se guardaba la barra de labios en el estuche, Louise dijo:

—Pues a mí me gustaría mucho que un chico me escribiera eso mismo, Michel. La chica que sale en tu poema es una suertuda...

—¿Suertuda por qué?

—Tú mismo lo has escrito en el poema: porque no tendrá que lavarse los vestidos, lo harás tú por ella...

Yo quería confesarle que ella era la chica de mi poema, pero por otro lado pensaba que si se lo tomaba mal yo pasaría mucha vergüenza delante de Étienne y Zéphirin, que se pelean por ella y que irían contando cosas por el colegio. No dije nada, ella volvió con nuestros compañeros, nos despedimos, y todos se fueron de nuestra casa.

Me quedé plantado en la entrada de la parcela viendo cómo caminaba Louise y cómo se meneaban sus Países Bajos. Me llevé una mano al pecho: el corazón me latía muy deprisa. Estaba enamorado, y sabía que seguiría estándolo a pesar de las malas noticias de los asesinatos del camarada presidente Marien Ngouabi y del capitán Kimbouala-Nkaya, por cuya culpa no la vería esta semana porque el colegio estará cerrado hasta que pase el funeral de nuestro líder de la Revolución...

Algunas veces, cuando estamos preparando la exposición de geografía debajo del mango, no entendemos muy bien lo que dice el manual, y Papá Roger viene a echarnos una mano. Pasa las páginas muy rápido, se sorprende de lo que ve porque no es lo mismo que le enseñaron a él en sus tiempos:

—¡Esto no tiene pies ni cabeza! ¿Cómo pueden decir que «el Congo es un país a caballo sobre el ecuador terrestre»? ¡Primero tendrán que explicaros lo que es el ecuador terrestre!

Y entonces él mismo sustituye al profesor de geografía. Dice que el ecuador terrestre es una cosa que no se ve, una línea invisible que hace de cinturón de la Tierra igual que cuando nos ponemos un cinturón para que no se nos caigan los pantalones delante de todo el mundo, solo que si la Tierra no se cae no es por el ecuador, que solo sirve para separar a los que están al norte de los que están al sur. Y añade que el mundo está mal recortado porque todos los que están al sur sufren mucho más que los que están al norte.

Un día les dije a mis compañeros, enseñándoles el dibujo del mapamundi que aparece en el manual:

—Es una suerte que nuestro Congo sea uno de los once países que atraviesa el ecuador, junto con otros seis países de África: Somalia, Zaire, Santo Tomé y Príncipe, Uganda, Kenia y Gabón...

Zéphirin puso cara triste.

—¿Y qué va a pasar con los demás países por donde no pasa?

Yo cerré el manual, porque se había terminado el ensayo, y le contesté:

—¿Acaso es problema nuestro que el ecuador no pase por sus países? No hemos sido nosotros quienes hemos decidido que exista esa línea y que nuestro país monte a caballo encima de ella. Peor para ellos, por eso los llaman países no alineados...

Ya no tengo más ganas de leer el manual. En circunstancias normales lo hago diciéndome que al día siguiente iré a clase, que todavía tendré fresco en la cabeza lo que he repasado y que, cuando el profesor haga una pregunta, yo levantaré la mano más rápido que los demás para demostrarles que yo, Michel, estudio, que no copio las tonterías que escriben los que se sientan a mi lado.

Si no hubiera tanto alboroto y tanto follón, habría salido de casa mañana a las seis de la mañana para ir a la escuela. Cuando llego a la entrada del colegio de las Tres Gloriosas hay gente por todas partes, motillos, bicicletas a pedales, grupos que han llegado andando durante horas

desde los barrios de Mbota o de Fond Tié-Tié. Ya están sudando, y eso que todavía no ha salido el sol. Llevan chancas con el uniforme escolar obligatorio: los chicos todos de beis, las chicas con pantalón azul marino y camisa azul claro. Conversan. Hablan mal del director, de los vigilantes de los pasillos, de un profesor que invita mucho a las niñas a su casa, aunque son sus alumnas y todavía no tienen los pechos maduros. No podemos quedarnos fuera, la sirena nos sorprenderá para pedirnos que dejemos de cotorrear y entremos en clase. Yo estoy ahí, en alguna parte, y también he llegado andando desde el barrio de Vougou porque Mamá Pauline dice que el antojo de moverse en vehículo es cosa de hijos de capitalistas negros.

—Michel, imagina que Dios les devuelve las piernas a los paralíticos: ¿tú crees que lo primero que pedirán será ir sobre ruedas? ¡No, querrán andar! Así que dale gracias a nuestro Señor Todopoderoso por haberte dado piernas. ¡Se sentiría muy decepcionado si no las usaras!

Delante del colegio, primero compro unos buñuelos a la vieja beninesa, Mamá Couao, que los vende a los estudiantes a un precio muy bajo. También le compro gachas de maíz con la paga que me han dado Mamá Pauline o Papá Roger. Me siento en los ladrillos que hay por ahí y me pongo a comer como si no fuera a haber un mañana. Si Zéphirin me ve, le doy un poco, porque sus padres lo castigan muy a menudo sin paga por no haber querido fregar los platos o por sacar malas notas. Después de la merienda rápida, entro en el patio grande y lo atravieso para llegar al viejo edificio de tres plantas con tejas oxidadas que queda al otro lado. En ese edificio, los alumnos de sexto tienen su aula en la planta baja, los de quinto en la primera, los de cuarto en la segunda, y los de tercero en la última planta. Así que se reconoce enseguida a los repetidores porque se quedan en la planta del año anterior, y se reconoce enseguida a los listos porque cada año suben una planta. Cuando llegas al aula de la última planta, o sea, a tercero, es toda una victoria, porque el liceo Karl-Marx queda ya a la vuelta de la esquina, y algún día yo iré a ese centro que está cerca del mar donde me alegraré de ver todo el tiempo a las cigüeñas blancas que vuelan *por encima de las cabezas de la gente y emiten lamentos...*

En clase, mi sitio está en la fila pegada a la pared, junto a la ventana. Me siento en la primera fila con Albert Makaya, el hijo del director del colegio. Louise está detrás de nosotros, como Étienne y Zéphirin. Veo todo lo que pasa fuera gracias a la ventana. Cuando los pájaros se posan y cantan en el flamboyán que hay en el centro del patio, mi cabeza se vuelve sola, se me olvida que estoy en clase, que el señor Yoka, nuestro profesor de geografía, está citando los complicados nombres de los ríos de nuestro país, como el Likouala-Mossaka, el Sangha, el Loufoulakari, el Loudima, el Louessé, etcétera. Como el señor Yoka habla de ríos, el canto de los pájaros me hace viajar aún más. Veo bosques, praderas, animales de todas las variedades y dimensiones. Diviso el humo de las quemadas de rastrojos. Veo agricultores que vuelven del campo con las sacas llenas de ñames, de tubérculos. Sufren, la aldea está en lo alto de una colina y tienen que subirla con muchos kilos encima de la cabeza. Y escribo eso en mi cuaderno, garabateo y garabateo, me da miedo que todas esas cosas bonitas desaparezcan como el humo y se me olviden si no tomo nota. Escribo que el humo llega hasta el cielo, pero que el viento borra el humo y el cielo recupera su color azul, y yo, Michel, corro y corro, llego a un claro donde Louise me espera con un vestido largo todo blanco y unos pájaros azules que giran alrededor de su cabeza.

Me sobresalto cuando el señor Yoka golpea su escritorio con la regla de hierro.

—¡Otra vez soñando despierto, Michel!

Todo el mundo se ríe, pero todo el mundo dejará de reírse cuando el señor Yoka haga una pregunta difícil y yo levante mi mano pequeña para contestar bien, como tiene que ser, y ellos oigan al profesor felicitarme.

—¡Muy bien, soñador!

Por desgracia, en el momento en que empiezo a ponerme orgulloso, añade:

—¿Te han soplado la respuesta correcta los pajaritos, Michel?

Y entonces en todas las filas se oyen risas, aunque yo haya recitado sin titubear que el río Louessé es un gran afluente del Niari, ¡con una cuenca hidrográfica de casi dieciséis mil kilómetros cuadrados! ¿Acaso los que se parten de risa han entendido lo que significa eso? No. Yo tampoco entiendo lo que he recitado, pero lo he dicho tal y como ponía en el manual que estuve repasando durante el fin de semana, y el señor Yoka no puede corregir eso, así que está obligado a felicitarme, para luego borrar la felicitación cuando me llama soñador...

Louise me pasa a veces notitas para elogiarme. Yo nunca me doy la vuelta porque Étienne y Zéphirin lo vigilan todo, y son los primeros en burlarse cuando me llaman soñador. Al final, sin embargo, el señor Yoka siempre me nombra a mí jefe para preparar la exposición de la semana siguiente. Así que el profesor reconoce que yo, Michel, puedo soñar con pájaros, pero que también puedo decir cosas que son correctas y que se quedan reposando en mi cerebro hasta que las despierto para escoger cómo utilizarlas y ser inteligente en esta vida.

Me da igual que en el patio del recreo los niños me apoden ahora «el soñador». No saben que, en uno de los papeles donde me felicitaba, Louise me había escrito, con su bonita letra: «Hazme soñar». Y también había dibujado dos corazones, con una línea que los atravesaba. Eso significaba que, cuando uno está enamorado, los corazones montan a caballo en el ecuador, y por eso los que no saben cabalgar se caen y se hacen mucha pupa...

Lunes, 21 de marzo de 1977

China enfurecida

—¡Michel, despierta!

Me froto los ojos porque veo doble a Mamá Pauline, como en un sueño.

He dormido vestido, no recuerdo en qué momento me atrapó el sueño. Ah, sí, fue cuando pensaba en los papelitos que Louise me pasa por debajo del banco para felicitarme mientras los demás me llaman soñador.

Salgo de la cama y le digo a mi madre:

—Primero tengo que asearme porque...

—¡No, que llegamos tarde! Usa el neceser que te regalé, hay una manopla dentro, así tardarás menos.

Salgo con un vaso de plástico lleno de agua y el neceser que mi madre me compró en Printania. Dentro hay un cepillo de dientes rojo, un tubo de dentífrico Émail Diamant, un jabón Palmolive y bastoncillos.

Seguro que Mamá Pauline ha venido corriendo a mi cuarto en cuanto Papá Roger ha salido de la parcela, vestido ya con el uniforme de trabajador del hotel Victory Palace, aunque puede cambiarse tranquilamente allí. Lleva el uniforme por el barrio para hacerse el orgulloso. Y con razón, porque es un uniforme muy bonito: camisa blanca y bien planchada, corbata negra, chaqueta y pantalón marrón, galones negros en los hombros y una bonita gorra como la de los capitanes de marina que se ven por el puerto de Pointe-Noire.

Calculo que mi padre ha debido de salir de casa más o menos sobre las cinco y media o las seis. Mamá Pauline ha entrado en mi habitación media hora más tarde. Ha dejado pasar ese tiempo solo por si Papá Roger volvía porque había olvidado la cartera o las llaves de la casa donde vive Mamá Martine y donde él dormirá esta noche con mis hermanos y hermanas que, si fuésemos europeos, no serían mis hermanos y hermanas porque no somos de la misma sangre y Papá Roger tenía ya una familia cuando convenció a Mamá Pauline para que fuera su segunda esposa. Como ya he contado, yo también voy de vez en cuando a ver a Mamá Martine al barrio de Joli-Soir, y ella no hace diferencias entre sus hijos y yo. Se comporta conmigo como si yo hubiera salido de su vientre. Sabe que me gustan mucho el pequeño Maximilien y la pequeña Félicienne, que se hace pipí encima de mí. Sabe también que Marius y yo hablamos mucho porque tenemos la misma edad. En cuanto a la hermana Mbombie, se pone firme cuando yo, Michel, hablo con ella. La hermana Ginette es mi favorita, la hermana mayor Georgette me regaña un poco, pero es su manera de decirme que me quiere. Por último, es en el estudio del hermano mayor Yaya Gaston, el mayor de todos, donde yo, Michel, vivo cuando me quedo allí...

Estoy aliviándome en este baño que no es un baño de verdad, sino cuatro planchas ensambladas para que los curiosos no vean la forma de nuestra desnudez desde la calle, si no, se burlarían de

nosotros a diario.

Me cepillo los dientes y uso rápidamente la manopla que he mojado con el agua que quedaba en el vaso. Tengo que frotar bien los sobacos y otras partes que no voy a describir aquí porque si no van a volver a decir que yo, Michel, soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta.

Ya oigo a Mamá Pauline, que me llama y me advierte de que como lleguemos tarde va a ser por mi culpa.

—Vístete deprisa y ven a buscarme al salón, que tienes que ayudarme a hacer una cosa...

¿Qué querrá que haga por ella antes de que salgamos? Pienso y pienso, pero no se me ocurre nada. Así que dejo de pensar. Escojo un pantalón y una camisa de tela wax con muchas caras del camarada presidente Marien Ngouabi dibujadas. Nadie podrá decirme que no quiero a nuestro líder de la Revolución. Todo el mundo se alegrará de verme así vestido. No se me olvida ponerme la tela negra de duelo en el brazo, por algo pagué por ella cien francos a los niños timadores que se aprovechan de la muerte de los presidentes para enriquecerse. Con mi atuendo y la tela negra, si alguien me dice algo será por maldad porque, sinceramente, hasta el más envidioso que me vea, si es honrado, comprenderá que yo, Michel, soy el niño más desconsolado de todo Pointe-Noire, quizá también de todos los colegiales del Congo.

Es la primera vez que voy a salir con los zapatos que los colegiales llaman «China enfurecida». Había dado mucho la lata a Papá Roger para que me los regalara porque todo el mundo hablaba de ellos y todo el mundo los llevaba. Cuando mi padre los vio en el momento en que los sacaba de la caja, exclamó:

—¿¿¿Eso son los «China enfurecida»???

Me criticó diciendo que era una ridiculez ir por ahí con eso, que parecían las pantuflas que llevan los jubilados blancos y que ni siquiera los blancos se los pondrían.

—¡También parecen unas zapatillas de ballet! ¿Vas a hacer danza clásica, o qué?

Yo no estoy de acuerdo con él porque, si no tienes los «China enfurecida», en el colegio te toman por un toro sin garbo, es decir, un bobo que no sabe vestirse como los aventureros que van a París y vuelven al Congo durante la gran estación seca a impresionar a las chicas. La moda de los zapatos se ha extendido por todo el país desde que vimos la película *Operación Dragón*, en la que Bruce Lee llevaba unos «China enfurecida», calcetines blancos y un kimono blanco por arriba y negro por abajo. En todos los cines de Pointe-Noire se aplaudía, se sabía ya que Bruce Lee ganaba al final porque, gracias a sus «China enfurecida», sus pies se movían tan deprisa que no podías pestañear ni una sola vez, si no, te perdías el momento en que soltaba una patada al malo, que se llama O'Hara y que es dos veces más alto que él. O'Hara no se andaba con chiquitas: de un solo puñetazo partía un ladrillo. Bruce Lee, aunque era más bajito, esquivaba todos los golpes. Gracias a sus «China enfurecida» daba saltos altísimos, con una pierna por delante para golpear y la otra formando un triángulo para coger fuerza.

Ahora todos los criminales de Pointe-Noire se compran unos «China enfurecida» para sentirse fuertes cuando pelean, o para correr a toda velocidad cuando los persigue la policía. Mis «China enfurecida» son negros, como los de Bruce Lee en *Operación Dragón*, pero no me pongo calcetines blancos porque la moda en el colegio es llevarlos sin calcetines y con unos pantalones cortos que dejan los tobillos al aire. Así que yo me remango el pantalón e imito el juego de piernas de Bruce Lee. Me siento ligero, como si mis pies no llevaran nada. Me encanta que esas

cosas no solo funcionen en las películas, sino también en la vida real, incluso aquí, en Pointe-Noire.

Cuando salgo de mi habitación para impresionar a mi madre, es ella la que me impresiona a mí, y me asusta: está sentada en medio del salón, dándome la espalda, con un pareo que la cubre de arriba abajo. Solo veo su cabeza, que ya no lleva el pañuelo negro de duelo.

—Acércate a mí —me dice.

Encima de la mesa están su bolso y, al lado, una pastilla de jabón, unas tijeras y un paquete de cuchillas Gillette.

—Afeitame el pelo...

Yo empiezo a ponerme nervioso. A mí me gusta mucho su pelo, y no quiero que se lo estropee. Además, todavía tiene las trenzas que le hizo Célestine hace no mucho. Normalmente le duran uno o dos meses, no una o dos semanas, hasta que se las deshace para hacerse otro peinado.

No puedo llevarle la contraria a Mamá Pauline desde por la mañana porque si no el día se desvanecerá en nuestro salón, como el humo de una quema de rastros, y acabará mal en el Gran Mercado, donde no hará más que regañarme delante de las comerciantes y los clientes.

Me coloco detrás de ella, evitando volcar el cubo de agua que está a su vera.

—¿Qué tengo que hacer, mamá?

—Es muy sencillo: primero me cortas las trenzas con las tijeras, luego me enjabonas, y luego coges la Gillette y me afeitas apurando bien, como cuando Roger se quita la barba. ¡Con cuidado de no cortarme!

Dudo, porque me digo que a lo mejor cambia de idea cuando se imagine fea con el cráneo pelado.

—Pero ¿qué esperas, Michel? ¿Quieres que lleguemos tarde? ¡Anda, date prisa y deja de soñar!

Cojo las tijeras y ¡chas! ¡chas! ¡chas!

El pelo cae a su alrededor. Cuanto más corto, más me acostumbro. En menos de cinco minutos he dado la vuelta entera a la cabeza.

Mamá Pauline se pasa la mano derecha por encima.

—¡Muy bien! Ahora mójame la cabeza y enjabónamela.

Cojo agua con las palmas de las manos, se la echo por la cabeza y luego froto el jabón.

—¡Y ahora, la Gillette! ¡Con cuidado!

Lo de la Gillette es más complicado. Tiemblo un poco porque veo de antemano cómo va a derramarse la sangre de mi madre si la corto. Detengo la respiración, tomo aire de golpe y ¡jalehop!, le inclino la cabeza hacia atrás, afeitado poco a poco desde la frente hasta la nuca. Cuando una bola de espuma llena de pelos cae al suelo, hace un ruido como cuando echas un escupitajo grande salido del fondo de la garganta.

Mi madre no se mueve, tiene los ojos cerrados, confía en mí porque hasta ahora no le he hecho ningún corte.

Ahora tiene la cabeza desnuda, parece una de esas mujeres que están de luto. Tiene una cicatriz pequeña cerca de la nuca, que yo descubro hoy.

—Me hice una herida con diez años, un día que acompañé a tu abuela Henriette al campo, en Louboulou. Estaba lloviendo y me di un golpe en la nuca. Nunca he sabido cómo hice para

resbalar tontamente por culpa de un hueso de mango muy pequeñito. Me desperté en el dispensario de la aldea de al lado, Moussanda. Qué le vamos a hacer, así es la vida...

Se pasa otra vez la mano por el cráneo, desde la frente hasta la nuca, donde tiene la cicatriz.

—¡Muy bien, creo que lo has conseguido! De todos modos, el pañuelo tapará la cicatriz...

Se pone de pie, se quita el pareo que la cubría, y yo barro. Se lava la cabeza con el agua que hay en el cubo. Tarda solo unos minutos, y luego desaparece en su dormitorio.

Diez minutos más tarde vuelve a salir, vestida de negro de los pies a la cabeza. Yo me quedo todavía más sorprendido que antes.

—Mamá, eso ya es demasiado, ¡hasta un ciego se dará cuenta de que estamos de luto!

—¿Acaso no estamos de luto en esta casa, eh?

Ahora es ella la que me mira de arriba abajo.

—¿De qué vas vestido, de carretillero zaireño? Pero ¡mira qué pantuflas! ¡Roger ya no sabe qué más te va a regalar!

—Es la moda en el colegio, se llaman «China enfurecida».

—¡«China enfurecida»! Bueno, mira, no hay tiempo para que te cambies, irás así, qué más da.

Cuando se agacha para coger su bolso, que está en la mesa, su pie derecho choca con el cubo de agua que yo todavía no he quitado de en medio. Por suerte, se agarra a un extremo de la mesa cuando está a punto de caer, pero en vez de ella se cae el bolso. Las monedas ruedan y se desperdigan por todo el salón junto con otros objetos como el candado del baúl de hierro en el que guarda los pareos, los papeles importantes. El espejito se rompe justo al lado de los lápices que ella usa para dibujarse las cejas. El cuaderno en el que Papá Roger y ella apuntan los nombres de las comerciantes que deben dinero ha caído muy lejos, pero en el momento en que voy a cogerlo, veo algo que me sorprende y que está justo al lado del cuaderno: un cuchillo grande y nuevo que mi madre se guarda en el bolso a toda prisa...

Les Bandas

Las fronteras están cerradas de norte a sur y de oeste a este. Por lo tanto, nadie puede ir a otros países como Camerún, Gabón, Zaire y Angola, donde muchos comerciantes compran su mercancía al por mayor para venderla luego al por menor en nuestro país. Los pocos camiones que se ven a la entrada del Gran Mercado solo transportan carne de ternera o de cordero porque, para comprar esos animales domésticos, no es necesario viajar al extranjero. En cuanto a la fruta y la verdura que se descarga un poco más lejos, procede de las aldeas congoleñas cercanas a Cabinda. Desde hace tres días la gente está obligada a comprar plátano macho de mala calidad. No son de la aldea de Les Bandas, donde son mejores y donde Mamá Pauline es la única a quien los agricultores venden porque ella paga a tocateja y no los enreda diciéndoles que primero les abonará la mitad y que pagará la otra mitad en el próximo viaje. En Les Bandas mi madre es la patrona y la comerciante más respetada. Nunca va con las manos vacías: regala a los agricultores cajetillas de tabaco, cepillos de dientes, marmitas de aluminio, pareos, sal, y a veces hasta botellas de vino tinto. Los agricultores se ponen contentísimos cuando la ven llegar, y la reciben en condiciones, como a un miembro directo de su familia. Todavía me acuerdo de que yo he estado tres veces en ese lugar. La primera, porque Mamá Pauline quería enseñarles a su hijo, yo estaba en la preparatoria; la segunda, porque el jefe de la aldea no me había visto la primera vez y estaba un poco molesto con mi madre, y la tercera fue el año pasado, cuando mi madre nos enseñó a Papá Roger y a mí el terreno que los lugareños acababan de regalarle. Puedo decir que la primera vez me mimaron con un montón de regalos: una cartera escolar de piel de cordero, un amuleto para que nunca me atropelle un coche de camino al colegio y sesos de gato, de los que me hicieron comer un poco porque, según los aldeanos, te vuelven muy listo y hacen que el día de los exámenes estés muy lúcido. Y eso no es todo: cuando iba a Les Bandas tenía que comer en casa de todos los agricultores que comercian con mi madre, porque si solo comía en la casa de uno de ellos los demás se ponían tristes y pensaban que Mamá Pauline no los quería bien, o que quería más a unos que a otros. Pero en el comercio no se puede tener descontentos a los proveedores porque si no los disgustos se agarran a la mercancía y ya nadie quiere comprarla. Así que mi madre me decía:

—Michel, todos van a querer que comas en su casa, tú no digas que no. Pruebas un poco aquí, otro poco por allá, sin llenarte la tripa, y así todo el mundo estará satisfecho.

Yo me decía para mis adentros que el problema es que, cuando una comida está muy buena, no puedes decirle a la tripa que se espere a la siguiente porque, si la próxima no es apetitosa, te arrepientes de no haberte acabado el plato que te sirvió la familia anterior...

En Les Bandas, Mamá Pauline siempre mantiene una gran reunión con sus proveedores en el centro de la aldea. Cada uno de ellos dice el número de racimos de plátanos que quiere vender y el jefe de la aldea fija el precio global debatiendo con mi madre, apartados de los demás. Cuando vuelven con el grupo ya está, Mamá Pauline le ha pasado un dinero a escondidas al jefe, que ya solo sabe sonreír, y que pagará a los proveedores cuando mi madre se haya marchado. Pero ojo, mi madre da un pequeño extra para el jefe, y de ese pequeño extra no saben nada los

agricultores. Por eso el anciano sonríe e impide que cualquier otra persona le haga la competencia a mi madre en esa aldea. El jefe, que es de etnia vili, incluso regal o un terreno muy grande a mi madre el año pasado, justo a la entrada de la aldea. Mamá Pauline le promet o que algún día construir  una gran casa en el terreno y viviremos all , así mi madre estar  a cero metros de la mercancía y tendr  sus propias plantaciones. De momento, lo único que ha plantado en la gran propiedad son árboles frutales, y paga a varios aldeanos jóvenes para que arranquen la mala hierba, si no aquello se convertirá en una selva y nunca encontraremos nuestro terreno.

Así que hoy no me sorprende que no haya plátano macho procedente de Les Bandas: para ir all , hay que coger el tren que no funciona desde el toque de queda impuesto por el Comité Militar del Partido, que cree que los criminales suelen esconderse en las aldeas...

En el taxi

En el taxi amarillo Mamá Pauline no hablaba, salvo en el momento en que pasamos la rotonda Kassai. Ahí la oí murmurar para sus adentros:

—¡La norteña esa se va a enterar hoy de quién es Pauline Kengué!

Yo fingí que no la había oído.

—¿Qué has dicho, mamá?

—Nada...

—Has nombrado a la norteña, y...

—Si has oído lo que he dicho, ¿para qué me preguntas?

Se quedó mirando por la ventanilla el camión militar que nos adelantaba y añadió:

—Qué raro es Dios... ¿Cómo puede aceptar que un hombre bueno como Kimbouala-Nkaya se marche y nos deje con sus asesinos, que están celebrando su victoria?...

El taxi circulaba despacio mientras la ciudad de Pointe-Noire se despertaba poco a poco, con transeúntes que tenían cara de llevar tres días sin dormir. Yo veía a los carretilleros zaireños transportando ladrillos, camas o frigoríficos, y sudaban a pesar de que el sol todavía no había llegado. Había policía en cada rotonda, pero parecía como si los agentes estuviesen en paro porque no era como cuando están desbordados por los atascos y tocan el silbato sin parar. Ya no podían quejarse de tener el trabajo más difícil del mundo en esta ciudad donde hay demasiados coches de segunda mano y motillos sin frenos ni claxon.

Muchos camiones del Ejército Nacional Popular iban en dirección a la base militar, por el barrio Bloc-55. Los militares apuntaban con su arma a las personas que se cruzaban, pero la gente tenía sobre todo miedo de las gafas negras. Yo me decía: han terminado el toque de queda, van a la base militar para descansar un poco y luego volverán como nuevos a nuestros barrios a partir de las siete de la tarde para seguir metiéndonos el miedo en el cuerpo. También me decía que llevaban gafas negras porque fuman demasiado cannabis, y cuando ya no les queda parten los cartuchos de sus pmak, cogen la pólvora que hay dentro, la echan en el café, que coge un sabor muy fuerte y los vuelve malos, como si hubieran bebido el Johnnie Walker Red Label que los capitalistas negros dan a sus bulldogs para borrar la compasión de su corazón. Así que las gafas negras sirven para ocultar que son unos fumadores de cannabis que ejecutan a las personas como se ejecutan los animales que los camiones descargan esta mañana en el Gran Mercado para comerlos con fufú, mandioca y guindilla. Solo que los asesinos de animales del matadero de Pointe-Noire no están obligados a fumar cannabis como los militares porque desafortunadamente todo el mundo está de acuerdo en que la vida del animal vale cero, no cuenta, se le puede matar sin que te metan en la cárcel.

Hago esta reflexión sobre los animales porque, a pesar de todo, sigo pensando en Mbua Mabé. ¿Cómo olvidarlo si es aquí, en este mercado, donde lo compramos por pena cuando, mirándome a los ojos, aquel perro triste me decía que me esperaba a mí, Michel, que quería formar parte de nuestra familia porque yo era una buena persona, con un papá que no es muy alto y que por lo tanto no es malo y quiere a los animales de la misma manera que quiere a los seres

humanos? Fue también aquí donde Mbua Mabé me susurró que, si lo dejaba ir con otra persona, estaría jodido para siempre, y me prometió que sería muy bueno, que no mordería a la gente honrada, que no comería mucho y que guardaría nuestra casa como si fuera su caseta y un gato quisiera robársela. Tengo que recordar esto, y no pasa nada si lo repito mil veces. Sí, estoy disgustado con Mbua Mabé porque, en verdad, todo lo que me transmitía con su mirada triste eran palabras vacías porque cuando oyó por la radio que el camarada presidente Marien Ngouabi había sido asesinado, huyó como un cobarde...

En el Gran Mercado

Avanzamos entre los tenderetes del Gran Mercado. A cada paso que damos, las comerciantes saludan a Mamá Pauline con respeto y le preguntan qué familiar se nos ha muerto para que vaya toda de negro. Luego, cuando me descubren justo detrás, les entran ganas de reír, pero se contienen porque no se puede estar triste por alguien de luto y a la vez burlarse de su hijo debido a su atuendo.

—Pauline, ¿qué familiar se te acaba de morir?

Es la pregunta que sale de todas las bocas. Mi madre responde que está de luto, que de momento no quiere hablar de ello porque ha venido a otra cosa.

La señora Boudzouna, que es de etnia babembe como nosotros, se echa a llorar a pesar de no haber visto la cara de la persona que ha muerto.

—¡Qué pena, Pauline! ¡Qué pena más grande! ¿Por qué te castiga Dios, eh? ¡Con lo buena mujer que tú eres!

La señora Missamou-Miaboumabou, hermana gemela de la señora Boudzouna, llora también.

—¿Quién se ha muerto, Pauline? ¡Dinos por lo menos cuándo es el entierro y dónde es el funeral! ¿Quién se encarga de la libreta de contribuciones, para que mi hermana y yo podamos participar en la colecta?

La comerciante Augustine Zonza-Tawa, una mujer de etnia lari, saca tres billetes de mil francos cfa arrugados y sucios, y me los ofrece.

—Toma, hijo mío, guarda esto: mi participación.

Mamá Pauline le devuelve los tres mil francos arrugados y sucios que yo ya quería guardarme en el bolsillo del pantalón.

Le dice a la señora Augustine Zonza-Tawa:

—No hace falta, Augustine, no habrá que hacer colecta...

Mamá Nsona-Ndemboukila, otra lari, empieza a limpiarse el carmín de los labios y el colorete para estar menos guapa y demostrar que está triste, como Mamá Pauline.

—Pauline, esta noche me paso por tu casa, ¡no puedes estar sola como si no tuvieras amigas en este mercado y en esta ciudad! ¡En esta vida no todo es comercio y dinero, en momentos difíciles como este se demuestra quién es quién y quién quiere a quién!

—Gracias, de verdad, Mamá Nsona-Ndemboukila, pero no vengas a Voungou, de todos modos no estaré en casa...

En cuestión de pocos minutos, ha cundido por el Gran Mercado la noticia de que mi madre está de luto, y el grupo de comerciantes que nos rodea no hace más que crecer. Las cuento: ahora mismo hay treinta y dos mujeres haciendo preguntas, y ya no me prestan atención. Algunas abonan el dinero que le deben desde hace meses. A veces Mamá Pauline acepta el dinero, otras veces lo rechaza.

—No, Ma Milebé, tienes cuatro hijos que alimentar, tu marido se murió no hace ni dos meses, ya tendrás un detalle cuando puedas, a mí no me corre prisa...

—Pauline, de verdad, créeme, puedo pagarte al cien por cien porque sé que tienes que comprar el ataúd, comida para el velatorio, café para todo el barrio, etcétera. Además, en la morgue de Pointe-Noire es muy caro tener un cadáver, y todo porque esa gentuza se aprovecha de la desgracia ajena, y el Gobierno no...

—No te apures, Ma Milebé, no hace falta...

Ma Yvonne Kouloutou-Yabassi aparta a todas las mujeres para llegar hasta mi madre.

—¡Apartaos! ¡Apartaos! ¡Dejadme hablar con Pauline! ¿Por qué le dais tanto la lata? ¡Parecéis gorrones parlotando sin parar y sin encontrar una solución!

Las comerciantes retroceden con respeto. Nadie se atreve a llevarle la contraria a Ma Yvonne Kouloutou-Yabassi. Se comporta así porque es la más vieja, y también es conocida como «Mamá Decana». Yo no puedo saber qué edad tiene porque nunca ha cambiado, y la veo en el mercado desde que tenía dos años. Tiene el pelo gris, pero ni una sola arruga en la cara, solo su voz delata que tal vez tenga setenta años o más, o menos, porque en los tiempos en que nació las partidas de nacimiento no existían, y cuando se empezaron a hacer partidas de nacimiento tuvieron que poner edad a las personas según su altura o según parecieran jóvenes o cansadas de cara. Así que Mamá Decana forma parte de la gente en cuya partida de nacimiento pone: «Nacido/a hacia...».

Mamá Decana es conocida más que nada por ser la presidenta de la afgm, la Asociación de Mujeres del Gran Mercado. Eso significa que ella gestiona las mensualidades que pagan las comerciantes. Con ese dinero, cuando una de las comerciantes del Gran Mercado pierde a un miembro de su familia, pues se le da algo. Por eso, cuando aparta a todas las demás mujeres, anuncia con mucho orgullo a mi madre:

—Pauline, la afgm sufragará todos los gastos del funeral, y cuando digo todos los gastos del funeral, son todos los gastos, de la A a la Z, y...

—No, Mamá Decana, te lo agradezco mucho, no hace falta...

Y mi madre se lleva a Mamá Decana un poco aparte. Se alejan dos o tres metros de las demás comerciantes, que las espían con curiosidad porque quieren saber lo que se dicen y por qué no lo dicen delante de todo el mundo.

Yo también tengo curiosidad, así que las sigo para escuchar lo que van a decirse por lo bajini.

Mi madre es la que habla primero.

—Mamá Decana, ¿sabes dónde está Antoinette Ebaka?

Mamá Decana está muy sorprendida.

—¿Pasa algo? Normalmente los lunes llega sobre las nueve porque tiene una reunión con sus compañeros de la Unión Revolucionaria de las Mujeres del Congo.

Mamá Pauline abre su bolso, hunde una mano dentro. Empieza a hurgar, y yo me pregunto qué irá a hacer. Busca su reloj para saber qué hora es. Nunca se lo pone en el mercado, porque los ladrones tienen fetiches que les permiten robar relojes sin que sus dueños sepan en qué momento lo hacen.

Yo también consulto el reloj de Mamá Pauline: son exactamente las ocho y diez, y mi madre tiene que esperar casi una hora todavía. Es demasiado para ella, no va a aguantar tanto tiempo. Se gira y chilla a las mujeres que nos espían un poco más allá:

—Escuchadme bien, voy a ir a esperar ahí enfrente, al bar Chez Gaspard. Si alguna de vosotras ve a Antoinette Ebaka, ¡le decís que la estoy esperando allí y que no tengo todo el día!

Las comerciantes hablan entre ellas y luego se dispersan. Cada una se vuelve a su tenderete, como si no quisieran que su nombre se mezclara en este asunto.

Mamá Decana le dice a mi madre:

—No vayas a ese bar ahora, Pauline...

—¿Por qué? ¿Está prohibido ir allí a esperar?

—Soy mayor que tú, podría ser tu madre. Es un consejo, Pauline: hazme caso. Cuando te miro, tengo la sensación de que no eres la Pauline Kengué que yo conozco...

Mamá Pauline no la escucha, se ciñe el pañuelo negro a la cabeza, se coloca bien el pareo alrededor de la cintura, y me indica con la mirada que tenemos que irnos de este mercado que se llena cada vez más, como si la gente hubiera olvidado que el cuerpo del camarada presidente Marien Ngouabi todavía no está bajo tierra y llevara su vida tan normal como siempre. Yo que creía que por la mañana los militares tenían que regresar a su base para luego seguir vigilándonos durante el toque de queda a partir de las siete de la tarde, me extraña ver que centenares de militares descansados bajan de los camiones y se mezclan con la multitud del mercado. Conforme se acercan, algunos se apartan, otros huyen como si fuesen ladrones. Los militares van armados hasta los dientes, con gafas negras como las que he visto hace un momento desde la ventanilla del taxi amarillo. Avanzan en cuadrillas, señalan con el dedo los grupitos, detienen a cualquiera y dicen que es un control para la seguridad del mercado. De vez en cuando piden el carné de identidad y hacen preguntas tuteando.

—Control rutinario... ¿Tienes parientes en Brazzaville? ¿Algún miembro de tu familia en el Ejército? ¿De qué etnia eres?

Yo me digo que mi madre no va a poder enfadarse mucho con la tal Antoinette Ebaka porque, con el título que tiene, «responsable de la Unión Revolucionaria de las Mujeres del Congo del Gran Mercado», si hay algún problema, los militares darán la razón a la nortea y dirán que mi madre es la mala por ser del sur.

Tengo que frenar esto ahora mismo.

—Mejor nos volvemos a casa, mamá...

—¿Qué has dicho?

—Que es mejor que volvamos, mamá.

Ella saca de su bolso un billete de diez mil francos cfa, frunce el ceño y los ojos se le ponen colorados.

—¡Toma este dinero! ¡Si tanto miedo tienes, coge un taxi amarillo y vuelve a Voungou, ya verás lo orgulloso que está de ti el capitán Kimbouala-Nkaya en el otro mundo!

—Pero mamá, yo...

—¡Que te vayas! ¡Déjame resolver mis asuntos sola!

No cojo el billete ni me muevo. Ella se guarda el dinero en el bolso y empieza a salir del mercado.

Como ya no sé lo que debo hacer, me quedo inmóvil, pero luego me pongo en movimiento sin quitarle ojo a Mamá Pauline, que sigue avanzando.

Por el camino, me topo con un señor mayor que está vendiendo perros. Tiene más de veinte, se disputan la comida que el vendedor les da. Me acerco mucho, hay uno que se parece una

barbaridad a Mbua Mabé.

—¡Mbua Mabé! ¡Mbua Mabé! —grito.

El perro en cuestión levanta las orejas y menea el rabo. Tiene los mismos ojos que un día me miraron, ¡y recuerdo también que fue en este sitio donde Papá Roger y yo compramos a Mbua Mabé! Sí, es él. No puedo estar equivocado. Cuando me mira fijamente, noto una especie de escalofrío, y se me pone la carne de gallina. ¡Mbua Mabé está aquí! ¡Ha vuelto al punto de partida! Pero todo ha terminado, yo ya he pasado el duelo. Además, no tengo dinero para comprárselo al anciano. Aunque Papá Roger estuviera conmigo y yo le suplicara que comprásemos otra vez a Mbua Mabé, me diría que ya está bien, que ya vale. Así que sigo mi camino, le doy la espalda al perro, que llora igual que un coyote.

Un señor me empuja y se burla de mí:

—¡Niño, esa ropa mata de lejos! ¿Eres el hijo oculto del camarada presidente Marien Ngouabi o qué?

Varias personas se le unen, me rodean y ríen a voces. Distingo incluso, a lo lejos, a unos militares que también se ríen de mí en vez de estar tristes, en vez de felicitarme por ser un verdadero fanático de nuestro líder de la Revolución.

Huyo como un ladrón de papayas. Los «China enfurecida» son de gran ayuda porque mis pies son ligeros, y salto, y giro a la izquierda, y giro a la derecha, me traen sin cuidado los que se ríen de mí, se apartan porque creen realmente que tengo problemas en el cerebro.

Corro todo recto, y llego a los últimos tenderetes del mercado, desde donde distingo a Mamá Pauline, que acaba de llegar a la altura del bar Chez Gaspard...

Chez Gaspard

Estoy todavía sin aliento detrás de Mamá Pauline, que observa el interior de Chez Gaspard. Hay más de un centenar de mujeres dentro, todas ataviadas con pareos de un rojo intenso, el color de nuestra bandera nacional, y en los pareos está escrito «Unión Revolucionaria de las Mujeres del Congo», con las caras del camarada presidente Marien Ngouabi y su mujer negra, Céline Ngouabi. Por suerte, mi conjunto no es del mismo color, si no se podría creer que yo también soy una mujer que ha venido a unirse al grupo.

De modo que aquí es donde se celebra la reunión de la que hablaba Mamá Decana. Sabía que Antoinette Ebaka estaría en este bar, pero no había querido desvelárselo a mi madre porque no quería meterse en los problemas de los demás. Su edad le ha transmitido esa sabiduría, y yo me digo que tiene razón al cien por cien, porque las viejas mamás nunca se equivocan, tienen una nariz que huele los problemas de lejos, de muy lejos...

Mamá Pauline vocifera:

—¿Dónde te escondes, Antoinette? ¡Sal si tienes valor!

Las mujeres de la Unión Revolucionaria se vuelven en bloque y miran hacia la entrada del bar. Lo primero que les llama la atención es la ropa negra de mi madre, que destaca aún más porque todas van de rojo. Su silencio dura apenas treinta segundos, pero es como si hiciera una hora que nadie habla, hasta que de pronto algo cae al suelo, parecen varios vasos rompiéndose: es la camarera, se le ha caído la bandeja y observa boquiabierta a Mamá Pauline, gira la cabeza entre mi madre y una mujer sentada al fondo rodeada de otras mujeres. Yo adivino inmediatamente que ella es la famosa Antoinette Ebaka. Es muy musculosa, se diría que descarga sacos de cemento en el puerto de Pointe-Noire. Tiene la mandíbula como el depósito de una VéloSoleX y el pelo muy corto, como los hombres que le piden al barbero que use una Gillette para dibujarles una raya desde la frente hasta el centro del cráneo...

La mujer le contesta:

—Aquí estoy, Pauline. Tenemos una reunión muy importante, como puedes ver. Si es por el dinero que te debo, puedo...

Mamá Pauline no escucha el final de la frase, avanza a grandes zancadas hacia Antoinette Ebaka, con la mano levantada por encima de la cabeza. Cuando las demás mujeres descubren la hoja del cuchillo largo que brilla a la luz del día, se ponen a chillar, a pedir socorro a voces, a correr de acá para allá mientras yo intento agarrar a Mamá Pauline. Es demasiado tarde, sí, es demasiado tarde, ya ha dado la primera cuchillada, y la segunda...

Avenida Linguissi-Tchicaya, número 113

Atravieso el barrio del Gran Mercado como alma que lleva el diablo. Jamás he corrido a semejante velocidad. Cuando adelanto a la gente, me vuelvo sin detenerme, y los veo de muy lejos. Es entonces cuando me digo que corro rapidísimo.

A veces oigo carcajadas a mi espalda. Quizá por mi atuendo, o tal vez por mi manera de correr, un poco de lado, con la espalda muy arqueada, como si fuese un jorobado...

Tomo una callejuela sin nombre y llego a la parcela de una familia que está comiendo. Es una reunión: hay al menos cuarenta individuos que me miran con los ojos como platos antes de empezar a gritarme y lanzarme cucharas y tenedores que esquivo como puedo.

—¡Imbécil! ¡Ladrón!

Me toman por uno de los rateros del Gran Mercado que atraviesan su parcela casi a diario.

Cada vez se me mete más sudor en los ojos. Me seco la frente con la muñeca derecha, no me detengo. Al contrario, acelero.

Ahora estoy en la avenida Paillet, donde me cruzo con muchos coches de policía que van hacia el mercado. La sirena y el girofaro hacen que los otros automóviles se aparten y los dejen circular a toda pastilla.

Pero llegarán demasiado tarde. Todavía no saben que Mamá Pauline ya ha sido detenida, no por un coche de la policía, sino por un camión lleno de militares.

Mientras pasan los coches, yo brinco sin moverme del sitio, parece que hago *footing*.

El último acaba de desaparecer, decido torcer a la derecha, hacia la avenida Moé-Kaat-Matou.

Con la espalda muy arqueada, aprieto los dientes, acelero.

Esta avenida está más tranquila que la avenida Paillet, con sus bancos y sus restaurantes carísimos que solo frecuentan los blancos y los capitalistas negros. No porque aquí haya menos ajetreo tengo que aminorar el paso. ¡No, no y no!

Llego al bulevar Charles-de-Gaulle. Tengo que encontrar la avenida Agostinho-Neto, como me explicó Papá Roger, y, si no me equivoco, todavía queda a más de trescientos metros a mi derecha.

Veo un camión militar que viene hacia mí. Freno. Hago como si fuese a alguna parte y buscara el nombre de la calle. El camión llega a mi altura. Seguro que se para, me van a preguntar qué estoy haciendo en este barrio y por qué corro como si hubiera robado algo. Reconozco el ruido de las armas, ¡clap! ¡clap! ¡clap! Veo que me apuntan con ellas. Cierro los ojos. Pero de pronto oigo risas: ¡mi ropa! Los militares se han dado cuenta de que soy un verdadero fanático del camarada Marien Ngouabi. Me saludan y el camión acelera en dirección al Gran Mercado.

Respiro. Tiemblo. Si ellos supieran quién soy y lo que acaba de ocurrir en el Gran Mercado, me detendrían inmediatamente...

Reanudo la carrera.

Sí, correr.

Llegar a tiempo. Seguir la dirección del camión militar en el que han metido a Mamá Pauline como un saco de patatas. Pero hace mucho que el camión ha desaparecido, entre el momento en que he ido a llamar por teléfono a Papá Roger a Correos y el momento en que me ha dicho:

—Sigue al camión, estoy seguro de que va al número 113 de la avenida Linguissi-Tchicaya, y espérame allí...

Estoy convencido de que los militares están haciéndole perrerías a mi madre dentro del camión. ¿Qué es lo que hay en el 113 de la avenida Linguissi-Tchicaya? Es la primera vez que oigo esa dirección. Papá Roger me ha dicho:

—Es en Mpita, no queda lejos de Côte Sauvage ni del cementerio de los blancos...

Aunque nunca he pisado ese lugar, yo también he oído historias raras que ocurren en la zona de Côte Sauvage: brujos que hacen conjuros a las cuatro de la madrugada en la playa, cadáveres que flotan en el agua, albinos sacrificados que luego aparecen descuartizados...

El camión en el que se han llevado a Mamá Pauline y que va hacia Mpita era como los que pasan por nuestro barrio: todo negro, con la capota rojo encendido, como la bandera de nuestra Revolución. Los cristales estaban ahumados, no he podido distinguir la cara del conductor ni la de los que iban sentados a su lado. Detrás había militares que daban gritos de alegría. Yo volvía a ver cómo habían tirado a Mamá Pauline al suelo, cómo se rasgaba su ropa, cómo ella estaba ya inconsciente y no se daba cuenta siquiera de que la lanzaban al interior de un camión, entre hombres armados que tal vez hubieran fumado cannabis toda la noche para mantenerse despiertos durante el toque de queda.

Esos militares no van a tratarla nada bien. Mi madre es guapa, es joven. Los hombres se dan la vuelta por la calle para mirarla. Papá Roger se pone celoso en cuanto alguien comenta que su mujer es muy guapa.

Sí, mi madre es muy guapa, y joven, y por eso yo tengo mucho miedo.

Pero no quiero pensarlo.

Tengo que borrarlo de mi cabeza, escuchar solo lo que Papá Roger me ha dicho, aunque haya perdido de vista el camión militar.

—Sigue al camión, estoy seguro de que va al número 113 de la avenida Linguissi-Tchicaya, y espérame allí...

Mientras corro y siento cada vez más el olor del océano Atlántico, me veo de muy pequeño. Mamá Pauline me coge de la mano, caminamos por la avenida de l'Indépendance para ir a ver al Tito Albert Moukila. Me pide que me porte bien, que responda a todas las preguntas de mi tío. Yo le prometo que seré el niño más inteligente de Pointe-Noire, quizá del Congo y, por qué no, de África entera. Ella se ríe, me pide que sea primero el niño más inteligente del barrio.

—Antes de lanzarse a las grandes batallas, hijo mío, hay que ganar las pequeñas...

Me habla de su aldea, Louboulou, que estaba dirigida por el abuelo Massengo. Ella es la penúltima hija de la abuela Henriette Nsoko, solo mayor que el Tito Mompéro, el carpintero. Pero el abuelo Massengo tiene tantos hijos y tantas mujeres que prácticamente somos familia de toda la aldea, y hay que tener cuidado o habrá matrimonios entre parientes y la descendencia saldrá deforme. Ella se crio allí, hasta que se emparejó con un gendarme en la ciudad de Mouyondzi, un gendarme que se quitó de en medio el día que yo vine al mundo. Yo nunca he visto al gendarme ese.

Mamá Pauline hizo las maletas y se fue a Pointe-Noire. La recibió el Tito René. Al principio la ayudó con el negocio del cacahuete en el Gran Mercado. En ese mercado se cruzó con un hombre bajito, simpático y ya casado: Papá Roger...

Me dice lo que suele recordarme a menudo: que si no hubiera conocido a Papá Roger, ella y yo habríamos estado jodidos para siempre. Papá Roger es un espíritu caído del Cielo: ya tenía a su esposa, una buena caterva de hijos, y sin embargo accedió a estar con Mamá Pauline y ese niño que no era suyo.

Mi madre ya no está triste, como antes, por no haberme dado hermanos y hermanas. Así es la vida, dice. Hay quien puede tener un montón, hay quien ha venido a este mundo para tener solo uno, y ni todos los amuletos juntos conseguirán que tenga más.

Seguimos caminando, me habla sin parar.

Que no olvide aprenderme la lección.

Que sea uno de los cinco primeros de la clase.

—Ah, no, mamá, ¡yo quiero ser el primero de la clase!

Ella sonrío y me repite:

—Hijo mío, te lo acabo de decir: antes de lanzarse a las grandes batallas, hay que ganar las pequeñas...

Luego me sacude el polvo que se posa en mis sandalias de plástico.

—A tu tío Albert no le gusta la suciedad, y lo ve todo como si llevase una lupa...

Se para, compra buñuelos y gachas beninesas. Para mis primos Mago y su hermana gemela Bienvenüe, pero también para sus hermanos mayores Abeja, Djoudjou y Firmin. Todos se pondrán muy contentos de ver a Mamá Pauline. Porque mi madre los consiente. Les da siempre algo de dinero antes de despedirse. Y ellos dicen al unísono:

—Gracias, Papá Pauline...

«Papá Pauline» es porque es su tía, o sea, la hermana de su padre, así que ella también es su «papá», aunque sea mujer. No pueden llamarla «Mamá Pauline», como yo, porque no es su madre. «Papá Pauline» es mejor, y es correcto. «Tita Pauline» o «Tía Pauline» suena demasiado lejano, y eso no les gusta. Dicen que Mamá Pauline es su papá, pero en mujer.

Recorro el barrio de Mpita con la imagen de mi madre en la cabeza.

Ya estoy en la avenida Moe-Telli, la atravieso en menos de un minuto porque mi corazón se ha acostumbrado a la velocidad.

Ya no siento mi respiración.

Soy como una máquina con pilas nuevas.

Veó desfilar los nombres de las avenidas: Moé-Vangoula, Barthélemy-Boganda, que más allá se convierte en avenida de l'Émeraude y desemboca en la famosa avenida Linguissi-Tchicaya.

Remonto la avenida y, cuando llego al 113, levanto la cabeza y leo en un letrero grande y negro:

PRISIÓN DE POINTE-NOIRE

Las cigüeñas son inmortales

La prisión de Pointe-Noire queda a tres kilómetros del Gran Mercado, al lado de la Compañía Territorial de la Gendarmería, en el barrio de Mpita, que yo no había pisado nunca antes.

Cuando Papá Roger y el Tito René me ven delante de la puerta, intento esconder mis ojos, que están hinchados de tanto como he llorado desde el momento en que los militares se llevaron a Mamá Pauline esposada delante de todo el mercado, que miraba como si fuera un espectáculo.

Yo había conseguido huir para llegar a Correos y llamar a cobro revertido a Papá Roger, que a su vez había llamado inmediatamente al Tito René y me había pedido que corriera, que no mirara atrás, que lo esperase en el 113 de la avenida Linguissi-Tchicaya...

El Tito René y Papá Roger entran en la prisión y van directos hacia un policía mayor que recibe a los visitantes detrás de una rejilla. Hay mucha gente, pero cuando pasa el Tito René todo el mundo se aparta porque enseguida notan que es alguien importante ya solo por sus andares, que respetan las rayas del pantalón, siempre muy bien planchado.

Para hablar al policía mayor de recepción hay que gritar mucho, y él responde a través de un micrófono, pero para pedirte que vayas a coger un número al fondo de la sala, dejes el carné de identidad y esperes a que te llamen. Ni siquiera levanta la cabeza cuando le pide al Tito René que coja número. Mi tío da tres golpecitos en la rejilla, el policía mayor lo mira, sus ojos registran la tarjeta de miembro del Partido Congoleño del Trabajo que mi tío acaba de sacar. El policía mayor se pone firme, como si el Tito René fuera un coronel o un general del Ejército Nacional Popular.

—¡A sus órdenes, camarada miembro!

—Es usted babembe, ¿no?

El policía mayor se pone muy contento.

—¿Cómo lo ha sabido, camarada miembro?

—Por el acento, que es el de mi región natal, Bouenza...

Mi tío le habla directamente en bembe, no quiere que la gente que espera su turno se entere de lo que se dicen. Yo entiendo el bembe, aunque no lo hablo bien al cien por cien.

El Tito René le pide que nos deje pasar al despacho de su jefe. El viejo policía cambia inesperadamente de actitud.

—Ah, no, camarada miembro del Partido, el jefe no puede recibirlos hoy, ha habido un problema muy grave en el Gran Mercado, y está esperando a alguien que...

—Claro, ese alguien que está esperando soy yo, René Mabahou, hemos hablado por teléfono hace dos horas...

El policía mayor va a hablar con su colega, que está sentado al fondo y lee una montaña de papeles, con la cara completamente tapada por el humo del cigarro que tiene pegado a los labios. Los dos policías hablan, miran hacia nosotros, hablan un poco más, y el colega sustituye al viejo, que sale de la jaula y nos pide que vayamos con él...

Tomamos un pasillo muy largo, el policía mayor va delante, lo sigue el Tito René, luego Papá Roger, y luego yo, que voy el último. Cuando andamos oímos el eco de nuestros pasos. Los pasillos son como los de un hospital: las paredes son blancas, huele a medicamentos, o quizás son imaginaciones mías.

Al final del pasillo torcemos a la derecha, el policía mayor abre una puerta y la cierra detrás de nosotros. Cogemos las escaleras, subimos hasta la segunda planta, recorremos otro pasillo largo, giramos otra vez a la derecha, el policía mayor abre otra puerta y la cierra detrás de nosotros. Cogemos otras escaleras, llegamos a la tercera planta, y el policía mayor, que está sin aliento, dice:

—Ya hemos llegado...

Estamos delante de una puerta con cuatro cerrojos. El policía mayor pulsa tres veces un botón rojo. El primer cerrojo hace un ruido, luego el segundo, luego el tercero, luego el cuarto, y cuando la puerta se abre vemos la cara de otro policía que es mayor, pero menos mayor que el que nos acompaña. El mayor le dice algo al oído al menos mayor, el menos mayor examina con detenimiento nuestros cuatro rostros, pone cara de estar asqueado, nos pide que entremos, y cierra muy rápido mientras el policía mayor vuelve a su jaula del principio.

La sala está demasiado climatizada, vamos a morirnos de frío si nos hacen esperar mucho. En la pared de mi izquierda hay un retrato del camarada presidente Marien Ngouabi frente a mí. Es el mismo que hay en la tienda de Ma Moubobi, solo que ese es más pequeño. El de aquí es diez veces más grande, y si lo miras mucho corres el peligro de decirte que el camarada presidente Marien Ngouabi no está muerto y que finge haber desaparecido para que lo queramos todavía más hasta el fin del mundo.

El Tito René da vueltas y consulta su reloj.

La puerta que está a su lado acaba de abrirse y una señora con ojos de mala dice:

—Entren, por favor...

Mi padre y mi tío se precipitan al interior, y cuando llego yo, la señora dice que no con la cabeza.

—Tú tienes que esperar aquí...

Papá Roger se vuelve, muy enfadado con la señora.

—Vamos a hablar de su madre, ¿por qué va a tener que esperar aquí?

—Porque es menor y...

—Nadège, deje entrar al niño, estaba presente en el momento de los hechos...

El que acaba de hablar detrás de la señora de los ojos de mala es un señor bajito y calvo.

Y yo también entro...

Esta habitación es casi una casa grande, y me parece una lástima malgastar tanto espacio solo para el despacho de un hombre bajito y calvo. Desde las dos grandes ventanas de este despacho se ve lo que pasa en el patio y en la calle, donde los policías registran todos los coches.

Resulta increíble que uno esté en un despacho así y que en los edificios de al lado estén encarcelados los ladrones, los criminales, los delincuentes y los asesinos más peligrosos de

Pointe-Noire.

En el centro del despacho, hay una mesa redonda de madera, con quince sillas que yo acabo de contar.

Nos sentamos, el Tito René está justo enfrente del señor bajito y calvo, mi padre a la derecha de mi tío, yo a su izquierda.

El señor calvo y bajito empieza, dirigiéndose a Papá Roger y a mí:

—Para quienes no me conocen, soy Donatien Mabiala, el director adjunto de la administración penitenciaria...

Se ajusta y recoloca la corbata.

—El camarada miembro del Partido René Mabahou me ha llamado para reunirse conmigo a propósito de lo que parece una grave tentativa de asesinato y que ha sucedido a última hora de esta mañana en el Gran Mercado. Si excepcionalmente he accedido a recibirlos es porque el camarada miembro del Partido René Mabahou me ha explicado un poco lo que ocurría con su hermana, actualmente detenida en el edificio de enfrente...

Respira hondo y vuelve a ajustarse la corbata.

—Conozco al camarada miembro del Partido René Mabahou porque coincidimos en las reuniones de la sección regional del Partido Congoleño del Trabajo. Si bien tengo motivos para creer en su palabra, en este caso no se trata de palabra, sino de un acto fríamente calculado y perpetrado con el objetivo de quitarle la vida a una persona actualmente hospitalizada en el Adolphe-Cissé y gravemente herida. Es probable que esto, evidentemente, acarree consecuencias muy graves, y prefiero advertírselo desde ya. Pero también le he prometido al camarada miembro del Partido René Mabahou, por respeto a lo que hace por nuestra Revolución socialista congoleña, que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarlo, por desgracia en la medida en que me permitan mis medios, y mis medios son limitados...

El Tito René da las gracias con la cabeza, y el director adjunto continúa:

—Saben tan bien como yo que esta historia llega en muy mal momento y tiene toda la pinta de tener implicaciones, cómo decirlo... ¿políticas? La señora Pauline Kengué, según sus propias declaraciones, es presuntamente hermana directa del capitán Kimbouala-Nkaya. Querido René, a pesar de todo el respeto que inspira su estatus de miembro del pct, no podrá manejar esto si no certifica lo que me ha contado por teléfono ante JeanPierre Oko-Bankala, el juez de instrucción al que nuestro Gobierno provisional, que evidentemente ya está al corriente de la tragedia y sigue muy de cerca el asunto en vista de su carácter delicado, ha pedido que se encargue de la instrucción y lleve a cabo a la mayor brevedad las sanciones que se imponen...

De pronto oímos el ruido de la puerta que se abre detrás de nosotros. Papá Roger, el Tito René y yo nos damos la vuelta: es un hombre, flaco y muy alto, que entra en el despacho. No saluda a nadie y se sienta al lado del director adjunto, que nos dice:

—Les presento al juez de instrucción, Jean-Pierre Oko-Bankala...

El señor se cruza de piernas y abre un gran cuaderno azul. Lleva un Bic rojo en la mano izquierda y un Bic negro en la mano derecha.

—Normalmente no participo en reunioncitas de este tipo, pero el director adjunto Donatien Mabiala es amigo mío y me ha asegurado que esta historia no es más que un grandísimo malentendido; sin embargo, querría cerciorarme, oírse lo decir a la propia familia antes de decidir qué camino tomar...

Tiene una voz muy grave, parece que fume desde que se levanta hasta que se acuesta.

Cruza las piernas, esta vez en la otra dirección, y mira al Tito René a los ojos.

—Señor Mabahou, puedo archivar este caso con un simple tachón rojo aquí y ahora, pero también puedo meter a su hermana entre rejas durante años y años, con un simple tachón negro aquí y ahora...

Mi tío le contesta:

—Señor juez, creo que todos comprendemos la muy difícil labor que desempeña usted en estos tiempos oscuros de nuestra Historia, y estamos aquí para encontrar una solución...

—¡Perfecto! Sean sinceros conmigo porque todo me lleva a pensar que esto no es más que un caso de derecho común, competencia de Seguridad nacional...

Juega con el boli negro y pregunta:

—Señor René Mabahou, respóndame claramente mirándome a los ojos, y con su alma y su conciencia como testigos: ¿el capitán Kimbouala-Nkaya es su hermano, y por lo tanto hermano también de Pauline Kengué, como esta última ha afirmado en el momento en que ha sido detenida en el Gran Mercado y sigue proclamando en la celda donde se encuentra?

El Tito René no mira al juez Oko-Bankala cuando contesta:

—No, el capitán Kimbouala-Nkaya no es hermano de mi hermana Pauline Kengué, y tampoco es hermano mío...

El juez Oko-Bankala juega ahora con el Bic rojo.

—Entonces ¿nunca en la vida ha coincidido usted con él?

El Tito René sigue sin mirarlo.

—No, señor juez, jamás en la vida he coincidido con él...

—¡Lo dice usted con la cabeza gacha, señor!

—Es mi manera de reflexionar...

El juez Oko-Bankala deja los dos bolígrafos en la mesa y se dirige ahora al director adjunto Donatien Mabiala.

—No es la primera vez... No me extrañaría que la señora Pauline Kengué sufra mitomanía, quizá incluso de un trastorno delirante, hasta el punto de atribuirse de manera obsesiva un vínculo de parentesco con alguien que no conoce siquiera...

A Papá Roger no le hace ninguna gracia oír esto.

—Me niego a que se tache a Pauline de mitómana y de eso otro que acaba de decir. Además...

—¡Roger! —lo interrumpe el Tito René.

Yo me digo: ¿por qué el juez Oko-Bankala no me pregunta si el capitán Kimbouala-Nkaya es mi tío? Porque yo, Michel, diré la verdad, repetiré mil veces lo que ya he dicho aquí sobre él: que el capitán KimboualaNkaya es mi tío, sí, que en su casa nos dieron muy bien de comer y yo le dije a mi madre que quería quedarme en Brazzaville hasta el final de mi vida para seguir comiendo cerdos cuando llegaran invitados a aquella casa en firme tan bonita. Sí, si me lo pregunta, repetiré al juez Oko-Bankala que, como mi tío Kimbouala-Nkaya era muy simpático y hablaba poco, me dejaba probarme su boina de militar delante del espejo del salón, donde yo adoptaba la postura de los militares y gritaba: «¡¡¡Firmes!!!». Añadiré que el que el Tito KimboualaNkaya fuera muy simpático no significaba que pudiéramos abusar, y sus hijos y yo sabíamos que estaba prohibido tocar la pistola que escondía en una caja fuerte. El juez Oko-

Bankala se enterará también de que en casa del tío Kimbouala-Nkaya vi por primera vez la televisión, cuando Mohamed Ali y George Foreman boxearon en Kinsasa en el estadio del Veinte de Mayo y nosotros saltábamos de alegría y gritábamos: «¡Ali, boma yé! ¡Ali, boma yé! ¡Ali, boma yé!». Y si el juez Oko-Bankala todavía no cree que estoy diciendo la verdad, si piensa que estoy enfermo de mitomanía o de ese otro trastorno que acaba de decir, pues le hablaré un poco más de la casa de mi tío, de lo bonita que era aunque no estuviera acabada, de cómo era la envidia del barrio de Plateau des Quinze-Ans. Le explicaré que antes de llegar al patio interior había que atravesar un pasillo muy largo, y a los dos lados de ese pasillo había estudios que cualquier miembro de la familia podía ocupar si estaba de paso en Brazzaville. Una vez atravesado el pasillo se llegaba al patio de forma circular, con la luz que viene de arriba porque no hay tejado. Ahí, alrededor del patio circular, el Tito Kimbouala-Nkaya había construido cuatro estudios, y la habitación donde vivía él con su mujer era la de enfrente, la más grande, la más luminosa de todas. Desde fuera parece una habitación pequeña, pero dentro hay un comedor grande, una ducha como las del hotel Victory Palace, retretes también como los del hotel Victory Palace, y hay que estar atento porque una vez que terminas de hacer lo que hay que hacer tienes que tirar de una cadena para que el agua se lleve lo que sale de la tripa y que no voy a describir al juez Oko-Bankala porque si no él también va a decir que soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta. Voy a contarle todo eso porque cuando pienso en cómo ha ocurrido todo, yo...

—¿Hola? ¿Me estás escuchando, o estás soñando despierto, muchacho?

¡El juez Oko-Bankala me está hablando! ¡Sí, me habla a mí, Michel!

—Muchacho, te he hecho tres veces la misma pregunta, pero tienes la cabeza en otra parte. Repito: ¿el capitán Kimbouala-Nkaya era tu tío?

Miro la cara del Tito René, luego la de mi padre, que baja la vista de repente. Papá Roger nunca ha bajado la mirada delante de mí. Suelo ser yo el que hace eso.

El juez juega con el Bic negro, y recuerdo que eso significa que puede mandar a Mamá Pauline a la cárcel durante años y años porque el juez trabaja para el Comité Militar del Partido.

Pienso en el tío Kimbouala-Nkaya: si lo traiciono, dirá que soy un cobarde, y el pobre capitán no conciliará el sueño allá arriba por mi culpa.

Pienso al mismo tiempo en Mamá Pauline, y me digo: si ella fuera yo, Michel, y si yo fuera ella, Mamá Pauline, ¿qué respondería al juez Oko-Bankala? Estoy seguro de que si ella fuera yo, Michel, se diría: Michel, tienes la oportunidad de demostrar que eres un hombre, y por lo tanto de decidir expresar lo que hay dentro de ti y que tú consideras justo y bueno. Escucha solo a esa voz que te habla...

—Muchacho, es la última vez que te lo pregunto, que tengo muchas cosas que hacer: ¿el capitán KimboualaNkaya era hermano de tu madre, y por lo tanto tu tío?

Dejo que se exprese la vocecita que hay dentro de mí, y contesto:

—El capitán Kimbouala-Nkaya no era mi tío, pero se ha convertido en una cigüeña, y las cigüeñas son inmortales...

«Cuidado con el hombre que habla de poner las cosas en orden. Poner las cosas en orden siempre significa poner las cosas bajo su control.»

DENIS DIDEROT

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Las cigüenas son inmortales*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Alain Mabanckou (Pointe-Noire, República del Congo, 1966) es un escritor franco-congoleño. Su obra ha sido traducida a más de quince lenguas. Se dio a conocer al gran público en 2005 con su novela *Vaso roto*. En 2006 ganó el Premio Renaudot por su novela *Memorias de Puercoespín* y en 2015 obtuvo el Gran Premio de literatura Henri-Gal de la Academia francesa, además de otros reconocimientos. Entre sus últimas obras publicadas, destacan el ensayo *El llanto del hombre negro* (2012) y las novelas *Las cigüeñas son inmortales* (2018; Libros del Asteroide, 2022) y *Le commerce des allongés* (2022). Desde 2006 es profesor de literatura en la Universidad de California-Los Ángeles (ucla) y reside en Santa Mónica (California).

* En francés, el nombre de este político chino suena muy parecido a *chou à l'ail*, «col al ajillo». (N. de la T.)

* En francés, vacío de poder es *vacance de pouvoir*, de ahí el comentario de Michel acerca de las vacaciones. (N. de la T.)

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Las cigüenas son inmortales*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[Mi planta de naranja lima](#), José Mauro de Vasconcelos

[Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado](#), Maya Angelou

[Lejos de Egipto](#), André Aciman